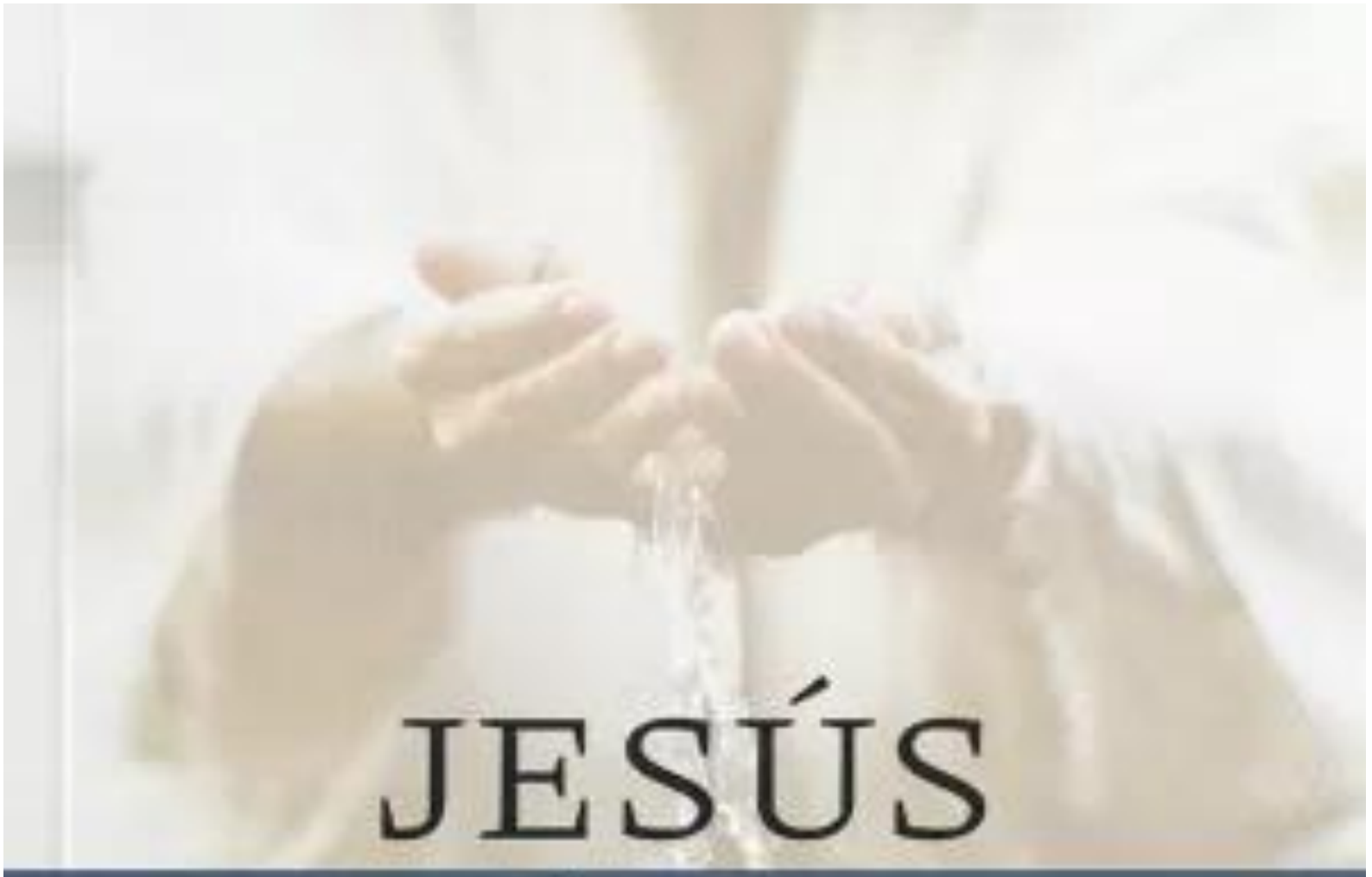

JESÚS
es el presente en nuestras vidas

JUAN CARLOS ORTIZ

No es lo que hacemos, ni lo que hablamos,
sino quiénes somos en Él

Jesús es el presente en nuestras vidas hoy

Juan Carlos Ortiz

Dedicatoria

Este libro está dedicado a mi esposa, Marta, sin cuyo estímulo este no hubiera podido aparecer.

Quiero expresar también mi sincero agradecimiento a David Ord por su ayuda en la preparación del manuscrito.

No es lo que hacemos, ni lo que hablamos, sino quiénes somos en El

Índice

Prólogo 9

CAPÍTULO 1

La eterna infancia del creyente 11

CAPÍTULO 2

El velo de Jesús con barba y con sandalias 21

CAPÍTULO 3

El Nuevo Pacto es el Espíritu Santo 31

CAPÍTULO 4

Cristo está donde estamos nosotros 47

CAPÍTULO 5

No sabemos lo que tenemos... 59

CAPÍTULO 6

Buen día, Señor 71

CAPÍTULO 7

Jesús nos habla por medio de nuestra conciencia 79

CAPÍTULO 8

Guiar es vivir, y no solo profesar 87

CAPÍTULO 9

¿Una iglesia sin edificios? 95

CAPÍTULO 10

Digámoselo a Dios para que se alegre 103

CAPÍTULO 11

¿Y qué me dices de sus parientes? 113

CAPÍTULO 12

¿Tiene Dios alguna necesidad? 127

CAPÍTULO 13

Guarda tu protocolo para el presidente 137

CAPÍTULO 14

No podemos escoger a nuestros hermanos 145

CAPÍTULO 15

Dos clases de sabiduría 155

CAPÍTULO 16

¿Por qué nos quiere Dios? 167

CAPÍTULO 17

Muy bien, pero lo amo 179

Prólogo

Cuando vino el cumplimiento del tiempo, la Palabra, aquel Verbo, fue hecho carne, y habitó entre nosotros, y vimos su Gloria, como del unigénito del Padre, lleno de Gracia y de Verdad. Nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo esta, a fin de que pudiesen recibir la adopción de hijos. Fue por esa condición de hijos que Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, nos libró de la esclavitud y nos hizo herederos de Dios por medio de Cristo.

Y es por esa Gracia inmerecida que ahora podemos conocerlo y ser conocidos por el eterno e infinito Dios, lo cual es lo que determina nuestra salvación y glorificación juntamente con Él.

Las preguntas que Dios nos hace por medio del apóstol Pablo es: "¿Quieren volver a esclavizarse? ¿Cómo es que vuelven de nuevo a los débiles y pobres rudimentos de la ley?"

La encarnación de Cristo, que ocupa nuestro lugar en la muerte, abrió el camino, pero era necesario que el cuerpo de Jesús, que funcionaba a modo de velo, desapareciera para poder recibir la vida y la Verdad que nos había sido prometida. Tenía que haber una muerte, una resurrección y una glorificación para que su vida fuera impartida en todos aquellos que lo recibieran como el Señor de sus vidas.

Era necesario que esto aconteciera para que la Palabra no solo fuera leída, sino,

además, vista con los ojos del Espíritu en la persona de Cristo.

Todo el contenido de este libro habla de la forma en que Dios trata este problema, y de cómo implementarlo en nuestras vidas para que sea su espíritu quien nos revele esta verdad eterna.

Debemos despojarnos del viejo hombre con sus hechos, y revestirnos del nuevo, conforme a la imagen del que lo creó. Este se va renovando hasta el conocimiento pleno, donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos.

LA EDITORIAL

CAPÍTULO 1

La eterna infancia del creyente

Hoy tenemos un fenómeno en la Iglesia que yo llamo "la eterna infancia del creyente"

En nuestras congregaciones, hay miembros que, año tras año, concurren a la iglesia, se sientan, escuchan el mensaje. Sin embargo, esos mismos creyentes necesitan los continuos cuidados de un ministro para "cambiarle los pañales, ponerles talco y comprobar que su mamadera no esté demasiado caliente". Para ellos, la iglesia se parece mucho más a un hospital que a un ejército.

Algunas veces nos engañamos a nosotros mismos porque crecemos numéricamente y pensamos que en eso consiste el crecimiento. Pero el aumentar en cantidad no es sinónimo de crecer espiritualmente —también los cementerios crecen—. El tener cien personas sin amor, luego doscientas, no es otra cosa más que engordar. A me nudo vemos la situación, pero no sabemos qué hacer. Sabemos que "deberían llevar frutos para Jesús; deberían estar experimentando las virtudes de Dios; deberían tener más amor, más paz...". Pero no podemos esperar tales cualidades de los bebés: estas solo se encuentran en las personas adultas. Esa era la queja del apóstol Pablo al observar la falta de crecimiento espiritual que había en la iglesia de Corinto. "Todavía sois bebés", les decía el apóstol. A los gálatas les escribió que tenían que pasar otra vez por los dolores de parto. Y, mientras aquellos a quienes iba dirigido el libro de Hebreos debían de haber sido ya maestros, necesitaban que se les volvieran a enseñar los primeros rudimentos: solo podían tomar leche, en vez de comida sólida.

Yo tengo una hijita llamada Georgina y, si le digo: "Hija, dame nietos", e incluso aunque ore por ella o ayune, aun así, no podría dármelos. Esto no es así porque sea desobediente o rebelde, sino porque es una niña. Desde luego que, cuando crezca y llegue al matrimonio, me podrá dar nietos —sin necesidad de que haga ni oración ni ayuno—, porque ese es el fruto natural del matrimonio.

Cuando yo tenía ocho o nueve años, nuestra iglesia recibió la visita de un predicador que lucía una bonita barba. En aquel entonces, las barbas no eran tan corrientes como ahora, de modo que se trataba de algo novedoso. Yo me enamoré de aquella barba

porque el hombre parecía un príncipe. De esta manera, comencé a orar a Dios para que me diera una barba. Recuerdo que, en cierta ocasión, hice un día de ayuno y oración.

Mi madre me preguntó:

—¿No comes hoy, Juan Carlos? —No. Estoy ayunando.

—Pero ¿por qué ayunas? —quiso saber. —Se trata de una petición secreta, mamá.

Aunque ayuné y oré, no me salió la barba; sin embargo, cuando tuve dieciséis años, sin orar, ayunar o confesar, aquella se hizo realidad como resultado de mi crecimiento y de un desarrollo natural.

Lo mismo sucede con la Iglesia. El crecimiento es el resultado de la vida. Cuando estamos espiritualmente vivos, crecemos en amor, en gozo, en paz, en paciencia, en benignidad y en todas las virtudes en Cristo. Estos son los frutos naturales de la vida espiritual, y no hace falta ningún esfuerzo de nuestra parte para producirlas.

Una de las razones principales de la falta de crecimiento en la Iglesia es que estamos centrados en los conceptos en lugar de estarlo en la vida. Nos preocupan cuáles son las doctrinas, a qué sistema teológico pertenecemos, qué principios tenemos. ¿Qué quiero decir con que estamos centrados en los conceptos? Suponte que tú me preguntas: "Hermano Ortiz, ¿podría darnos un estudio bíblico sobre el gozo?". Yo te respondería: "Desde luego: me encanta hacerlo". Entonces, voy a mi despacho, tomo una Concordancia y busco la palabra gozo. Luego apunto todos los versículos que hablan sobre el tema. ¡Wow, cuántos! Y selecciono aquellos que convienen a mi mensaje, y dejo el resto para otro posible seminario. A continuación, miro el diccionario griego, y busco cuál es la palabra griega para gozo. La encuentro y digo: "¡Estupendo!". Luego la busco en hebreo. ¡Mejor todavía! También investigo lo que Spurgeon, el gran predicador bautista inglés del siglo XVIII, decía sobre este tema. ¡Muy bien! Luego consulto a Whiterfield y a Shakespeare.

De este modo, ya tengo preparado mi estudio. A la siguiente reunión, llego y digo: "Hermanos, hoy vamos a hablar sobre el gozo". Seguidamente explico: "En griego, la palabra gozo tiene un significado distinto que en castellano, ya que es un idioma más rico, pero el hebreo comunica más que el griego... Abraham dijo acerca del gozo... Jesús dijo lo siguiente referente al gozo... Pablo dijo del gozo... Spurgeon dijo del gozo. "¡Qué magnífico estudio del gozo! —dice luego la gente—. Gracias, pastor". Y alguien sugiere: "Hermano Ortiz, es un mensaje tremendo, ¿podría darnos las notas?".

"Sí —contesto—. Voy a hacer fotocopias para dárselas".

Así, doblan las notas, las guardan al final de sus biblias, y allí quedarán esas notas olvidadas. Ahora te pregunto a ti: "¿Hubo gozo?". No. Estas personas solo se llevaron el concepto de esta palabra, pero no lo vivenciaron en sus vidas, lo que significa que pronto se lo olvidarán. ¿Qué tienes tú?, ¿el concepto?, ¿o a Aquel que es la vida?

La denominación a la cual pertenezco decidió unirse con otra, y todo resultó bien, hasta que el grupo creció, y empezamos a escribir nuestra constitución. Nos juntamos en un comité y, cuando surgió el artículo referente a la santidad, nosotros expusimos que creíamos en esta. Pero la otra denominación expresó:

—No, queremos poner que creemos en la "santidad instantánea". —¿Qué es eso? —preguntamos.

—Bueno, pues que uno es santificado instantáneamente.

—¡No, señor! —replicamos—. Nosotros creemos en la santidad progresiva.

Yo no comprendía el debate porque no había estudiado antes aquella cuestión, de modo que dije: "Escuchen, ¿por qué no ponemos ambas cosas en el artículo de esta forma: 'Creemos en la santidad instantánea y progresiva'?". "¡No, no, no!" respondieron.

Así, se generó una división y, por consiguiente, ninguno de los dos grupos actuó con santidad. En la práctica, ambos tipos de creyentes son iguales; no es que unos sean más santos que los otros. No hay diferencia en absoluto; se trata solamente de un concepto. ¡Aunque no teníamos la vida de santidad, nuestra doctrina debía ser la correcta!

Algunas personas parecen imaginarse que, cuando lleguemos a las puertas del Cielo, San Pedro nos dará papel y lápiz, y nos dirá:

Diez preguntas. Si contestas bien siete, entras al Cielo inmediatamente; con menos de siete, pero más de cuatro, vas al Purgatorio; con menos de cuatro, vas directamente al Infierno. Primera pregunta: "¿En qué bautismo crees: por inmersión, ablución o aspersión? ¿En el nombre de la Trinidad o solo en el nombre de Jesús? ¿En tres inmersiones o pasando solo bajo una bandera?". Pon la cruz en cada respuesta correcta.

¡Vaya problema! Uno no puede copiarse de quien está a su lado, porque a un lado tiene a un miembro del Ejército de Salvación; al otro, a un anglicano y uno mismo es bautista, de modo que los tres vamos a poner respuestas distintas.

Algunas personas convierten cosas como estas en grandes conflictos, lo que produce división en la Iglesia. Pero lo que realmente interesa no es cuál es la forma correcta del bautismo, sino si se tiene a Jesús en el corazón. En el Reino de los Cielos, no habrá exámenes doctrinales. San Pedro no estará allí con una pizarra, lápices y papel, sino con un estetoscopio.

Tal vez llegues con todos tus libros de doctrina para hacer un examen y preguntes:

—San Pedro, ¿dónde está el banco para sentarme? —Y San Pedro saca su estetoscopio: "Tic, tic, tic".

—Pasa.

—Pero ¿qué hay del examen?

—Está bien. Tú tienes vida, así que eres de aquí.

La salvación consiste en pasar de muerte a vida: "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos". El amor es la manifestación de la vida; pero, por lo general, cuando alguien no cree lo mismo que yo, en lugar de amor le tenemos enemistad. No estoy en contra de la teología. Lo que quiero subrayar es que, si tú no tienes vida, tal vez puedas estar en posesión de la mejor teología del mundo, pero, aun así, estarás perdido. Las doctrinas pueden tener su lugar, pero no el primer lugar. Este está reservado solo para Jesús: "El que tiene al Hijo tiene vida". Este versículo no dice que el que tiene las doctrinas correctas tiene vida, sino el que tiene a la Persona correcta. Cuando lo tenemos a Él en el corazón y comenzamos a caminar reconociendo este hecho, entonces nuestro crecimiento espiritual comienza. Nos hacemos más semejantes a Él, y su vida que llevamos en nuestro interior se manifiesta cada vez más en la forma en que vivimos. Como dice Pablo, "somos cambiados de gloria en gloria en la misma imagen por el Espíritu Santo"

Si frente a los problemas, a las circunstancias adversas, tú pierdes tu gozo, este debe crecer hasta que rebase y nada sea capaz de quitarlo. Uno necesita crecer espiritualmente en amar hoy más que ayer, lo cual, si lo estás logrando, significa que

estás creciendo; pero no creces por el hecho de saber más doctrina. Esto no es más que engordar el intelecto.

Hace años, si oía a alguien hablar en contra mía, empezaba hacer lo mismo contra él. Al año siguiente, cuando una persona me criticaba, comenzaba a alabar al Señor. Eso era crecimiento; apretaba los dientes, pero no hablaba en contra de la persona. Eso estaba mejor.

Para ser como Jesús, no es necesario orar, ayunar, trabajar o confesar; el crecimiento sucede de un modo natural cuando centramos nuestra vida en Él y sabemos que El vive en nosotros. Lo que produce fruto es la vida de Jesús en nuestro interior.

El antiguo Israel no era como las otras naciones, ya que formaba el pueblo de Dios. Se trataba de un reino de sacerdotes a los que Dios guiaba por su Espíritu a través de sus profetas. Sin embargo, ellos quisieron ser como los demás pueblos, que tenían reyes para pelear sus batallas.

Es triste, pero la Iglesia ha caído en la tentación de hacerse igual a cualquier otra religión.

Una religión tiene un fundador, ya sea Mahoma, Buda, Confucio, Zoroastro, etc., quienes dicen cosas que se escriben en un libro. Cuando ese fundador muere, deja el libro, y los seguidores tratan de hacer lo que dice en este. Por ejemplo, los mahometanos tienen el Corán y sacan su doctrina de ese libro. Comparados con nosotros, son pobres: solo cuentan con cuatro escuelas de interpretación.

En nuestra religión cristiana, tenemos un fundador: Jesucristo, quien murió hace mucho tiempo. Las cosas que Él enseñó se escribieron en la Biblia, y ahora nosotros obtenemos toda nuestra doctrina de allí, como si Él estuviese muerto como Mahoma. De este modo, tenemos a los calvinistas y a los arminianos, a los premilenarios, a los postmilenarios, ¡a los amilenarios... ¡Tantas doctrinas diferentes en una misma iglesia!... Y nos peleamos lanzándonos versículos unos a otros: "Toma eso... y esto otro...".

Actuamos como si nuestro fundador estuviera muerto igual que los de las otras religiones y, al hacerlo, rebajamos a Cristo al mismo nivel que ellos. Nos quejamos de que los mahometanos ponen a Jesús a la misma altura que Mahoma, pero nosotros hacemos lo mismo, ya que Cristo es para nosotros lo que Mahoma es para ellos. De este modo, actuamos como si Jesús no tuviera ningún mensaje para hoy. Se ha ido. Conservamos su libro, y eso es todo. Pero ¡gloria a Dios por el Libro! Porque este —la Biblia— nos dice que Él está vivo.

La gran diferencia entre ellos y nosotros, entre el resto de las religiones, es que nuestro Fundador vive y es la cabeza de la Iglesia. Sin embargo, a pesar de que tenemos el concepto de que Él es la cabeza, no lo dejamos hacer demasiado. No puede gobernar, ya que todo lo deciden nuestros comités.

La Iglesia no sabe cómo actuar cuando hay un mover del Espíritu. "¿Qué es esto? —nos decimos—, Hemos de ser cautelosos".

Vienen el pánico, los problemas y las divisiones. ¿Por qué? Porque con demasiada frecuencia nuestras estructuras no son las adecuadas para un Cristo vivo, sino que están hechas para celebrar funerales, para un Fundador muerto.

A menudo, cuando asistimos a la iglesia, se oye hablar de la mujer samaritana, de Zaqueo, de los diez leprosos, de la maldición de la higuera estéril, de cuando Jesús calmó el mar de Galilea, del ciego Bartimeo, de la multiplicación de los panes y los peces. Y, otra vez, de la mujer samaritana, de Zaqueo, de los diez leprosos, de la higuera estéril... Volvemos nuevamente a escuchar la mujer samaritana, la multiplicación de los panes y los peces, Bartimeo, Zaqueo. Como si Jesús no hubiese hecho nada desde que murió y resucitó... A veces pienso que Él debe aburrirse tremendamente oyendo nuestros sermones. Suenan a funeral, ya que en estos hablamos de lo que hizo la persona difunta cuando estaba viva.

Cierto universitario que se convirtió a nuestra Iglesia me decía: "Hermano Ortiz, durante los primeros meses, yo aprendía continuamente en la iglesia; pero, al cabo de ese tiempo, descubrí que ya sabía 10 mismo que los demás. Conocía cómo iba a ser la Segunda Venida de Jesús, todo lo referente a la Gran Tribulación, el nuevo nacimiento, a la Trinidad... De ali' en adelante solo me mantuve". Y esta realidad sigue pasando. Muchas personas decidieron no ir a la iglesia porque se aburren; no porque los cultos sean malos, sino porque son iguales: los mismos himnos, los mismos mensajes, la misma liturgia... Uno tiene que ser verdaderamente sufrido para ir a todas las reuniones. ¡Aun Dios tiene que serlo!

Otro grupo de personas están centradas en las actividades de la iglesia, y no en Jesucristo. Concurren a la reunión, y de allí a un estudio biblico, más tarde a un culto de oración, y así estamos llenos de reuniones eternamente. Incluso medimos nuestra espiritualidad por nuestra asistencia a estas. Alguien va a todas las reuniones. Entonces, es muy espiritual: "¡Qué buen cristiano —decimos—, no se pierde una reunión!". Sin embargo, si esa misma persona no asiste durante dos o tres domingos a los cultos, significa que "se está apartando"

No estoy en contra de las reuniones, pero me pregunto qué nos sucedería hoy si se cerrasen todas las iglesias. ¿Qué le pasaría a nuestra religión? El centro de nuestra vida cristiana debe ser Cristo, no las reuniones. ¿Acaso es de extrañar que no veamos

más crecimiento en el pueblo de Dios cuando estamos tan centrados en los conceptos en lugar de en el Cristo vivo?

Gracias a Dios, en el mundo actual, hay personas que no se encuentran satisfechas con lo que son. Están cansadas de intentar vivir como Jesús y sentirse totalmente fracasadas; ven su falta de amor, de gozo, y anhelan una revelación en el conocimiento de Él, para poder ser esas cartas vivas de las que se pretendía que fuesen. Necesitamos una nueva generación de cristianos que sepan que la Iglesia gira alrededor de una Persona: Jesús, que vive dentro de ellos. Jesús no nos dejó meramente un libro y nos dijo: "Aquí dejo la Biblia; traten de descubrir cuanto puedan en esta, haciendo concordancia y comentarios. Hasta la vista". No, no dijo eso, sino que prometió: "He aquí, Yo estoy con vosotros todos los días"; "Donde hay dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos". NO nos dejó huérfanos, Él vive dentro de nosotros: "No los dejaré desconsolados, vendré por ustedes. No se quedan solo con un libro, yo estoy en sus corazones.

Pablo oraba para que el pueblo de Dios pudiese saber que Cristo vive en sus corazones por la fe, a fin de que fuesen fortalecidos en el hombre interior por el Espíritu Santo.

Hoy, los cristianos necesitamos saber que Cristo habita en nosotros, que ya no vivimos independientemente, sino que Él es nuestra vida. Precisamos reconocer que, puesto que nuestro viejo yo fue crucificado con Jesucristo, ahora es Él quien vive en nosotros. Y, ya que Cristo es nuestra vida, tenemos su carácter en nosotros. No necesitamos copiar, por nuestro propio esfuerzo, loque la Biblia dice en cuanto a la manera que Él vivió, ni ayunar y orar para que nos dé más gozo, amor y paz. Solo tenemos que saber que, en nuestro interior, se encuentra el Autor del libro y que Él es todo eso. Si entendemos esto, el crecimiento viene de forma natural, y el cambio tiene lugar en nuestras vidas al verse, en estas, más de Cristo. Solo esta revelación de Cristo en nosotros puede producir un crecimiento en frutos espirituales.

A menudo cantamos: "Fija tus ojos oh, Cristo...". Eso es lo que vamos a hacer en este libro: fijar nuestros ojos en Jesús, reconociéndolo como nuestro Salvador y como nuestra vida, tanto en lo individual como en lo corporativo: su Iglesia. Él tiene que ser el centro de esta, su misma vida. "Señor Jesús, fijamos nuestros ojos en Ti, a fin de conocer que tenemos tu vida dentro de nosotros y de que podemos vivirla por la fe".

CAPÍTULO 2

El velo de Jesús con barba y con sandalias

Leer las cartas del Nuevo Testamento, veo una enorme diferencia entre el Cristo que presentaba Pablo al mundo y el que la Iglesia presenta hoy. Pablo expresó: 'De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aunsi a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así" (2 Corintios 5:16). Cuando Pablo predicaba el Evangelio, no presentaba al Cristo de los cuatro Evangelios. No se lo escuchaba hablar de la mujer samaritana, de la alimentación de los cinco mil, o de la resurrección de la hija de Jairo. En lugar de ello, él proclamaba al Cristo ascendido, que está vivo hoy, ante quien toda rodilla se doblará, confesando toda lengua que Él es el Señor para gloria de Dios Padre.

A menudo, cuando la Iglesia predica el Evangelio, presenta al Cristo de los evangelios: el Jesús con barba y con sandalias que anduvo sobre las aguas del mar de Galilea, que maldijo a la higuera estéril y que sanó a diez leprosos. Pero el énfasis de la iglesia primitiva era completamente distinto. El autor de Hebreos escribió:

Así que, hermanos, teniendo libertad para entraren el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura.

—HEBREOS 10:19-22 RVR 1960

La vida que Jesús vivió sobre la Tierra abriría para nosotros una relación totalmente nueva con Dios, hasta el punto de que podemos conocerlo como Él es ahora, de una manera viva y siempre fresca. Su vida terrenal fue solo la entrada a esa nueva forma en que ahora podemos experimentarlo. Muchas veces me he preguntado a mí mismo: "¿Por qué, por lo general, la Iglesia presenta al Cristo de los evangelios en vez de al Cristo glorificado que vive en nuestros corazones hoy?". El Cristo que predicaba Pablo en el momento de su partida dijo: "Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo" (Mateo 28:20).

Ese Cristo es eterno y todavía está con nosotros. Vivía antes de venir a la Tierra y vive ahora mismo, mucho después de su ascensión al cielo. Entonces, ¿por qué nosotros, que vivimos ya bastante después del 2000, insistimos en presentar al mundo al Jesús histórico de hace casi dos mil años? ¿Cuál es la razón de que, cada vez que predicamos, lo hacemos acerca del Jesús pasado? El cuadro de Jesús en carne es, en realidad, el peor de nuestro Señor. La Biblia dice, hablando de esos treinta y tres años de Cristo sobre la Tierra, que "se despojó a sí mismo". Pablo expresó, acerca de la vida terrena de Jesús, que, aunque Él era Dios de manera inherente, no escatimó la igualdad con Dios como algo a que aferrarse. Filipenses 2:7 cita: "Por el contrario, se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos".

¿Y en qué papel la gente lo conoció sobre la Tierra?

Hoy, Jesús tiene "un nombre que es sobre todo nombre", ante el cual se doblará toda rodilla; pero, mientras estaba en la Tierra, se lo conoció meramente como el hijo del carpintero. El eterno y glorioso Cristo fue hecho como nosotros: un siervo, nada.

El Cristo que se despojó a sí mismo también "se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" No solo se humilló para vivir entre los hombres, sino que nació en un pesebre, rodeado de animales. Pasó su vida entre pecadores, publicanos y prostitutas, y luego lo crucificaron como a un criminal de la peor clase, enterrándolo en una tumba prestada.

El Jesús que anduvo sobre la Tierra era el Jesús con barba, sandalias y túnica —un Cristo despojado—. No es de extrañar, por lo tanto, que nos impresionen muchas de las cosas que Él hizo, las cuales nos parecen grandiosas. Nos sorprende en gran manera el poder de Jesús cuando maldijo a la higuera, y esta se secó, Pero, en realidad, ¿qué se supone que sea, para Aquel que creó todo en el huerto del Edén, maldecir una higuera? No es una gran hazaña. ¿Acaso puedes imaginarte a los ángeles, allá arriba, en el cielo, hablando con Él acerca de la higuera maldecida? Para ellos no significaba nada; pero desde luego que para nosotros es algo grande.

También calmó las aguas del mar de Galilea. Los judíos lo llaman "mar" porque es la única extensión de agua dulce que hay en el país. Aunque, en realidad, no se trata más que de un pequeño lago. Pero ¿qué representa para el Creador de las galaxias aquietar las aguas del lago? Si generas en un vaso de agua una especie de "tormenta", del mismo modo, en pocos segundos podrás aquietarla. Tampoco era nada extraordinario para Cristo hacer aquello con el mar de Galilea. ¡Sin embargo, a nosotros nos sorprende tremendamente! ¿Por qué? Porque conocemos a Jesús según la carne. Lo vemos bajo las perspectivas de los seres humanos carnales que somos, y no desde el punto de vista del espíritu. Durante aquellos treinta y tres años, Jesús renunció a su gloria y se hizo como uno de nosotros: bebé, carpintero, predicador. Sin embargo, ¿qué son treinta y tres años, comparados con la eternidad? Lo mismo sería preguntarse qué

son treinta y tres centavos para alguien que posee miles de millones de dólares. Pero pareciera ser que lo único que conocemos de Cristo son esos treinta y tres años. Todo nuestro material de escuela dominical se basa en lo mismo.

Prácticamente, yo nací en la iglesia; mi madre entregó su vida a Cristo antes de mi llegada al mundo. Hasta donde puedo recordar, siempre fui a la escuela dominical. Estaba allí todas las semanas y, vez tras vez, oía lo mismo. Cada cinco años se completaba el programa de estudios, y yo volvía a escuchar de nuevo las mismas enseñanzas de Jesús. Lo mismo pasa con el calendario de la Iglesia. Empezamos con Navidad; luego viene la historia del joven de doce años. A continuación, su bautismo, la tentación, las parábolas, los milagros y, por último, la crucifixión, la resurrección y la ascensión. Entonces, volvemos a la Navidad, y el ciclo comienza nuevamente, vez tras vez.

Crecí, y fui al seminario, donde había un curso llamado "Vida en Cristo". Adivina dónde empezaba: en el pesebre. ¿Y sabes dónde terminaba? En la ascensión. ¡Y llamaban a eso "Vida en Cristo"! Puede ser que fueran treinta y tres años de su vida, pero, desde luego, no era su vida entera.

Entonces, ¿por qué dijo Pablo a los corintios que no le preocupaba demasiado conocer al Jesús histórico? La razón era que, en la Iglesia de Corinto, había un problema. Pablo había sido el primero en ir a aquella ciudad con el mensaje de salvación y, cuando se fue de allí, llegó de visita Apolos. Ahora bien, Apolos era un predicador tremendo, y muchas personas fueron atraídas hacia él más que a Pablo a causa de su elocuencia. Pero, detrás de Apolos, llegó Pedro, que también tenía un ministerio atractivo. Más tarde, un grupo de personas dentro de la Iglesia dijeron: "Nosotros preferimos a Pablo", por lo que no tardó mucho en haber una división, ya que los admiradores de Apolos y de Pedro discrepaban de los de Pablo. ¡Y todo aquello sucedía en la misma Iglesia! En un mismo cuerpo, había admiradores de tres hombres diferentes. Con respecto a estas divisiones, Pablo les dijo que esto sucedía entre bebés. Tal vez, de muchos de nosotros habría dicho que ni siquiera habíamos venido al mundo, ya que no podemos ni aun ir al mismo culto. Ellos, por lo menos, estaban en la misma Iglesia. Y así se hacían llamar: "Yo soy de Pablo; yo, de Apolos; y yo, de Pedro". Quizá las personas mayores de la congregación eran partidarias de Pablo porque, cuando él llegó a la ciudad, no había ni un solo creyente. Además, Pablo había tenido que trabajar haciendo tiendas, de modo que lo recordaban. Por otro lado, los jóvenes, probablemente, admiraban a Apolos porque tenía una gran capacidad intelectual y una actitud carismática para hablar y convencer a cualquiera. Cuando Apolos predicaba, la gente se ponía a llorar. También Pedro era diferente —tal vez las mujeres preferían a Pedro, no por su atractivo físico, sino por su ministerio especial— Para entonces, ya anciano, había sido uno de los tres apóstoles más próximos al Señor cuando Él se encontraba en la Tierra, el Jesús con barba y con sandalias. Cuando Pedro iba a Corinto,

se anunciaba en la iglesia: "Viene uno de los doce... uno de los que caminaron y hablaron con Jesús, uno de los que viajaron con Él". No hay ni que decir que, cuando llegaba, el lugar se abarrotaba. Pedro no necesitaba preparar ninguno de sus sermones: simplemente, contaba historias de Jesús. Todavía no se había escrito el Nuevo Testamento; por lo tanto, la vida de Jesús que leemos en los evangelios no estaba registrada en papel. Pedro podía dar testimonio de primera mano, que nadie conocía.

"Queridos hermanos —decía—, como saben, yo soy uno de los doce; en realidad, uno de los tres que estuvieron más cerca de nuestro Señor. Por otra parte, siempre que se nos nombra a los tres apóstoles más íntimos, se hace en este orden: Pedro, Santiago y Juan. ¿Por qué razón digo esto? Para mostrarles lo cerca que estaba de Jesús". Y así imagino que comenzaba sus relatos:

Cierto día, íbamos andando por la calle —habíamos estado predicando y sanando a los enfermos todo el día y volvíamos a la ciudad a la caída de la tarde—, cuando el Señor me dijo: "Pedro, tengo hambre". ¡Se pueden imaginar cómo me sentí! Miré a mi alrededor para ver si había alguien que tuviera algo de comer. Pero a nadie le había sobrado nada. Habíamos comido todo lo que habíamos llevado con nosotros. Pero, mirando por allí, vi una higuera un poco más lejos. Yo sabía que al Señor le gustaban los higos. "Oh —dije—, una higuera". Pero, cuando llegamos a ella, no había nada, ni un solo higo para el Maestro. ¿Saben lo que hizo? No, no puso higos en el árbol, sino que la maldijo. ¡La higuera se secó delante de mis ojos! ¡Qué poder!

Otro día nos hallábamos cruzando el mar de Galilea cuando le dije a Jesús: "Ya están al tanto de lo íntimos que éramos. Señor, nosotros sabemos cómo cruzar el mar; somos pescadores. Tú duerme, que has trabajado mucho. Como me vio muy preocupado por Él, me hizo caso y aceptó mi consejo.

Cuando el Señor estaba dormido y nos encontrábamos en el medio del mar, se desató una tempestad. El viento era tan fuerte y las olas se embravecían tanto contra nuestra embarcación, que pensamos que íbamos a morir todos. De modo que fui a Jesús y sacudiéndolo lo desperté: "Señor —le dije frenéticamente—, nos estamos hundiendo".

Entonces El se levantó y apoyado en mi hombro —todavía puedo sentir su contacto— habló a los vientos y a las aguas y, en un segundo, el mar quedó en calma y enmudecido.

¡De qué manera tocaba aquello a la gente! Empezaban a llorar y a decir:

"¡Qué Milagro!, ¡cuánto poder!".

En algún lugar de la iglesia, alguien le decía al hermano de al lado:

—Oye, ¿por qué no nos contó Pablo estas cosas? Nunca nos relataban nada de esto.

—Calla, quiero escuchar —le respondía el otro—. Es que Pablo no estuvo con Jesús. Se convirtió mucho más tarde, y no vio nunca al Señor.

Pedro continuaba:

Luego recuerdo aquella vez cuando sanó a Bartimeo, el ciego… — Dime —insistía aquel hermano—. ¿No debería uno haber visto a Jesús para ser apóstol?

—Sí.

—Pero me has dicho que Pablo no estuvo con Jesús… — Calla y escucha.

Mientras tanto, Pedro seguía diciendo:

—Entonces, la mujer samaritana…

—No creo que Pablo sea un apóstol; si lo fuera, debería haber estado con Jesús. Este sí que es apóstol. Escucha lo que está contando.

Para entonces, Pedro se encontraba ya hablando de los diez leprosos, y la murmuración había comenzado en la iglesia. "Tal vez Pablo no fue apóstol", se decía la gente, ya que no había estado con Jesús, y uno de los requisitos de los apóstoles era haberlo conocido en persona. ¡En cambio, Pedro… ¡Pedro sí que lo era!

La murmuración empezó a llegar a los oídos de Pablo, y el asunto le preocupó porque, como tú y yo, él también sufría momentos de ansiedad. Tomó papel y pluma, y escribió una carta a los corintios. "De ahora en adelante —les dijo—, a nadie conozco según la carne". Con esto daba a entender: "No me importa si eres doctor o apóstol; lo que cuenta es tu relación con Cristo, no tu título"

Si Pablo estaba pensando en Pedro cuando habló de los queconocían a Cristo según la carne, no quería dar a entender que aquel no tuviese una relación con Jesús. No, Pablo amaba a Pedro y lo respetaba. Era cierto que en una ocasión lo había reprendido delante de todos, pero no estaba tratando de tirarle tierra cuando expresó que no le preocupaba el Cristo en la carne. Lo que Pablo quería decir era que, aunque él hubiera conocido a Cristo según la carne, aunque hubiese estado con Pedro, Santiago y Juan, aquello no tendría importancia. "Preferiría conocerlo como lo conozco": ese era el significado de sus palabras.

¿Y sabes tú cómo conoció Pablo a Jesús?

La primera vez que Saulo —así se llamaba entonces— vio a Jesús, por poco muere. Su encuentro inicial con Él tuvo lugar camino a Damasco. El Señor abrió una ventana del cielo, donde la gloria de Dios le fue mostrada a Pablo. Este cayó de su caballo, y quedó ciego durante tres días. Más tarde, Pablo fue levantado al tercer Cielo: la sede central del Reino de Dios. En aquella ocasión, tuvo una entrevista con Cristo. No

sabemos cuánto duró, y puede ser que hubiera variado en un período de meses, incluso años. Esto sucedió después de que huyó de Damasco. Durante muchos años, no leemos nada de él, hasta que Bernabé fue a buscarlo a la ciudad en que había nacido y lo llevó con él a Antioquía. Sin embargo, sabemos que pasó dos o tres años en el desierto orando.

Cuando Pablo fue arrebatado al Cielo, habló con Cristo, pero no con el Cristo de barba y sandalias, sino con el glorioso y eterno Cristo.

Lo vio en su perfecto estado, lo cual fue mejor que haberlo conocido en la carne, durante el período de su humillación, como Pedro.

Pedro tenía dificultades para entender algunas de las cosas que escribía Pablo. "Tengan cuidado cuando lean las cartas de Pablo — dijo en cierta ocasión— porque en ella hay algunos conceptos muy difíciles". Él había visto a Cristo solo desde el punto de vista de su ministerio terrenal, pero Pablo lo había contemplado en su gloria, así que tal vez tuviese una comprensión más profunda del Cristo eterno.

Al igual que Pablo, yo también estoy contento de haber conocido a Cristo tal como es ahora, y no como era cuando estaba en la Tierra. ¿Sabes?, yo tengo un problema menos que aquellos que lo conocieron como ser humano. Una conciencia demasiado grande del Cristo en la carne puede representar un impedimento para conocerlo en el espíritu. Cada vez que aquellos que lo conocieron en la carne oraban, recordaban su apariencia, pero Pablo no tenía ese problema: él conocía a Cristo como es en realidad. Esto suponía una ventaja a su favor, ya que, para él, Jesús era más una realidad vivaque un personaje histórico.

Al leer las cartas de Pablo, resulta evidente que él no cita ni una sola vez los evangelios. Nunca dice, por ejemplo, "Querido Timoteo, voy a explicarte el pasaje de la mujer samaritana. ¿Has leído alguna vez que Pablo hiciera esto? Y, sin embargo, nosotros lo hacemos constantemente. ¿Cómo predicamos el Evangelio? En primer lugar, hablamos de la mujer samaritana, los diez leprosos o Zaqueo, y luego espiritualizamos esas historias introduciendo a la gente a las Buenas Nuevas. Pero Pablo no hacía eso. Después de su conversión, él tuvo un encuentro con los apóstoles en Jerusalén solo durante quince días, así que, realmente, no sabía demasiado del Jesús histórico. Pablo nunca tuvo la ocasión de sentarse con alguien y decirle: "Explícame la historia de Zaqueo". El hecho es que, si tú solo conoces al Jesús Histórico, tienes un conocimiento retrospectivo, estático de su persona.

Recuerdo que, en una oportunidad, prediqué un sermón sobre el Buen Samaritano. Era durante una campaña evangelística. Yo enseñaba homilética en nuestra escuela bíblica, y la citada campaña se estaba llevando a cabo en la Capilla del Centro. Preparé siete sermones distintos sobre aquel pasaje y, en cada uno de estos, espiritualizaba los diferentes aspectos de la historia; sin embargo, el énfasis de Jesús estaba sobre "Vej y haz tú lo mismo". El hecho es que, cuando uno se encuentra a alguien en necesidad, lo ayuda; pero, en toda mi predicación acerca de aquella parábola, no dije nada sobre eso. Pablo predicaba a Cristo como cuando yo analicé la historia del buen samaritano. Él no representaba al Jesús de los evangelios; le interesaba más el Cristo eterno y glorioso del presente. Y hoy debería suceder lo mismo. Cuando Jesús viene a nuestras iglesias, debería ser el Cristo vivo y glorificado quien está presente en medio de nosotros. Él es la cabeza viviente de la Iglesia, y tiene mucho que decirnos si estamos dispuestos a oír su voz.

CAPÍTULO 3

El Nuevo Pacto es el Espíritu Santo

Pablo iba a bordo de un barco que se dirigía a Roma. Había apelado al tribunal de César y viajaba como prisionero para ser juzgado. Entonces, se desencadenó una tremenda tempestad y, como hacía varios días que estaba nublado y no podían ver las estrellas, se extraviaron. A medida que el temporal empeoraba, la gente empezaba a desesperar, llorando y perdiendo toda esperanza de conservar la vida. Pero Pablo estaba tranquilo: él cantaba a pesar de que la barca se hundía.

—¿Cómo puedes cantar? —le preguntaron.

—No se preocupen —les contestó él—. Vamos, coman algunas cosas, tengan ánimo.

—¿Que tengamos ánimo?

—Sí, la noche pasada estuve hablando con el Señor. Él me dijo que el barco se va a hundir, pero que todos nos salvaremos. Debe de haber una isla por acá cerca, y seremos arrojados a ella con vida.

Pablo no les dijo: "Tengan ánimo: lean el salmo 23". No, lo que dijo fue: "El Señor me ha dicho que el barco se va a hundir y que todos nos salvaremos". Pablo había recibido el último boletín informativo directamente del Cielo. Él tenía una relación personal con Jesucristo, lo que significaba que no necesitaba buscar el Salmo 23 para saber que todo iba a salir bien. En estos tiempos, aquellos que están atentos a su voz, en quienes Cristo está vivo, reciben las noticias del último minuto y contemplan al Señor hacer cosas maravillosas continuamente. No necesitan leer el periódico para ver lo que pasó el día anterior; el locutor del noticiero vive dentro de estas. Digo esto para ilustrar un punto. De hecho, tengo mucho respeto por la Biblia, ya que todo lo que pertenece a Jesús es siempre una bendición y, en cierto sentido, nunca resulta viejo. Pero los evangelios son, simplemente, el punto de partida de una relación con Jesucristo, puesto que Él todavía vive hoy. La historia de su vida no ha terminado aún.

La primera vez que leí el Nuevo Testamento completo, era un chiquillo de aproximadamente siete u ocho años; cuando llegué al último CAPÍTULO del libro de los Hechos, me sentí frustrado. "¿Dónde está lo que falta?", quise saber.

El relato de Hechos culmina cuando Pablo se encuentra en la casa de su arresto. Aquel final me decepcionó. Quería seguir leyendo el resto de la historia; sin embargo, naturalmente, ese libro siempre estará inacabado, ya que el Señor se halla todavía vivo. No se puede terminar la biografía de alguien que está vivo aún. Pablo dice: "Una conciencia demasiado grande del Cristo en la carne puede representar un obstáculo para conocerlo en la actualidad como persona viva que es".

Este es un problema que tenemos todos los cristianos evangélicos. Nos resulta difícil conocer al Señor Jesucristo de hoy porque nos hemos hecho un ídolo de la historia de sus treinta y tres años sobre la Tierra hace más de dos mil años. Ahora bien, tener un conocimiento de Cristo en la carne es bueno; no estoy diciendo nada en contra de ello. Tampoco pienso que Pablo hablara en contra de lo mismo que expresó, que ya no le preocupaba el hecho de conocer a Jesús según la carne. El tener un conocimiento así de Él está bien, siempre que sigamos conociendo más y más de su persona.

Seguramente, Pablo habrá preferido conocer al Cristo resucitado. Y tengo que decir que lo mismo elijo yo. El conocimiento del Jesús histórico es estático; este no produce crecimiento. Pero conocer al Señor actual representa algo más dinámico; lo conocemos y lo seguimos conociendo más y más. Uno lo conoce mejor hoy que ayer. Cuando hablo de conocerlo, no me estoy refiriendo a saber más de la Biblia. En el seminario, vi a personas estudiar continuamente las Escrituras, pero no crecer espiritualmente. Otros, por el contrario, crecían. El hecho de que la leas no es en sí una garantía de que crecerás espiritualmente. Hay grandes teólogos que saben que la Biblia puede ser de ayuda, pero esto no supone una seguridad de que lo sea. No obstante, si uno conoce las Escrituras y al mismo tiempo al Señor Jesucristo actual, estas pueden ayudar mucho.

En los días de la iglesia primitiva, aquel cuerpo vivo de creyentes se extendía por todo el mundo. Todavía no tenían el Nuevo Testamento, y debían apoyarse solo en el Cristo viviente. Únicamente dependían de Jesús. Hoy, pareciera ser muchas veces otra la realidad: ponemos demasiado énfasis en los libros acerca de la Biblia (en la historia escrita del Jesús en la carne), hasta el punto de que no necesitamos al Señor actual. En ocasiones creo que podríamos incluso decirle: "No te preocupes, Señor, tenemos todos los sermones que predicaste hace dos mil años, cuando estabas en la Tierra, y también podemos recitar de memoria las historias de los milagros que realizaste. Quédate en el cielo; realmente no te necesitamos aquí .

En Filipenses vimos un cuadro de Jesús en su peor manifestación: despojado de su gloria y habiendo tomado forma de siervo. Aunque se trata de un cuadro maravilloso (ya que lo peor de Dios es mejor que los logros excelentes de los hombres; su debilidad, más fuerte que la mayor fortaleza de estos; y sus locuras, mucho más sabias que los hombres sabios), sigue siendo cierto que, durante su tiempo en la Tierra, Jesús se

encontraba en su peor momento. Pablo dice: "Así que, de ahora en adelante, no consideramos a nadie según criterios meramente humanos. Aunque antes conocimos a Cristo de esta manera, ya no lo conocemos así" (2 Corintios 5:16). Él nos explica que la clave del crecimiento espiritual es conocer a Cristo como es ahora, no como era en la carne. Entonces... ¿qué aspecto tiene ahora? Luego está:

Así que, hermanos, mediante la sangre de Jesús, tenemos plena libertad para entrar en el Lugar Santísimo, por el camino nuevo y vivo que él nos ha abierto a través de la cortina, es decir, a través de su cuerpo; y tenemos, además, un gran sacerdote alfrente de la familia de Dios. Acerquémonos, pues, a Dios con corazón sincero y con la plena seguridad que da la fe, interiormente purificados de una conciencia culpabley exteriormente lavados con agua pura.

—HEBREOS 10:19-22

Dice que tenemos "libertad para entrar en el lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que Él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne". Aquí el escritor está diciendo explícitamente que el cuerpo del Señor es un velo. Yo no puedo menos que concordar con él, ya que ese cuerpo ha escondido la gloria eterna de Jesucristo. Detrás de Él se oculta el eterno Emanuel, Dios en nosotros.

Solo en algunas ocasiones mostró Jesússu gloria a través del velo. Una de estas fue en el Monte de la Transfiguración. Mientras los apóstoles lo estaban mirando, su carne y sus vestiduras no podían contener tanta luz. Al final de su vida, cuando se encontraba solo orando en el huerto, dijo: "Y ahora, Padre, glorifícame en tu presencia con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera" (Juan 17:5). La carne de Jesús era el velo detrás del cual se escondía aquel Ser eternamente glorioso, Creador de todas las cosas.

Conocer al Jesús de barba y sandalias no era realmente conocer a Cristo. Él se ocultaba detrás de aquel cuerpo; por eso, el escritor de Hebreos nos exhorta a traspasar el velo de su carne para conocerlo en espíritu. Naturalmente, estaba pensando en el Tabernáculo del Antiguo Testamento.

Seguramente recuerdes que el tabernáculo tenía un atrio exterior; luego, dentro, estaba el Lugar Santo y, en el interior, el Lugar Santísimo. Este Lugar Santísimo se encontraba al otro lado del velo del templo, el cual era muy grueso y se mantenía cerrado. Solo el sumo sacerdote podía entrar allí una vez al año. Los otros sacerdotes veían la parte exterior del velo, pero nunca lo que había dentro. Estos ministraban en el Lugar Santo, jamás en el Lugar Santísimo. Sin embargo, cuando Jesús murió en la cruz, la Biblia dice que el velo del templo se partió en dos. ¿Puedes imaginarte el sobresalto que supondría aquello para un posible sacerdote que se encontrase ministrando en ese momento en el Lugar Santo, tal vez ofreciendo incienso a Dios? De repente, el velo se

rasga por la mitad, y queda abierta la entrada al Lugar Santísimo, y dicho sacerdote ve el interior del Lugar. Pero, realmente, el velo que se estaba desgarrando aquel día era el cuerpo de Cristo.

Jesús murió por muchas razones; no obstante, una fue acabar con este velo. Entregó su vida a fin de despojarse del cuerpo de carne que había ocultado su ser eterno, su glorioso estado. Cuando murió en la cruz, la barba y las sandalias terminaron repentinamente. Aquel cuadro de Jesús tenía que desaparecer de la vida de los discípulos para dejar paso al verdadero Cristo escondido en ese cuerpo de carne.

El autor de Hebreos nos suplica que atravesemos el Lugar Santo y entremos al Santísimo, que vayamos más allá del Cristo de los evangelios y lo reconozcamos en el Espíritu. Hoy hemos de adorarlo, no en la carne, sino en Espíritu y en verdad.

No es de extrañar que el mismo escritor tuviera que echar en cara a los Hebreos su falta de crecimiento espiritual. Estos se habían quedado en el lado del velo que no debían, y entonces Él tenía que instarlos a que avanzaran hacia la perfección. Una de las cosas que aquellos hebreos necesitaban era traspasar el velo.

Cuando en el templo el velo se rasgó por la mitad, los judíos lo cosieron de inmediato, y ocultaron, así, el Lugar Santísimo. Parece como si la Iglesia hubiera hecho lo mismo y nuevamente nos encontráramos fuera de dicho velo.

Durante años, supe de memoria cómo era el velo. Si me preguntaras la primera palabra del relato de la mujer samaritana, de los diez leprosos o del ciego Bartimeo, sabría decírtela, así como el resto de todas estas historias. Las conocía al dedillo, ya que he estado escuchando las mismas historias desde que nací. Todo mi ministerio se desarrollaba fuera del velo, mientras predicaba sin cesar de la mujer samaritana, de Zaqueo y de los diferentes acontecimientos que tuvieron lugar durante la misión terrena de Jesús. Pero, cierto día, vi un agujerito en el velo y exclamé: "Señor, ¿cómo es posible que todavía estemos predicando de cuando maldijiste a la higuera estéril? ¿Qué dirían tus ángeles si vinieran a un culto y vieran al Señor de gloria maldiciendo aun a una higuera? Te doy gracias porque hiciste tal cosa, pero quiero empezar a ministrar al otro lado del velo"

La causa de nuestra falta de crecimiento espiritual en la Iglesia es que hemos cosido el velo. Los conceptos y doctrinas referentes al Cristo que vivió hace dos mil años son estáticos, no tienen vida, de modo que no pueden producir crecimiento. Solo las cosas vivas son capaces de originar desarrollo. Estamos más centrados en la historia que en Cristo. Hemos jurado lealtad a la doctrina de un Jesús histórico en lugar de a una persona viva; esa es la razón por la que hay tantas divisiones entre nosotros. Todos pretendemos estar en posesión de la verdad, pero tenemos diferentes doctrinas, aunque nuestro Cristo sea el mismo. Si fuésemos cristocéntricos y tuviéramos a Jesús como persona viva y cabeza real de la Iglesia, habría unidad; pero la cabeza de nuestra

Iglesia está compuesta por una serie de preceptos y doctrinas acerca del Cristo histórico; por lo tanto, estamos divididos. Pero, cuando fijamos la mirada en Jesús, experimentamos unidad. Si una persona viene a Cristo, viene al mismo Cristo de los católicos y de los protestantes. Solo hay un Jesús, no muchos. Sin embargo, cuando nuestros ojos se centran en las reglas y doctrinas particulares de cada uno, nos encontramos divididos. Necesitamos comprender la diferencia entre el Antiguo Pacto y el Nuevo. Pablo describe al creyente del siguiente modo:

... son una carta de Cristo, expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios viviente; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en los corazones.

—2 CORINTIOS 3:3

El Antiguo Pacto son los Diez Mandamientos, grabados en unas tablas de piedra. Pero el Nuevo Pacto es Cristo mismo, que vive dentro del corazón del creyente. ¡Se trata de un tipo de pacto totalmente distinto! Los súbditos del reino de Dios no son gobernados por una ley externa, sino por el mandato interior del propio Rey. Luego, Pablo siguió diciendo: "El nos ha capacitado para ser servidores de un nuevo pacto, no el de la letra, sino el del Espíritu; porque la letra mata, pero el Espíritu da vida" (2 Corintios 3:6).

¿Qué quería decir Pablo con "el espíritu"? Muchos creyentes se imaginan que el Antiguo Testamento es letra y el Nuevo, Espíritu. O piensan que el Nuevo Pacto es una versión más espiritual de la antigua Ley: la Ley más el Sermón del Monte; pero ambas cosas son letras. Según Pablo, el Nuevo Pacto no es una ley escrita; ni del Antiguo Testamento ni del Nuevo Testamento. No consiste en ninguna interpretación espiritual de los Diez Mandamientos, ni tampoco en el Sermón del Monte. El Nuevo Pacto no supone una ley escrita, sino que es Espíritu. Así, Pablo seguía explicando: "Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y, donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad" (2 Corintios 3:17). ¡El Nuevo Pacto es un acuerdo que Dios hizo de venir y vivir dentro de nosotros personalmente para cumplir su voluntad!

El Antiguo Pacto es letra; el Nuevo, Espíritu. El Señor mismo es el Espíritu y vive dentro de nosotros. Estar en el reino de Dios significa estar unido al Rey de tal manera que Él gobierna a uno dentro del nuevo corazón. Podemos utilizar los evangelios o cualquier otra parte del Nuevo Testamento de la misma forma que la gente usa el Antiguo, que es, en realidad, igual que como los musulmanes emplean el Corán: leemos el Libro e intentamos vivir según lo que•está escrito. Vemos lo que hizo nuestro

Fundador y tratamos de copiarlo. Esto nos convierte en una religión más, igual quetodas las otras. ¡Pero el Nuevo Pacto noes unareligión!Tenemos un Fundador viviente, el cual está vivo hoy, vivo entre nosotros. Él, en nuestro interior, es la ley por la cual vivimos, y su vida se reproduce en nosotros porque hemos sido unidos a Él, hechos un espíritu con Él. "Pero el que se une al Señor se hace uno con él en espíritu" (1 Corintios 6:17). Por esa razón Pablo podía decir: "Para mí, el vivir es Cristo" La vida del apóstol no estaba bajo su propio dominio, sino bajo el control de Cristo.

El Antiguo Pacto se describe como un ministerio de muerte. Era un pacto glorioso porque tenía muchas leyes hermosas, pero ministraba muerte a aquellos que trataban de guardarlas, ya que no podían hacerlo. Por esta razón, Pablo llamaba al Antiguo Pacto el "ministerio de condenación". Cuando Moisés recibió el Antiguo Pacto, dice la Biblia:

... Moisés, quien se ponía un velo sobre el rostro para que los israelitas no vieran el fin del resplandor que se iba extinguiendo. Sin embargo, la mente de ellos se embotó, de modo que hasta el día de hoy tienen puesto el mismo velo al leer el antiguo pacto. El velo no les ha sido quitado, porque solo se quita en Cristo. Hasta el día de hoy, siempre que leen a Moisés, un velo le cubre el corazón. Pero, cada vez que alguien se vuelve al Señor, el velo es quitado.

—2 CORINTIOS 3:13-16

La gente que vivía bajo el Antiguo Pacto tenía un velo sobre su corazón; y debo decir con tristeza, pero también con esperanza, que durante muchos años también yo leía la Biblia con un grueso velo y no estaba mejor que aquellos de los tiempos del Antiguo Testamento a causa de ello. Veía la letra y nada más; no percibía el Espíritu. Dicha letra era como un velo para mí; no me dejaba ver la intención de Dios que había detrás de ella. Tan solo distinguía las exigencias sin vida de la ley, exigencias que nadie ha sido capaz jamás de cumplir. Ahora entiendo por qué Pablo dice que el Antiguo Pacto es condenación y muerte. Yo intentaba vivir por la ley y enseñaba a otros lo mismo, pero siempre nos sentíamos fracasados. ¡Jamás lo conseguíamos! Por lo tanto, experimentábamos una sensación condenatoria y vivíamos con un permanente sentimiento de culpabilidad.

Existe una gran cantidad de creyentes terriblemente desanimados porque intentan vivir la vida cristiana teniendo el Antiguo Pacto y el Nuevo mezclados. Saben que en el Nuevo no estamos bajo la ley; sin embargo, aún tratan de vivir de acuerdo con ella. Luego, descubren que no pueden hacerlo, y se sienten condenados. Nuestras iglesias están llenas de cristianos con sentimientos de culpabilidad, y muchos de nosotros aprendimos a llevar una careta con el fin de aparentar que lo estábamos haciendo todo bien. Pero j tras esas caretas, se escondía una sensación de fracaso y

desaliento. Hay creyentes que se sienten desesperados porque no pueden hacer aquello que, según piensan, deben hacer.

Me entristece ver tantas personas que tratan de vivir la vida cristiana sin conseguirlo. Sin embargo, también me da esperanza. ¡Sí, esperanza! Esto puede parecer paradójico, pero, en mi propia vida, solo cuando llegué al final de mis esfuerzos, cuando vi que no era capaz de hacer todo lo que se espera de un cristiano, abandoné la lucha, y me volví al Señor. Cuando volvemos la mirada al Señor, el velo que se interpone entre Él y nosotros cae. Ya no nos ciega dicho velo, sino que vemos claramente y nos enfocamos en vivir como es debido.

¿Qué ve uno cuando se le quita el velo? Observa muy atentamente lo que dijo Pablo. Se trata de una revelación asombrosa. Si puedes ver esto, toda tu vida será transformada.

Cuando Moisés bajó del monte Sinaí después de haber visto a Dios cara a cara durante cuarenta días, su rostro brillaba. ¡Algo de la gloria de Dios debió de haber penetrado en su piel, de la manera que su cara irradiaba luz! ¡Tuvo que ser algo tremendo verlo brillar con la gloria de Dios! Sin embargo, Moisés sabía que aquella gloria había de desvanecerse, así que se puso un velo sobre el rostro. ¿Y por qué hizo esto? Porque conocía a la gente y sus reacciones, de manera que actuó con sabiduría. Si él hubiera vuelto irradiando gloria, la gente, al verlo, hubiera dicho: "¡Qué hombre de Dios este Moisés!". Y, prácticamente, lo hubieran adorado. Cuando la gloria se desvaneciese, expresarían: "¡Ha perdido la unción!". No sé cuánto tiempo duraría aquella gloria. Supongamos que fuera un mes. ¡Durante la primera semana brillaba mucho —¡cómo habría respetado el pueblo a Moisés! Luego, transcurrida la primera semana, en el transcurso de la segunda semana, su brillo era menor. La tercera, menor aún. Hasta que, al final de la cuarta, ese brillo había desaparecido por completo. ¿Qué pensarían entonces de Moisés? Nosotros también hacemos eso con nuestros pastores.

Cuando el pastor predica hermosos sermones, visita a la gente y muestra por ella un amor tremendo, todos lo alaban: "Pastor — expresan—, estamos tan contentos de tenerlo entre nosotros. ¡qué unción la de su ministerio!". Pero luego ese pastor atraviesa momentos difíciles; su predicación ya no parece tan inspirada, ni tan afectuoso cuando visita a la gente. Y las mismas personas empiezan a decir: "No es el mismo de antes. ¡Ha perdido la unción!".

Toda esta forma de manejarnos es un tipo del Antiguo Pacto. Cuando las personas viven bajo la Ley, obedeciendo la letra, puede ser que durante algún tiempo les vaya bastante bien. Se disciplinan, ponen sus vidas en orden… parecen santos. Digamos, por ejemplo, que alguien viene a las reuniones y testifica: "Hermanos, he tenido una experiencia tremenda con el Señor. El me ha liberado de las drogas". Ahora, ese hermano parece muy santo; está haciendo todo lo que es correcto, por lo tanto, es aceptado por cada miembro de la iglesia como alguien muy espiritual. ¡Tiene la gloria!

Pero, dos o tres semanas después, se encuentra de nuevo en el parque fumando hachís. ¡Cristo no lo ha liberado de las drogas en absoluto! De hecho, si hubiésemos sido prudentes, le habríamos puesto un velo sobre el rostro para que nadie supiese que había dejado de fumar. La gloria que antes manifestaba era simplemente la de la Ley, y pronto se marchitó, ya que la santidad de la letra es por lo general transitoria.

Después de señalar la gloria perecedera de la santidad temporal que produce la Ley, Pablo continúa mostrando lo diferente que es la gloria en Cristo:

Así, todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu.

—2 CORINTIOS 3:18

La gloria de Cristo en la vida de una persona, en vez de marchitarse, aumenta "de gloria en gloria". La razón es muy sencilla. No se trata de una santidad exterior consistente en conformarnos a lo que otros esperan de nosotros como cristianos, sino interna, que brota de manera espontánea, natural y sin esfuerzo, del centro mismo de nuestro ser.

El corazón viejo que todos teníamos en el momento de nacer ha sido sustituido; ahora tenemos un nuevo corazón. El viejo hombre intentaba ser santo, pero no podía mantenerse así, porque su corazón no lo era, de modo que su gloria pronto se marchitaba. Pero el nuevo hombre tiene un corazón santo, de manera que resulta natural para él vivir rectamente. El corazón es nuestro "centro de control" —como el centro espacial de Houston, Texas (EEUU)—. En la vieja vida, quien se hallaba sentado dentro de nosotros en ese centro de control era el dios de este mundo. Este ejercía el señorío de nuestras vidas, de tal manera que el pecado nos gobernaba. Dice la Biblia:

en los cuales andaban conforme a los poderes de este mundo. Se conducían según el que gobierna las tinieblas, según el espíritu que ahora ejerce su poder en los que viven en la desobediencia.

—EFESIOS 2:2

Pero, cuando nuestros corazones se volvieron al Señor, Satanás fue expulsado de su trono, y su mandato interior sobre nuestras existencias terminó. En su lugar vino a reinar y a vivir Cristo Jesús. Él está ahora en nuestro centro de control, de manera que nos encontramos bajo el gobierno de Dios. A cada uno de nosotros Él nos dio un nuevo corazón. En el Nuevo Pacto no hay ningún velo; podemos mirar fijamente la gloria de

Cristo sin que nada la cubra. En la cruz el velo se eliminó, de modo que tanto nosotros como Él estamos descubiertos.

Ahora bien, ¿dónde podemos ver esa gloria descubierta o revelada de Cristo? ¿En qué lugar debemos buscarla? Recuerda las palabras de Pablo: "Por tanto, nosotros todos mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor . . . ". ¡Si tú te quitas el velo de la cara y te miras en un espejo, ¡verás la gloria del Señor! O, dicho en otras palabras, cuando retiras el velo de la ley de tu vida y diriges tu mirada a un espejo para ver quién eres en realidad, contemplarás la gloria de Cristo en tu propio rostro. La Biblia dice lo siguiente sobre la persona que se une al Señor bajo el Nuevo Pacto: "Pero el que se une al Señor se hace uno con él en espíritu" (1 Corintios 6:17). Dos han llegado a ser uno. Cuando nos miramos a nosotros mismos sin el velo del Antiguo Pacto, vemos una expresión de Jesucristo. ¡Aleluya! ¿Y a qué Cristo vemos? Al Señor actual, a Aquel que no está ya velado en la carne. No al Jesús con barba y con sandalias, sino al Cristo que se encuentra unido a nosotros como un espíritu y que es nuestra vida en el tiempo presente, en este siglo. Por eso leemos en Romanos:

Porque si, cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, habiendo sido reconciliados, ¡seremos salvados por su vida!

—ROMANOS S:10

La muerte de Jesús, el derramamiento de su sangre en el Calvario hizo posible nuestro perdón y justificación y, gracias a esta, no hay cargos contra nosotros en el Día del Juicio. Pero la sangre de Jesús por sí sola no nos inviste de poder para vivir una vida salva; la salvación como realidad dinámica la experimentamos gracias a la vida presente de Cristo.

La salvación no es un regalo que Dios nos da como uno que viene envuelto en un bonito paquete para que lo pongamos sobre un estante y lo admiremos. No se trata de una cosa. ¡La salvación es una vida! Es andar de un modo particular, experimentar una cierta calidad de vida. Por eso Pablo dice: "Ocupaos de vuestra salvación con temor y temblor". Ocuparnos en nuestra salvación significa andar como personas salvas, experimentar el hecho de esa salvación día a día, vivir con el nuevo corazón, manifestar la nueva creación que somos en Cristo.

¿Cómo nos ocupamos en nuestra salvación? ¿De qué manera vivimos la vida salva? "Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Filipenses 2:13 RVR 1960). ¡Cristo es nuestra vida! Él es quien nos

mueve hacer la voluntad de Dios, capacitándonos para llevarla a cabo. Él es quien produce la vida en nosotros porque somos uno en Él. Pablo explicaba:

Porque nosotros somos templo del Dios viviente. Como Él ha dicho: 'Viviré con ellos y caminaré entre ellos. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo'" (2 Corintios 2:16).

Cuando vivamos nuestra vida cotidiana, la de todos los días, Dios promete que vivirá a través de nosotros. Somos vasijas para contenerlo. Él nos mueve, nos impulsa, nos motiva para hacer su voluntad, de tal manera que podemos decir como Pablo: ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en el cuerpo lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí" (Gálatas 2:20).

Jesús dijo: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días". Esto era lo que comprendía la Iglesia primitiva. Ellos no tenían el Nuevo Testamento, ni siquiera el Antiguo; no contaban con copias de este último en sus hogares para leerlo. Solo tenían a Jesucristo. Decían: "Jesucristo te sana; vamos, levántate". Nosotros decimos: "Lee libros sobre la sanidad". Y eso es porque tenemos un enfoque teológico, basado en los libros y en la meditación, en vez de en la vida. Ellos contaban con una persona viva; nosotros tenemos un concepto. La crónica de la Iglesia primitiva fue "Los discípulos salieron y predicaron por todas partes, y el Señor los ayudaba en la obra y confirmaba su palabra con las señales que la acompañaban" (Marcos 16:20). Nosotros cantamos: "Nunca más caminaré solo...". Por lo menos en esto estamos siendo sinceros: no vamos solos, vamos con la Biblia bajo el brazo. Pero los de la Iglesia primitiva iban con el Señor; Él moraba dentro de ellos y caminaba con ellos. Él era su vida, y no solo un concepto; por eso se movían con tanto poder. (Te recomiendo que puedas leer nuevamente los evangelios de principio a fin y luego estudies el velo). Una vez que hayas hecho esta lectura y estés seguro de que comprendes dicho velo, ponlo a un lado y mira al Cristo ascendido, el cual está vivo en ti hoy. Mírate en un espejo sin el velo del Viejo Pacto de la Ley (olvidándote del Jesús con barba y con sandalias) y mira al Cristo actual obrando a través de ti en este mismo momento.

—¡Señor, has estado dentro de mí en todo este tiempo! — Sí, aquí estoy.

Luego empieza a disfrutar de la comunión con Él, a conocer su punto de vista en todos los asuntos que afectan a tu vida. Ya no quieras copiar al Jesús de hace dos mil años, para que el Cristo vivo fluya a través de tu carácter. Comienza a ver las cosas bajo el ángulo en que Él las ve y a pensar con su mente. Donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad. No libertad para ser libertino, ni para volcar los bancos y hacer mucho ruido, sino libertad de la esclavitud de la ley, del Antiguo Pacto, libertad para ser esa expresión única de Cristo que Él quiso que fuera. ¡Cristo está vivo hoy!

Mírate en un espejo. Enfócate, descubre quién verdaderamente eres: una expresión del Cristo glorificado y eterno que vive en tu interior. Comienza a creer esto acerca de ti mismo, y empezarás a experimentar la vida de Él como una realidad diaria.

CAPÍTULO 4

Cristo está donde estamos nosotros

En los tiempos de Jesús, los discípulos tenían un problema: continuamente buscaban una manifestación física del Reino de Dios. Debido a esto, el Señor tuvo que decirles repetidas veces que el Reino era diferente a cómo ellos lo habían imaginado. Hoy, seguimos teniendo el mismo problema; por eso, en este CAPÍTULO quiero subrayar un punto: el Reino de Dios está en nosotros. No lo busques a tu alrededor, porque no lo encontrarás: solo lo hallarás dentro de ti.

Pablo oraba por el pueblo de Dios de su época, para que "... por medio del Espíritu y con el poder que procede de sus gloriosas riquezas, los fortalezca a ustedes en lo íntimo de su ser, para que por fe Cristo habite en sus corazones... " (Efesios 3:16-17). Quisiera que puedas darte cuenta de lo que Él pedía. No oraba: "Pido que tengan buenas reuniones". Oraba para que nuestro hombre interior fuera fortalecido y Cristo pudiera morar por fe en nuestros corazones.

¿Te preguntaste alguna vez dónde vive Cristo? Él vive en nuestros corazones por medio de la fe. Estar en el Reino de Dios no significa otra cosa. Jesús es el Rey, y viene a vivir dentro de nosotros; estamos unidos en Él en espíritu para que Él gobierne nuestros corazones.

Nuestras vidas están bajo su mando, y Él es nuestro Señor. Esto es el Reino de Dios. Luego, Pablo seguía diciendo: que conozcan ese amor que sobrepasa nuestro conocimiento, para que sean llenos de la plenitud de Dios" (Efesios 3:19). Ser lleno quiere decir tenerlo a Él dentro de nosotros, como el agua que llena un vaso se encuentra en el interior, y no fuera.

Llenos de toda plenitud de Dios. Pero, Pablo, ¿sabes lo que estás diciendo? "Claro que sí, caballero". Entonces proseguía: "Al que puede hacer muchísimo más que todo lo que podamos imaginamos o pedir, por el poder que obra eficazmente en nosotros" (Efesios 3:20).

¿Dónde actúa su poder? En nosotros. El mensaje de Pablo era muy sencillo, realista y aplicable a la vida diaria. En nuestras teologías nos hacemos demasiado idealistas e intentamos escalar las cumbres más altas de las montañas, pero Pablo empieza desde abajo, con las cosas pequeñas de la vida, Si somos fieles en estas cosas pequeñas, el Señor nos dará cosas grandes. Su evangelio eran realmente buenas noticias, porque tenía que ver con cómo vivir; trataba de nuestra vida diaria, de aquella que cada uno debe llevar. Pablo resumía esto en una clara afirmación: "... que es Cristo en ustedes, la esperanza de gloria" (Colosenses 1:27). Con esto tiene que ver el Nuevo Pacto.

Esencialmente, la diferencia entre el Nuevo Pacto y el Antiguo es que este último obra fuera de la gente, mientras que el Nuevo lo hace dentro de ella. El Antiguo Pacto había que leerlo en un libro y luego tratar de cumplirlo, pero el Nuevo dice:

Este es el pacto que después de aquel tiempo haré con el pueblo de Israel —afirma el Señor—: Pondré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.

—JEREMÍAS 31:33

En este, la Ley se incorpora al individuo como sistema interior de dirección.

El profeta Ezequiel lo expresó de esta manera:

Les daré un nuevo corazón, y les infundiré un espíritu nuevo; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les pondré un corazón de carne. Infundiré mi Espíritu en ustedes, y haré que sigan mis preceptos y obedezcan mis leyes.

—EZEQUIEL 36:26-27

Nosotros no tenemos que intentar poner por obra el Nuevo Pacto; es Dios quien nos mueve a hacerlo desde dentro. Se trata de un impulso interior del Espíritu, que está en nuestro nuevo corazón y nos induce a andar en el camino de Dios. Jesús expresó esto muy claramente a sus discípulos:

El Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede aceptar porque no lo ve ni lo conoce. Pero ustedes sí lo conocen, porque vive con ustedesy estará en ustedes.

—JUAN 14:17

¡En ustedes! ¡De Pentecostés en adelante, el Espíritu está dentro! En el Antiguo Testamento, no se hablaba tanto de plenitud, sino más bien de unción. Esto era debido a que el Espíritu se movía desde afuera sobre las personas para llevar adelante sus planes —solo visitaba a la gente—. De este modo, el término del Antiguo Testamento era la "unción". Ahora bien, en el Nuevo Pacto no se trataba de una visita del Espíritu Santo, sino que Él viene con todo su equipaje para quedarse, para morar. Por eso hablamos más de plenitud que de "unción". Él está dentro de nosotros.

En la Fiesta del Tabernáculo, Jesús hizo una declaración extraordinaria. La gente se encontraba en Jerusalén participando de aquella gran celebración religiosa cuando Él subió al templo y anunció a todos: ¡Si alguno tiene sed, que venga a míy beba! De aquel que cree en mí, como dice la Escritura, brotarán ríos de agua viva" (Juan 3:37-38).

¿De dónde viene el Espíritu? ¡No de afuera, sino del interior del creyente! Él está en nosotros. Este es el Nuevo Pacto: Cristo en nosotros, la esperanza de gloria. No tenemos que estudiar para aprender cómo se busca al Señor. No necesitamos tratar de bajarlo a la fuerza del Cielo para que llegue a ungirnos. Él ha venido a morar en nosotros por medio del Espíritu, e intenta fluir hacia afuera a través de nosotros. Lo que necesitamos es aprender a liberar aquello que ya tenemos dentro.

Este es un planteamiento totalmente distinto de la actitud que muchos de nosotros hemos tenido, tratando de buscar a Dios y de recibir nuevos derramamientos del Espíritu desde el Cielo. La Biblia presenta a Cristo en nosotros, no como una meta a alcanzar, sino como un hecho que debe ser comprometido. Mientras seguimos pensando en Cristo como alguien fuera de nosotros que tiene que venir y llenarnos, estamos negando lo que dice la Biblia y convirtiéndola en una mentira, ya que la realidad de que Cristo está en nosotros es la mayor promesa y más clara de las Sagradas Escrituras. Al mismo tiempo, hemos de estar seguros de que esto nos ha sucedido realmente y de que Él se encuentra dentro de nosotros. Pero, una vez que lo tenemos, no necesita volver a entrar. Solo debemos creer que está ahí con toda su plenitud. Jesús dijo que ríos de agua viva correrían de nosotros, y no que entrarían en nosotros. A la mujer samaritana le explicó:

. pero el que beba del agua que yo le daré no volverá a tener sed jamás, sino que dentro de él esa agua se convertirá en un Manantial del que brotará vida eterna.

—JUAN 4:14

El agua salta desde nuestro interior hacia afuera.

Pablo les preguntaba a los corintios: "¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios? Ustedes no son sus propios dueños" (1 Corintios 6:19). Otra vez vemos que el Espíritu de Dios está en nosotros. Él se ha instalado en nuestro interior. Alos romanos, Pablo les dice lo mismo: "Aquellos que son guiados por el Espíritu de Cristo son hijos de Dios y, si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él —no es cristiano—". No necesitamos tratar de conseguir el espíritu de Dios: lo tenemos, y Él nos guía desde dentro.

El hecho de que el Espíritu está en nosotros resulta claro por muchas declaraciones de la Escritura, y también por muchos símbolos que se utilizan en la Biblia. Considera, por ejemplo, la figura del Tabernáculo o del templo. Cuando el Tabernáculo del Antiguo Pacto y el templo de Salomón se inauguraron, Dios bajó en llamas de fuego sobre ellos y dijo: "Moraré y viviré aquí". Vino sobre el edificio. Pero el día del Pentecostés sucedió algo diferente: Dios descendió también con fuego para inaugurar el nuevo edificio; pero, en este caso, el edificio somos nosotros.

Jesús dijo: "Destruid este templo y en tres días lo levantaré". Aquello era una herejía a los oídos de quienes lo escuchaban. ¡Se habían necesitado muchísimos años para edificar ese edificio, y ¡Él pretendía levantar uno en tres días! Desde luego, Jesús hablaba de una clase de templo diferente, el cual sustituiría al edificio: se refería a su cuerpo. Son necesarios más de tres días para construir un templo terrenal; pero, en tres días, su cuerpo fue resucitado, lo cual constituía un símbolo del nuevo templo que formamos tú y yo. Me pregunto por qué seguimos llamando iglesia a los edificios físicos. ¿Hemos comprendido, realmente, alguna vez que nosotros somos el templo actual?

¿Por qué llamamos iglesia a un edificio?

Las palabras simbolizan ideas y, aunque la gente sabe que la iglesia no es el edificio, todavía dice: "Voy a la iglesia". Pero esta se trata de una idea errónea. Nunca podemos ir a la iglesia porque somos la Iglesia. El edificio no es en absoluto la Iglesia y me pregunto si la razón por la cual no actuamos como Iglesia durante la semana no será que persistimos en decir palabras que nos dan un concepto de esta como algún sitio al que tenemos que ir. Jesús dijo: "Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mateo 18:20), ¿Qué nos trae este versículo a la mente?, la reunión de la iglesia. Pensamos en gente que va junta a la iglesia. Pero eso no era lo que Jesús quería decir. Él nunca expresó: "Donde hay un piano, un órgano y dos banderas, allí estoy Yo en medio de ellos". Dijo: "dos o tres personas". Cuando me despierto por la mañana, pregunto: "Marta, ¿estás ahí?". Y ella responde: "Sí. Juan Carlos. Somos dos y ambos tenemos a Cristo. Los dos creemos y confiamos en Él, de manera que somos la

iglesia". Y, en ese momento, la Iglesia está acostada. Luego nos sentamos a la mesa para desayunar. Allí se une a nosotros David y, más tarde, Juan Roberto. Pronto nos convertimos en seis, cuando llegan nuestras dos hijas. La Iglesia está tomando el desayuno. Ese es el edificio que Jesús dijo que levantaría en tres días. Necesitamos hacer énfasis en lo que es en realidad la Iglesia. Lo sabemos en nuestra mente, pero no en nuestro corazón, de manera que no vivimos en consonancia con ello.

Uno de los mayores problemas de la Iglesia es que sabemos todas estas cosas, pero no las hacemos. No tenemos necesidad de conceptos, sino de vida. Precisamos vivir lo que creemos. Cuando se inauguró este primer "edificio" de la iglesia el día de Pentecostés, el fuego cayó del mismo modo en que lo había hecho sobre el Tabernáculo y el TemPIO. ¿Y dónde cayó? ¿En el edificio o en la gente? Se derramó en la gente. No vino sobre el tejado de la construcción, sino sobre las personas, porque desde aquel día Cristo iba a morar en aquella gente como anteriormente lo hizo en el Templo. Cuando creemos en Jesucristo, Él viene a vivir dentro de nosotros. Nosotros oramos: "Venga tu reino. Pues su Reino viene a nuestros corazones; Él entra en nosotros y se hace uno con nosotros para poder gobernar nuestras vidas desde el centro de control: el nuevo corazón.

¿Dónde está el Señor resucitado? Tal vez pienses que más allá de las nubes, o incluso de las estrellas. ¿Pero dónde se encuentra según la Biblia? Aquí en nuestro interior. Ha venido a hacer morada con nosotros, a establecerse en nosotros, a comer y beber en nuestra compañía. Él comparte con nosotros nuestra vida diaria y ordinaria, todas las cosas que hacemos de día y de noche.

La gente piensa que llevar una vida espiritual significa vivir de una manera que no es normal: ir a reuniones en el edificio de la iglesia o pasar mucho tiempo encerrado en la habitación estudiando la Biblia o de rodillas. Se considera que ser espiritual supone algo distinto de la vida ordinaria. Pero no es así: una persona espiritual es la que vive todo el tiempo en Jesús, unida a Él, siendo una con Él y dejándolo a Él que guíe su vida y todas las cosas que hace. Así, se vive una vida normal, pero toda bajo el control de Jesucristo. Eso es lo que significa vivir en el Reino de Dios: llevar una vida plena, completamente física, bajo la dirección interna del Rey. A eso se refería Pablo cuando oraba pidiendo:

Le pido que, por medio del Espíritu y con el poder que procede de sus gloriosas riquezas, los fortalezca a ustedes en lo íntimo de su ser, para que por fe Cristo habite en sus corazones. Y pido que, arraigados y cimentados en amor, puedan comprender, junto con todos los santos, cuán ancho y largo, alto y profundo es el amor de Cristo; en fin, que conozcan ese amor que sobrepasa nuestro conocimiento, para que sean llenos de

la plenitud de Dios. El que puede hacer muchísimo más que todo lo que podamos imaginarnos o pedir, por el poder que obra eficazmente en nosotros.

EFESIOS 3:16-20

El cristianismo no es una cuestión externa como religión, sino algo interior que funciona mediante la fe. Creemos que Cristo está dentro de nosotros y no necesitamos depender de sentimientos externos porque lo sabemos sin lugar a duda.

Tal vez a estas alturas estés diciendo: "Eso ya lo sabíamos. No hemos tomado este libro para perder tiempo leyendo cosas que ya sabemos. Dígannos algo nuevo".

¿Lo sabes realmente?

Durante años, yo pensé que lo sabía y predicaba acerca de ello leyendo todos los pasajes de las Escrituras que hablaban de Cristo en nosotros. Incluso decía a la gente: "Hermanos, abran sus corazones al Señor". Como verás, empleaba todas las palabras correctas; sin embargo, no conocía la vida. ¡Tenía el concepto, pero no la vivía! Tal vez esto te resulte gracioso, pero cierta vez me encontré en una situación en mi propia iglesia que demuestra la diferencia que hay entre estar en posesión de un concepto y experimentar la vida. Nuestro director de canto dijo: "Comencemos la reunión con el himno 224, Desde que Jesús vino a mi corazón". Luego, una vez que lo cantamos, anunció: "Y ahora el himno 191, Ven a mi corazón, Señor Jesús". ¿Qué había pasado entre el primer himno y el segundo? En el primero estaba allí y en el segundo ya no, ahora ¡tenía que venir! Estábamos más centrados en los conceptos y en la doctrina que en la vida. Una de nuestras doctrinas decía que Cristo ha de venir a nuestros corazones, lo cual es perfectamente correcto. Pero, luego, tenemos otras que dicen que Él está allí. El problema radicaba en que se nos habían mezclado. Ahora bien, si nuestras doctrinas fueran una realidad para nosotros, cuando el pastor dijera: "Cantemos Ven a mi corazón, Señor Jesús", le responderíamos:

"Pastor, si usted no lo tiene, cántelo, pero nosotros sí lo tenemos" Deberíamos ser cuidadosos con lo que cantamos, porque muchas de nuestras canciones pertenecen al Antiguo Pacto. En aquellos tiempos hacían bien en cantar: "Subamos al monte del Señor y a la casa de nuestro Dios". El monte del Señor estaba en Jerusalén, y la casa de Dios era el templo; pero, si no traducimos esas canciones al Nuevo pacto, acabaremos confundidos. David cantaba: "Yo me alegraré con los que me decían: 'A la casa del Señor iremos'". Sin embargo, para cantar ese salmo, necesitaría adaptarlo, de modo que, sencillamente, lo cambio por "Yo me alegro con los que me dicen: 'Somos la casa del Señor'". Esto lo convierte en un canto del Nuevo Pacto.

Creo que estamos sufriendo las consecuencias de una terrible mezcla del Antiguo Pacto y del Nuevo Pacto, como si tratáramos de vivir con dos maridos a la vez. ¡Queremos estar casados con el señor Ley y con Jesús, ¡Lo cual es adulterio! Si somos cristianos, hemos muerto a la Ley. Pablo nos dice:

Asimismo, hermanos míos, ustedes murieron a la ley mediante el cuerpo crucificado de Cristo, a fin de pertenecer al que fue levantado de entre los muertos. De este modo daremos fruto para Dios. Porque, cuando nuestra naturaleza pecaminosa aún nos dominaba, las malas pasiones que la ley nos despertaba actuaban en los miembros de nuestro cuerpo, y dábamos fruto para muerte. Pero, ahora, al morir a lo que nos tenía subyugados, hemos quedado libres de la ley, a fin de servir a Dios con el nuevo poder que nos da el Espíritu, y no por medio del antiguo mandamiento escrito.

—ROMANOS 7:4-6

Deberíamos estudiar ese pasaje desde el versículo uno, con mucha atención, porque el adulterar es cosa seria. Nosotros ya no estamos casados con la Ley, sino con otro esposo: el Cristo ascendido.

En cierta ocasión, estuve en otro culto en el que el director de canto dijo: "Cantemos Hay un río de vida que fluye en ml', y luego, en la misma reunión se cantó: "Hazme venir a tu río, Señor". ¿Qué había pasado? Acabábamos de hablar acerca de un río de vida que brotaba de nosotros a torrentes y, un momento después, estábamos exclamando: "Heme aquí con ardiente sed". ¡Qué confusión! No es extraño que no podamos convencer al mundo de la vida que predicamos: ¡nosotros mismos no estamos seguros de loque tenemos y de lo que no tenemos!

Observa nuevamente las palabras de Jesús: "Cualquiera que bebiere de esta agua [hablando del agua que sustenta la vida física] volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que Yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que Yo daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna". Cuando cantamos: "Heme aquí con ardiente sed", estamos contradiciendo a Jesús. Él habló de ríos de agua viva que saltarían de nosotros, corriendo luego hacia otras personas; sin embargo, nosotros decimos que estamos secos y sedientos. ¿No es eso llamarlo mentiroso al Señor?

"No tendrá sed jamás", dijo Jesús. Eso significa que ya no estamos sedientos. "Bienaventurados los que tienen hambre y sed… porque ellos serán saciados". Pero,

como no creemos en esta promesa, continuamos cantando acerca del hambre y sed de Dios.

¿A quiénes se dirigía Jesús cuando decía que los que tenían hambre y sed de justicia serían saciados? ¿A los creyentes? No, estaba hablando de las personas inconversas, que experimentaban una sed continua del alma, que buscaban al Señor, pero no podían establecer una unión con Él. "Yo soy el pan de vida —declaró Jesús— . El que a mí viene nunca pasará hambre, y el que en mí cree nunca más volverá a tener sed" (Juan 6:35). Él mismo vendría a vivir en ellos para satisfacer esa sed y hambre del alma; todos serían llenados de toda la plenitud de Dios porque Él moraría en ellos. ¿No es algo maravilloso?

La Escritura dice: "Buscad y hallaréis". Pero hemos desarrollado tanto el hábito de buscarlo siempre fiera de nosotros mismos que parece que jamás lo hayamos encontrado. Lo cierto es que sí lo hemos hallado; por lo tanto, no necesitamos seguir buscándolo. ¡Solo tenemos que mantener los ojos abiertos para ver que Él vive en nosotros en toda plenitud y gloria!

Cuando cantamos palabras incorrectas, llegamos a tener una teología confusa. Nunca creceremos espiritualmente si en un momento pensamos que estamos llenos y al siguiente decimos que nos encontramos vacíos. ¡No sabemos lo que somos! Se trata todo de un asunto de conceptos, y no de vida. Cristo no vino a traernos una religión, sino vida. Su propósito es tener una relación con nosotros. Jesús es una persona, y resulta que yo tengo a esa persona dentro de mí. Él vino y se quedó aquí conmigo. Me dijo: "Si me abres, entraré, y mi Padre también, y moraremos en ti". No hay nada que necesitemos tener más claro que esto; resulta vital que no estemos confusos en este punto. Somos el edificio de Dios. Él se encuentra dentro de nosotros. Donde estamos nosotros, está Cristo. Si no tenemos esto en claro, jamás creceremos.

Cuando la gente me dice: "¡Hermano, debemos buscar al Señor!" yo le contesto: "¡Yo nunca lo he perdido!". "¿Qué quiere decir cuando expresa: 'Busca al Señor'?", también me preguntan. Ese es un concepto del Antiguo Pacto. No sé si este es tu caso, pero yo lo he encontrado hace mucho tiempo, y ocurre que está dentro de mí. Muchas veces, cuando oramos, nos parece que el Señor se encuentra muy lejos y rogamos: "Señor, quiero oír tu voz. Señor, Señor, Señor..." Extendemos los brazos lejos de nosotros mismos, como si estuviésemos tratando de alcanzarlo. Pero Él dice: "Lo siento; cuanto más alto apuntas, tanto más te alejas de mí, Yo me encuentro aquí abajo"

Hoy, cuando ores, no extiendas los brazos, porque Él está en ti. ¿Sabes quién se encuentra ahí afuera?, el Dios de este mundo. Pero a Cristo lo tienes dentro de ti, y ese es el único lugar donde puedes conocerlo.

Bajo el Antiguo Pacto, decían: "Alcemos las manos al santuario y bendigamos al Señor". Pero ¿qué es hoy el santuario? Algo muy diferente del templo: ¡El santuario somos nosotros! No estoy refiriéndome a que no debamos levantar las manos en adoración y alabanza. Si lo haces porque estallas de gozo interior y quieres exteriorizarlo, está muy bien. Pero, si el alzar las manos te produce un sentimiento de que Dios está ahí afuera, en alguna parte, ¡entonces bájalas! Eso no es el Nuevo Pacto. Si deseas extender las manos hacia Él, procura dirigir los dedos hacia ti mismo, porque es ahí donde lo hallarás. De un modo continuo necesitamos ser conscientes de que Dios está en nosotros y, sin la menor duda, debemos saber que, en nuestro interior, tenemos todos los recursos de Aquel que sostiene el universo. "Llenos de toda la plenitud de Dios", como expresaba Pablo. Una vez que creemos esto plenamente, hasta el punto de que no hay en nosotros ninguna confusión sobre dónde está Él, debemos aprender la forma de liberar lo que poseemos.

CAPÍTULO 5

No sabemos lo que tenemos

Existen creyentes en cuyas vidas el fútbol ha tomado el lugar de Cristo mientras que en otros ha sido el dinero. Ya no asisten a las reuniones de la iglesia con regularidad, y aquellos que sí lo hacemos los miramos con tristeza porque han dejado de ser cristocéntricos. Resulta muy lamentable que el fútbol o el dinero ocupen el lugar del Señor, pero no es menos trágico cuando los sustitutos son incluso cosas buenas.

Algunas personas tienen por costumbre hacer una visita a su psiquiatra una vez por semana; dicen que necesitan pasar esa hora con él para sobrevivir. Para muchos de nosotros, la reunión de la iglesia es esa clase de tónico. Las reuniones pueden ser maravillosas, pero mi vida espiritual no está basada en reuniones, sino en Cristo.

Al considerar la oración de Pablo por los Efesios, vimos que su deseo era que pudiesen ser fortalecidos con poder en nuestro hombre interior. Pues bien, las reuniones pueden ayudar a ese fortalecimiento, o pueden ser el peor impedimento de todos para este. Ello depende de si nuestro centro son las reuniones o es Cristo. "¿Pero no somos todos cristocéntricos?", puede preguntar alguien.

Cuando escucho algunas de las cosas que dicen los cristianos, me pregunto si somos en realidad cristocéntricos. Con frecuencia escucho declaraciones que me causan preocupación. Entre los carismáticos y los pentecostales principalmente, se dice, por ejemplo: "Hermanos, al llegar a este lugar, he sentido la presencia del Señor". Así que pregunto: "¿Y dónde estaba el Señor antes de que vinieras aquí?". En realidad, si no lo hubiésemos llevado con nosotros, no estaría allí. Él no mora en edificios, sino en gente. No vive en lugares: vive en corazones de personas. Si Cristo se encuentra en una reunión cuando tú estás allí, es porque está en su interior. Tú lo has llevado. ¿Cómo puedes decir: "Tan pronto llegue a la reunión, sentiré la presencia del Señor"? No confundas la emoción con la presencia de Dios. Cuando alguien me dice: "Siento la presencia de Dios", pongo seriamente en duda que tengas una comprensión real del Nuevo Pacto. Esa misma gente que "siente" la presencia de Dios en las reuniones dice también: "Señor, estoy reseco", ¡cuando tienen ríos de aguas viva en su interior!

En algunas ocasiones me dicen; "Hermano Ortiz, qué espiritual es usted; debe pasar muchas horas a solas con el Señor. ¿Qué tiempo dedica a ello?"

"Cuando tú te vayas —les contesto—, estaré a solas con Él" ¿Entiendes?

Estoy con Él todo el día. Él se encuentra en mí, y yo soy uno con Él, de manera que no tengo más elección que estar con Él continuamente. Cuando me encuentro con gente, estoy con Él y, si me encuentro solo, también. Me gustaría preguntarles a esas personas: "¿Qué quieres decir cuando hablas de un tiempo a solas con el Señor?". Tal vez, creas que, para estar a solas con Él, necesites irte a alguna montaña. Pero no: Él se encuentra contigo todo el tiempo. Tú tienes una relación con El, la más íntima que cualquier persona pueda tener. ¡Él está dentro de ti! Él es mi vida, de modo que, ¿cómo podríamos separarnos siquiera un instante? Yo mantengo un diálogo continuo con Él. Si he estado hablando con una persona, cuando se va, digo: "Señor, bendícela". No es una religión, sino una relación. ¡Muchos de nosotros nos estamos muriendo de sed en medio del río Amazonas! Tenemos ríos de agua viva en nuestro interior listos para brotar como torrentes, pero no lo sabemos, de modo que nos sentimos sedientos.

¿Recuerdas al hermano mayor del hijo pródigo? Cuando este último volvió, su padre hizo una fiesta; tuvieron una gran celebración y mataron al becerro más gordo. El hermano mayor escuchó el sonido de la música y del baile, y se sintió excluido. Más tarde, cuando supo que su hermano había vuelto —y por eso era el banquete—, se enfadó. Entonces el padre salió a verlo y le dijo:

> —Entra, únete a la fiesta.
>
> —No, no —respondió él—. Yo he estado contigo continuamente, pero nunca me has dado ni un cabrito para hacer un banquete con mis amigos; ahora viene este bribón y matas el becerro gordo… —Mira, tú siempre has estado conmigo, y todo lo mío es tuyo —le contestó el padre.

En otras palabras, le dijo: "Si nos has matado una cabra para hacer fiesta, es porque eres un necio.

El hijo mayor se estaba quejando; sin embargo, tenía todo cuanto podía desear. Para liberar los ríos que hay en nuestro interior, lo único que debemos hacer es actuar contando con que lo que Dios dice es verdad.

Me gustaría utilizar ilustraciones, porque nos proporcionan un cuadro más claro de las definiciones teológicas. En cierta ocasión, le pedí a uno de los diáconos que me ayudara a ilustrar el Nuevo Pacto, y en el vestíbulo le dije: "A mitad del sermón le pediré

todo su dinero, Voy a darle mi cartera, llena de billetes, pero nadie sabrá que es mía. Cuando diga: 'Hermano Álvaro, entrégueme todo el dinero que tenga', quiero que me lo dé. Entonces, me da la cartera, y no se la devolveré'".

Cuando le pedí la billetera, subió corriendo y me la entregó.

Todos se quedaron asombrados. Les mostré cuánto dinero había, y dijeron: "¡No es posible, no es posible!". Se preguntaban qué hubieran hecho ellos si yo les hubiera pedido su billetera. "Gracias", expresé. Y me guardé la cartera en el bolsillo. El local estaba lleno de caras sorprendidas, pero el diácono y yo sabíamos el secreto. Desde luego, el dinero era mío, ¡y, de no habérmelo dado, hubiera podido llamar a la policía!

¿Qué quise significar con este acto? Cuando Dios te pide que hagas algo, es porque primero te ha dado la capacidad para hacerlo. Si te dice que ames y tú no obedeces, ¡puedes llamar a la policía! Él te ha proporcionado la facultad de amar porque Cristo está en ti. Como decía Pablo, "todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Filipenses 4:13). No necesitamos aprender a obtener más de Dios, sino a liberar todo lo que tenemos: "El amor de Dios ha sido derramado", expresa Pablo. ¿Dónde?, "en nuestros corazones". Todo el amor que necesitamos está ahí. Ya no digas: "Señor, dame más amor para que pueda amar a mi hermano". Si tú no amas a tu hermano, no es porque no tenga suficiente amor. Todo el amor que necesita está dentro de ti. No precisas más amor, sino saber cómo liberar la abundancia de este amor que tienes en tu interior. Dios nunca nos manda que hagamos algo que no podemos hacer, ni jamás te pedirá que realices aquello para lo que no estás capacitado. Tal es la promesa del Nuevo Pacto: "Haré que anden en mis caminos".

Seguramente recuerdes el incidente de Pedro y Juan. Iban al templo y vieron a aquel cojo en la puerta llamada La Hermosa. Ellos no señalaron a aquel hombre y dijeron: "Necesitas venir a nuestra campaña, a fin de que te enseñemos los cuatro pasos para obtener sanidad. Si aprendes esos pasos y crees en estos, podrás ser sanado". No. Expresaron: "Lo que tenemos te lo damos".

En cierta ocasión, invité a un evangelista a predicar en mi iglesia y, en el último culto, dijo: "Si no tienes fe, no vengas al altar". YO le expliqué: "Si tuviéramos fe, no necesitaríamos invitarlo a usted aquí. Nosotros queríamos oírlo porque creemos que tiene más fe que nosotros.

Siguiendo con la historia de los apóstoles, Pedro y Juan no le pidieron al hombre que hiciera nada, sino que le dieron lo que tenían. Se trataba sencillamente de los ríos que brotaban espontáneamente de su interior. Los dos apóstoles sabían con qué contaban. El problema es que nosotros no lo sabemos. Nosotros decimos: "¡Por favor,

Señor, sana a tal persona!" y luego nos volvemos hacia ella y le pedimos: "Ahora mueve la pierna". Sin embargo, deberíamos decirle: "Lo que tenemos te lo damos". No estoy tratando de ridiculizar las cosas que hacemos. Sigamos haciéndolas si mientras tanto ayudan a la gente. ¡Gloria al Señor por lo que Él ya nos ha dado! Pero yo espero más: la plena operación del Nuevo Pacto, el derramamiento ilimitado de Cristo en nosotros y creo que estamos descubriendo cómo esto puede suceder.

¿Qué significa vivir en el Espíritu? Vivir en el Espíritu y andar en el Espíritu es estar consciente continuamente de la presencia de Cristo en nosotros. ¡Esto es todo! Quizás te preguntes: "¿Solo eso?". Sí, ¡esto es demasiado sencillo! Se han escrito muchos libros acerca del andar en el Espíritu. Algunos son muy buenos, pero la mayoría trata de las cosas que debemos "desaprender", y no aprender, para vivir en el Espíritu: van dirigidos a cristianos que están en el error. ¿Pero qué pasa con el nuevo convertido? ¿Necesita leer todos los libros de Watchman Nee para ser capaz de llevar una vida en el espíritu? Si es así, el vivir en el Espíritu se convierte en algo difícil; porque solo una cierta clase de persona puede leer todos esos libros. La vida en el espíritu tendría que ser lo más sencillo que uno se pueda imaginar. Las cosas del Reino de Dios son fáciles, simples; por esa razón, Jesús dijo que, para comprender la vida del Reino, debemos olvidarnos de lo inteligente que somos y hacernos niños. Especialmente en estos tiempos, somos personas inteligentes porque hemos recibido mucha educación, y creo que hay una gran cantidadde cosas concernientes al Evangelio que no comprendemos, no por su dificultad, sino porque son demasiado fáciles y no nos atraen.

Uno de los líderes de nuestra iglesia es economista, doctor en Ciencias Económicas y profesor de Matemática en la Universidad. Una mañana, cuando me encontraba predicando, le pregunté: "¿Cuánto es dos más dos?". Al principio me sonrió, porque la respuesta era más que obvia. Pero yo no le devolví la sonrisa, sino que guardé una expresión muy seria y perpleja en el rostro. Como consecuencia de ello, él también se puso serio, y comenzó a hacer todas las ecuaciones que le venían a la mente, utilizando el número dos. Mientras tanto, yo permanecí en silencio, y toda la congregación prestó atención. Después de un rato, el hombre contestó: "No lo sé, pastor"

"Gracias", le dije.

En la fila siguiente había un niño, de modo que le pregunté a él:

"¿Cuánto es dos más dos?".

"Cuatro" fue la respuesta inmediata.

¿Comprende? Era demasiado fácil para el doctor en Ciencias Económicas. Él no podía creer que yo le preguntara algo tan sencillo como cuánto era dos más dos, ya que se trataba de una ecuación fácil, pero él empezó a buscar la dificultad a mi pregunta.

Jesús expresó en una ocasión: "... Te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra porque, habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños" (Mateo11:25), Si entendemos que quería decir que la vida en el Reino de Dios es una cosa muy simple, habremos descubierto la clave de un vivir permanentemente gozosos y en paz. Si las cosas del Señor son para los pobres e ignorantes, han de ser muy sencillas; de otra manera, tal vez estén hechas para algún teólogo de Inglaterra o de Alemania, pero no para mí.

Andar en el Espíritu es más fácil de lo que puedas imaginar. No se necesita leer ningún libro. Ni siquiera este. De hecho, cuanto más lee uno, más confuso llega a estar, hasta que comprenda verdaderamente la sencillez del Evangelio. Por esta razón, yo jamás doy libros a los nuevos convertidos. Necesitamos tener abiertos los ojos de nuestros corazones para ver que, debido a que Cristo está en nosotros y que estamos unidos indisolublemente con Él, permaneciendo así siempre en su presencia, la vida se hace más fácil.

Supongamos que tú eres una hermana de la iglesia, y te veo en la esquina de la calle. Entonces, me digo: "Ah, voy a saludar a aquella hermana". Aligero el paso detrás de ti para alcanzarte, pero tú no sabes que soy yo, y continúas caminando. Luego, al darte cuenta de que alguien te sigue aligeras el paso, hasta que comienzas a correr. Yo también corro. Tres calles más allá, exhausto, grito: "¡Hermana! ¡Soy yo, Juan Carlos Ortiz!". "Oh, hermano Ortiz— dices tú—, qué bendición verlo. ¡Aleluya!" "Pero si he estado tratando de alcanzarte durante tres calles —le explico Lo que pasa es que no te dabas cuenta de que era yo

Algunas veces tenemos esta misma actitud con Jesús. Lo tratamos como si no estuviese presente. Podemos estar hablando acerca de Jesús, pero conscientemente encontrarnos lejos de El, como cuando cantamos cosas como "Ven a mi corazón, Señor Jesús", estando ya Él en nosotros.

¿Recuerdas los dos discípulos que iban camino a Emaús? Hablaban acerca de Jesús y, mientras lo hacían, Él los alcanzó y comenzó a intervenir en la conversación. Estaban hablando de Él, pero ellos se hallaban completamente inconscientes de su presencia.

¿De qué hablan? —les preguntó.

¿Quiere decir que no lo sabes? —respondieron asombrados.

Todo el mundo habla de Jesucristo. ¿Cómo puede ser que tú seas el único que no está al tanto? ¿Eres acaso un extranjero que acaba de llegar a la ciudad? ¿No sabes quién era Jesús? Incluso cuando empezó a exponerles las Escrituras referentes a Él, continuaron inconscientes de su presencia.

Noruega produce la energía eléctrica más barata del mundo, por lo tanto, la gente de allí nunca se preocupa de apagar las luces y las mantiene encendidas día y noche. Su electricidad es generada por los muchos ríos y cataratas del país. Hace siglos, los vikingos vivían en esa misma tierra, pero usaban velas. No utilizaban la electricidad que tenían a su disposición porque eran inconscientes de su potencial. Por eso el apóstol Pablo oraba pidiendo que pudiéramos experimentar toda la plenitud de Dios, según el poder que actúa en nosotros. Sin embargo, nosotros cantamos: "Heme aquí con ardiente sed" Qué ridículos! Estamos pidiendo algo que ya tenemos, y todo esto porque no somos conscientes. Me gustaría que el pueblo de Dios, de alguna manera, cambiáramos esta situación; porque el mundo está esperando que nos despertemos para poder compartir con Él, no la doctrina, sino la vida.

Cristo se encuentra en nosotros todo el día; no obstante, nosotros pensamos que solo está en las reuniones. Vamos para sentir su presencia, Actuamos como si se hallara en el techo del edificio de la iglesia. Cuando entramos allí, nos imaginamos que podemos tirar de Él y bajarlo con nuestras canciones. Después de cantar dos o tres cánticos "bonitos", Él desciende y nos bendice, y sube luego, otra vez, hasta el próximo domingo, cuando volvemos a sentir su presencia. Hay gente que va de una "bonita" reunión a otra para experimentar su presencia. Pero estas personas no están viviendo por la fe; Pablo dijo que hemos de experimentar que Cristo mora en nuestros corazones por la fe, siendo así constantemente conscientes de su presencia. Aún hoy existe mucha confusión en lo que realmente es la presencia de Dios. Si el coro canta bien, el organista interpreta hermoso, el pianista se distingue y el pastor predica en tono inspirado, decimos: "¡Qué sensación había hoy de la presencia de Dios!". Pero, si el coro pierde el tono porque no ha venido el organista y el pastor olvida sus notas, diremos: "Realmente, al culto de hoy le faltaba la presencia de Dios". Nada más erróneo que esto. Lo único que se echaba de menos era la presencia del organista, no la de Dios. Esta no tiene nada que ver con quién toca el órgano, el piano, o con el pastor. Contamos con la presencia dentro de nosotros, venga o no el organista. Tampoco depende de él que el coro cante bien o no.

Nosotros cantamos: "Hay un río de mi vida que fluye en mí". ¿De dónde viene ese río de vida? No de la hermosura de las canciones, ni de la atmósfera del culto, sino de nosotros mismos; no necesitamos cosas externas para que dicho río fluya. El autor del libro de Hebreos dice que todas estas cosas externas han de ser conmovidas, que solo lo inconmovible quedará. Por lo tanto, mira si tu vida depende de estas para tener un sentido de la presencia de Dios. Tales cosas podrían ser sacudidas y nosotros, perder el órgano y el coro, el edificio, el pastor, y todo lo demás. Pero Cristo permanece para siempre. No te apoyes en las cosas movibles, sino en el inconmovible Reino de Dios, que está en tu corazón porque Cristo vive en él. Todo el resto no es más que una capa de azúcar y adornos. Gracias al Señor por esos lujos: grupos de canto, edificios, órgano, piano. Gracias también por contar con personas de talento que pueden venir y cantar para nosotros... Pero tales cosas, tal vez, algún día terminen. Tanto los grandes ministerios, incluso el pastor que tú tienes puede dejar de existir, pero Cristo todavía estará dentro de ti.

¿Te has dado cuenta de que Pablo tenía la misma actitud tanto en el púlpito como en la cárcel? Él hubiera podido disfrutar tanto del órgano, del piano, de las dos banderas, así como del cepo. Para Pablo, todo era lo mismo. Podía cantar en ambos sitios, incluso teniendo los treinta y nueve azotes sobre su espalda.

¿Por qué podía hacerlo?

Él hablaba de "el Dios a quien sirvo en mi espíritu". Lo que para Pablo constituía la adoración no era la atmósfera, el edificio, las velas, etc. Él adoraba su espíritu sin necesidad de todas estas cosas. También nosotros necesitamos aprender a no aferrarnos a las cosas que nos rodean para concentrar nuestra atención solamente en Cristo, el Rey que gobierna dentro de nuestro espíritu.

Andar en el Espíritu es estar continuamente conscientes de su presencia.

Supongamos que yo fuera a visitarte a ti mañana. Llamo a la puerta, pero nadie abre; sin embargo, escucho y oigo ruidos dentro de la casa. "Ahí dentro hay alguien —digo para mí—, pero no quieren abrirme la puerta". Entonces, golpeo la puerta, pero sigue sin haber respuesta; nadie abre. Abro y paso al interior, y allí estás tú, "Hola", te digo. Tú no respondes: te vas a la cocina. Y yo te sigo. "He venido a visitarte", te explico. Tú me sigues ignorando y comienzas a pelar unas papas. Luego, una vez que has terminado, te marchas a otra habitación y comienzas a limpiarla. Yo te sigo nuevamente.

A continuación, vas al supermercado y hacia allí marcho yo también. Entras a un banco y yo también, pero tú no me prestas atención. Te sigo durante todo el día y no me diriges la palabra en ningún momento. Al día siguiente, vuelvo a tu casa. Te acompaño durante toda la jornada y sigues con la misma actitud. Actúas como si estuvieses completamente inconsciente de mi presencia.

Sin embargo, el domingo vienes al culto y me encuentras allí: "Oh, hermano Ortiz —expresas—. ¿Cómo está? ¡Qué contento de verlo"¡ Y procedes como si no me hubieras visto por mucho tiempo. ¿Qué te pasa? ¡He estado contigo durante toda la semana! Esto es lo que hacemos con Jesús. Él está con nosotros toda la semana, pero esperamos hasta el domingo para sentir su presencia. Lo tratamos como si no se hallara todo el tiempo con nosotros. Y tengo que decirte que este tipo de religión es herejía, algo completamente opuesto al Nuevo Pacto. Cuando Jesús viene a la iglesia, no es solo para estar allí una hora o algo más los domingos, sino para disfrutar una comunión continua con nosotros cada día de la semana. Una vez que ha venido, jamás nos deja: estamos con Él en la iglesia las veinticuatro horas del día. Ya es tiempo de que tomemos conciencia de su presencia con nosotros.

CAPÍTULO 6

Buen día, Señor

Cuando estudiaba en la escuela bíblica, se me enseñó que, para andar en el Espíritu, debía apartar una hora cada mañana con el objeto de orar y leer la Biblia. A fin de estar listo para mis oraciones a las seis de la mañana, tenía que levantarme a las cinco, y lo hacía. Día tras día, salía a la rastra de la cama para orar y leer la Palabra durante una hora. Pero, una vez, no pude hacerlo. Sencillamente, estaba muy cansado para levantarme y, a lo largo de toda la jornada, me sentí culpable. Sin embargo, llegó el día en que descubrí que Cristo vive en nosotros, que podemos gozar de un diálogo continuo con Él. Al principio, cuando empecé a tener comunión con el Señor durante todo el día, seguía poniéndome de rodillas a las seis de la mañana, como de costumbre, pero la diferencia estaba en que, al incorporarme, seguía hablando con Él. Cierto día, tras levantarme después de mi período devocional matutino, Jesús me preguntó: %Por qué te arrodillas ahí? ¿Acaso no hablas conmigo durante todo el tiempo, incluso si no estás de rodillas?". Entonces, empecé a darme cuenta de que, cuando hablaba con Jesús a lo largo de todo el día, aquello formaba para mí parte de la vida real: era una relación con sentido,

Pero el orar una hora cada mañana no suponía vida para mí, sino que era estar atado a una religión. Disfrutaba de mi conversación con Jesús durante toda la jornada; sin embargo, el tiempo devocional lo tenía como una obligación.

Creo que hay muchísimas personas esclavizadas a un sistema religioso en sus vidas diarias porque no entienden que andar en el Espíritu es estar continuamente conscientes de la permanente presencia de Cristo dentro de nosotros. Reflexionando más profundamente, me doy cuenta de que tengo una actitud necesaria para mantener un diálogo continuo con Él. Tan pronto como me despierto por la mañana, me desperezo y bostezo. Luego digo:

—Buenos días, Señor Jesús. ¿Cómo estás? —¡Esto lo digo mientras me encuentro en la cama, no de rodillas! —Muy bien —me contesta—. ¿Y tú, Juan?

—Magníficamente —respondo—. He dormido muy bien esta noche.

—Ya lo he visto.

—Señor —expreso—, me parece que voy a quedarme en la cama unos minutos más.

Como es mi amigo y quiere que el día me vaya bien, me dice:

—Levántate, Juan. Sabes muy bien que, cuando te quedas en la cama, luego terminas corriendo. ¿Por qué vas a estropear la mañana por la prisa? Estás despierto, ¿no? Levántate, y podrás disponer de mucho tiempo. —Sí, Señor, pero...

—Vamos, levántate. Tal vez el domingo puedas quedarte durmiendo, pero hoy sal de la cama para que luego no tengas que correr.

Me pongo de pie y voy al cuarto de baño para ducharme. Mientras lo hago, sigo conversando con Él.

—Señor —le digo—, entretanto que me lavo por fuera, ¿podrías limpiarme por dentro?

—Es verdad, Juan, lo necesitas.

Cuando termino de ducharme, Él me enseña a ser un buen esposo, ya que he dejado un charco de agua en el baño, y me dice:

—Juan, seca el suelo, ahí tienes el trapo. Limpia también el lavatorio. —Señor —digo—, mi esposa puede hacerlo después. Ella dispone de más tiempo... —Hazlo tú mismo —me ordena—. Vamos, quiero enseñarte a ser un buen esposo.

—Sí, Señor. —Y me dispongo a limpiar. —¿Cómo te sientes ahora? —me pregunta.

—Extraordinariamente, Señor. El mostrar amor hacia otros produce un sentimiento muy agradable.

Entonces, vuelvo al dormitorio y me digo a mí mismo: "Veamos qué ropa me pongo hoy. Llevaré estos pantalones grises con el saco azul. Vaya, pero este saco azul está arrugado. ¿Y qué tal la marrón? No, no pega con los pantalones grises. Bueno, me pondré los de color marrón". Para entonces ya tengo varias prendas extendidas sobre la cama, y planeo dejarlas ahí para que mi esposa las guarde. De nuevo, el Señor me dice:

—Juan.

—Cuelga esa ropa.

—Pero mi esposa puede hacerlo. —Hazlo tú mismo. —

Sí, Señor.

Vuelvo a colgar todas las prendas donde estaban, y la habitación recupera su aspecto ordenado.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Muy bien, Señor, realmente bien. Ya es hora de partir como un rayo hacia la oficina o perderé el autobús.

Estoy a punto de cruzar la puerta de mi casa, cuando el Señor me dice:

—Juan Carlos. —Sí.

—No le has dado un beso a tu esposa. —Pero, Señor, es tarde...

—Ve, hazlo, o ella estará resentida todo el día.

"Hasta luego, queridita", le digo a Marta. Y me voy. Y, al salir, me detengo un momento para besarla. "Vaya —me dice aliviada de ver que no me había olvidado de ella— creía que ibas a marcharte sin siquiera darme un beso"

"Gracias, Jesús", susurro agradecido de que Él sepa mostrar su amor en todas esas cosas pequeñas que son importantes para las mujeres.

Cuando la gente me oye hablar de mis conversaciones con Jesús, me pregunta: "¿Y cómo encuentras qué decirle cada día?". Por un momento, piensa: ¿acaso consideras que Jesús viene a nuestros corazones solo para hablarnos acerca del bautismo o del milenio? Claro que no. Él quiere enseñarnos a vivir, a ser esposos amantes y buenos padres, de modo que habla conmigo durante todo el día, y yo con Él. Conversamos sobre cada asunto. Si por un instante escucháramos la forma que nosotros tenemos de orar, comprenderíamos que no conocemos a Jesús como nuestro mejor amigo. Cuando uno tiene a un amigo, habla con Él mientras comparte las cosas corrientes de la vida. Su vocabulario, sus frases y los temas que trata son diferentes si está en su compañía que cuando se encuentra con alguien a quien solo ve ocasionalmente. Con un amigo, se deja de lado todo protocolo y se tiene un trato íntimo. Si tú posees vida en vez de religión, tus relaciones con Jesús serán íntimas, ya que estás creciendo en su amistad. Lo que hables con Él será nuevo cada día.

Yo era un pastor soltero, y Marta, uno de los miembros de mi iglesia. Cierto domingo por la mañana, después del culto, salí del edificio de la iglesia y me encontré con ella en compañía de un grupo de chicas.

—Marta —le dije—, me gustaría hablar contigo en privado, si es posible.

—¿Quiere decir ahora? —preguntó.

—Bueno, pienso que estaría bien hacerlo ahora. — Claro, pastor.

Marta vino a mi oficina y le dije:

—Hermana Marta, me pregunto si has notado que siento algo diferente hacia tu persona que hacia el resto de las hermanas de la iglesia.

Ella se puso pálida.

—No... pastor —balbuceó—. No lo había notado.

—Bueno —expresé—, me gustaría que pudieras comenzar a hacerlo.

Ahora, suponte que, después de mi conversación con Marta, aquel primer domingo por la mañana, hubiera vuelto a decirle al siguiente domingo: "Hermana Marta, me pregunto si has notado que siento algo diferente hacia tu persona que hacia el resto de las hermanas de la iglesia". Y, un domingo más tarde: "Hermana Marta, me pregunto si has notado...". Me habría gritado: "¡Cállate!"

De haber sido así, nunca nos hubiéramos casado ni criado cuatro hijos, porque una relación no puede desarrollarse cuando utilizamos siempre las mismas palabras protocolares. Eso se lo dije solo la primera vez. Desde entonces nuestra amistad creció; ahora no tengo que repetir aquellas mismas cosas, porque hablamos, tenemos comunión, estamos enamorados el uno del otro. Entre nosotros se ha desarrollado una grandísima intimidad en la cual lo compartimos todo. Pero escuché las oraciones de muchos en los cultos. Año tras año, dicen lo mismo: "Amado Padre celestial, venimos a tu presencia en esta mañana, te damos gracias por esta reunión, te pedimos que estés con los que no han podido venir; nos acordamos de las viudas, de los misioneros. ¿Cómo podemos decir siempre las mismas cosas al Señor en nuestras oraciones? Él debe sentirse aburrido con todo ese protocolo. Algunas veces pensará: "¿Es una cinta casete, o lo dice la persona misma?". Dios es tu Padre; Jesús, tu hermano. Él vive en tu interior. Cristo desea experimentar esa relación con tu persona, y no escuchar tu religión.

La Iglesia es la novia de Cristo; mantenemos una relación con alguien que ha de ser nuestro esposo. Estamos enamorados de Él, y Él es nuestro mejor amigo. Uno de los himnos que cantamos dice: "El vive, Él vive, hoy vive el Salvador; conmigo está... ". ¿Es

esa realmente tu experiencia? ¿Caminas y hablas con Él en todas las situaciones de la vida?

Muy a menudo, voy al supermercado a comprar. Si tú eres como yo, en muchas ocasiones compramos muchas cosas que no necesitamos. Al ver algo en algunos de los estantes, me digo: "Lo VOY a comprar". Mientras lo hago, Cristo todavía se halla dentro de mí, y me dice:

—No necesitas eso, Juan.

—Gracias, Señor —le respondo.

¿Ves? Él me ayuda a comprar, y hará lo mismo contigo si escuchas su voz.

En algunas ocasiones, oigo un chisme: "El hermano tal y tal, ese tremendo predicador... y allá que circula cierto rumor escandaloso acerca de dicho hermano".

—¡No! —digo.

—¡Sí! —me asegura la persona.

Un momento después, estoy con otro hermano. "¿Sabes lo que ha pasado con el hermano tal y tal...?". En ese momento, una voz me habla: "No lo digas".

Antes de saber que se trataba de la voz de Jesús, yo seguía adelante y expresaba todo lo que pensaba decir; luego, me sentía mal. Pero he aprendido a escuchar esa voz y obedecerla; eso significa ser obediente a los mandamientos del Señor bajo el Nuevo Pacto. No puedo contarte de mis muchas conversaciones con Jesús porque te escandalizarías. Muchos no creerían lo que realmente hablo con Él y cómo lo hago. Pero, cuando existe una verdadera y profunda amistad entre dos personas, la intimidad permite compartirlo todo. Jesús está con nosotros todo el tiempo; no solo para perdonar nuestros pecados, lo cual también lo hace, sino para impedir que caigamos. Si tuviéramos una comunión constante con Él, la santidad nos resultaría muy fácilmente. Tal vez digas:

"Hermano Ortiz, ¿cómo sabe que es Jesús quien le habla? También la carne puede hablarnos, y Satanás...". Escucha: si no sabemos esto, no sabemos nada, ya que los hijos de Dios son aquellos que son guiados por el Espíritu. El Señor prometió: "Pondré dentro de vosotros mi Espíritu y haré que andéis en mis caminos". Y Jesús dijo: "El Espíritu de la verdad, Él los guiará a toda la verdad... les anunciará las cosas por venir". Si la manera que tiene de hablar con nosotros no es todo lo clara que puede ser, sus promesas no tienen sentido.

CAPÍTULO 7

Jesús nos habla por medio de nuestra conciencia

Hace varios años, leí algunos libros que contenían verdades maravillosas, pero en cierto punto me crearon confusión. El autor hablaba del espíritu, el alma y el cuerpo. Explicaba que el alma y el cuerpo constituían al hombre exterior y el espíritu, el interior. Cristo mora en nuestro espíritu: el hombre interior. Mientras leía acerca del hombre interior y exterior, empecé a inquietarme; porque no comprendía realmente el asunto desde un punto de vista práctico. Cierto día, me sentí tan intranquilo que dije: "Señor, tengo que saber más sobre esto; porque, si no, no sé nada". Incliné la cabeza sobre el escritorio y oré: "Quiero entender lo que es mi carne, lo que es mi alma y lo que es mi espíritu". No tenía ningún problema con la carne, ya que podía tocar mi cuerpo físico, y también sabía que el alma era la inteligencia: mi capacidad de pensar y sentir. ¿Pero dónde estaba mi espíritu? Podía distinguir mi cuerpo y mi psiquis, pero no mi espíritu. No era capaz de encontrarlo.

El alma y el espíritu son muy próximos; sin embargo, hay una diferencia entre ambos, ya que las Escrituras dicen que la Palabra de Dios parte (separa) el alma del espíritu. Pero, cuanto más intentaba comprender lo que era el alma y el espíritu, tanto más confuso me encontraba. Otro día, me dije: "Voy a empezar de la forma contraria; en vez de utilizar el método deductivo, emplearé el inductivo, comenzando desde adentro". Me pregunté: "¿Cuál es la cosa más interna de la que soy consciente?". La parte más privada e interior de mi ser que conocía era mi conciencia, y decidí buscar en la Biblia lo que decía de la conciencia. Intenta esto alguna vez. Haz un estudio bíblico de la conciencia, y descubrirás qué es el espíritu del hombre. Dios hizo dentro de nosotros una habitación para Sí; es nuestra Conciencia. El Nuevo Testamento utiliza las palabras "conciencia" y "espíritu" de forma intercambiable. Por ejemplo, Pablo dice: siempre doy gracias a Dios, a quien sirvo con una conciencia limpia... " (2 Timoteo 1:3). Y también: "El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios" (Romanos 8:16).

Cuando hablo de la conciencia, todo el mundo sabe a lo que me refiero pero, si digo "espíritu", no está muy claro lo que quiero dar a entender. No obstante, si nuestro

espíritu constituye el centro desde el cual debe dirigirse nuestra vida, hemos de saber claramente lo que es. Así, descubrí que la conciencia es nuestro espíritu. Ahora bien, alguien me dirá inmediatamente: "Hermano Ortiz, usted no puede ser guiado por su conciencia, porque la conciencia, a cada uno, le dice algo diferente". En los párrafos anteriores, expliqué que la conciencia es una habitación para que more Dios mismo. Cuando Él no está presente, toma la forma de todas las otras cosas que introduzcamos allí. Si tú creces en un país budista, tu conciencia toma una forma budista de pensar. Si te crías en una familia católica, tu conciencia es moldeada por la fe católica. Un hermano católico no tiene problema en arrodillarse delante de una imagen que representa a un santo y honrarlo, porque su conciencia se lo permite.

La conciencia adoptará el contexto en el que tú vives. Si estás en una casa donde estás expuesto continuamente a las groserías y al robo como forma de vida, crecerás aceptando esas cosas como normales. La conciencia de nuestros hijos es moldeada de tal manera hoy en día en los colegios que algunos jovencitos dicen: "Pero, papá, las relaciones sexuales libres son perfectamente normales". En una ocasión, estando en Buenos Aires, iba en un taxi, y el taxista era un parlanchín. "Yo solía tener un departamento para mi amiga — explicaba—, pero ya no puedo permitírmelo a causa de la inflación. No sé adónde vamos a llegar con todos estos problemas económicos". Y pasó los diez minutos siguientes explicándome lo que hacía en aquel apartamento. Por fin le dije:

—Escucha, ¿piensas que todo el mundo es como tú? Quiero decir que, cuando me casé con mi esposa, ella fue la primera mujer que conocí y la conocí el primer día de casados. Nunca he tenido relaciones con ninguna otra.

—¿De qué planeta es usted? —me dijo mirándome.

A él le parecía bastante normal tener una mujer "extra", porque así había sido moldeada su conciencia. Yo fui criado en una iglesia pentecostal, así que la mía estaba conformada según nuestra doctrina. Desde luego, no podíamos fumar ni beber, ni nos estaba permitido escuchar radio. Se consideraba correcto ir a nadar siempre que uno llevara la ropa puesta y, aunque no hubiera sido demasiado cómodo, era pecado usar traje de baño. Nunca lo hacíamos. Tampoco se nos dejaba silbar. Así que jamás aprendí a hacerlo, y ni siquiera hoy puedo hacerlo. De haber intentado dar un silbido, mi conciencia me hubiera acusado, porque mi conciencia había sido moldeada de esa forma. Tal vez esto te haga reír, pero también tú fuiste conformado de una manera indebida.

En la Iglesia tenemos dos extremos que afectan nuestro modo de vida. La primera es que, cuando caes en pecado, sabes que todavía serás salvo, porque crees en la doctrina de "Una vez salvo, siempre salvo". Y la otra es aquella que nos dice que tú puedes caer y perderte, y necesitas ser salvo otra vez, cada día. La Biblia declara que la sangre de Jesucristo limpiará nuestra conciencia de obras muertas. Un día comprendí que, igual que la gente del mundo necesita ser limpiada de la adicción de las drogas, del abuso sexual y de cualquier otro tipo de pecado, yo tengo la necesidad de serlo del pentecostalismo. Mi conciencia no fue hecha para el "pentecostalismo", así como la tuya para el presbiterianismo, o para cualquier otra religión en la que hayas estado involucrado. El propósito de la conciencia es que Jesucristo pueda morar en ella; no fue creada para ser habitada por una Persona, no por un concepto.

Desde que le pedí a Jesús que me limpiara, empezó a obrar en mí. Lo primero que sucedió fue que comencé a amar a todo el mundo. Antes no tenía amor a los católicos; de hecho, predicaba en contra de ellos, pero, cuando dije: "Jesús, límpiame", empecé a amarlos y, como resultado de esto, ellos empezaron a recibirme. Jesús nos habla a través de nuestra conciencia. Estamos construidos con un sistema de comunicación interior, y la conciencia se encuentra ahí, para hablarnos. Esta se expresa más rápido que la mente. Antes de que el cerebro comprenda, la conciencia, ya ha dicho: "¡No!" o "¡Sí!". Eso es lo que llamamos intuición. Cuando pedimos a Jesús que entre en nuestros corazones, su Espíritu se hace uno con el resto; toma el control de nuestra intuición. Si voy a criticar a alguien, Él me dice:

"¡No lo hagas!".

Luego, uno que me estaba escuchando expresa:

—¿Qué me iba a decir de tal y tal hermano?

—Oh —contesto—, solo que es una persona maravillosa.

Entonces, en mi corazón digo: "Gracias, Señor. ¡Aleluya! No le he dicho". Y me siento bien interiormente porque he hecho caso a la voz del Maestro cuando me hablaba a través de mi intuición. El problema está en que mezclamos nuestra conciencia con la mente. Cuando la conciencia dice: "Da cien dólares", pasamos la orden a nuestra oficina para que la apruebe; la meditamos en nuestro cerebro. Ahora bien, mi mente dice: "Ya has dado cien dólares a esa persona, ¿no lo recuerdas? Y no los utilizó como es debido. ¿Por qué habrías de dárselos otra vez? Mejor será que no le des más". Entonces, decido hacer esto último, y apago el Espíritu. Apagar el Espíritu no es solamente decir a una persona que está hablando en lenguas: "Calla", sino desobedecer a esa voz interior. Estamos casados con Jesús, nuestro esposo, que vive dentro de nosotros y nos ayuda en todos los aspectos de la vida, hablándonos por medio de la intuición, de manera que, si obedecemos a su voz interior, estamos

viviendo en su voluntad: "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios" (Romanos 8:14). Eso es lo que significa andar en el Espíritu, ser guiados por Cristo a través de nuestra intuición. El domingo de Pascuas, por la mañana, una mujer cantó ese hermoso himno, al que ya nos hemos referido: "Él vive, Él vive, hoy vive el Salvador; conmigo está, y me guardará mi amante Redentor. Él vive, Él vive, imparte salvación. Sé que Él viviendo está porque vive en mi corazón".

Todo el mundo aplaudió la forma maravillosa en que lo interpretó. Después del culto, una señora se le acercó y le dijo:

—Hermana, ¿y qué te ha hablado Él recientemente?

—¿Qué? —expresó la cantante con aire confundido.

—Sí, ¿qué te dijo la última vez que habló contigo? —insistió. — Pero ¿de qué está hablando?

Le preguntó cuál había sido su tema de conversación con Él la última vez que habían hablado los dos.

—¿Con quién?

—Con Jesús. ¿Acerca de qué hablaron?

—¿Qué...? ¿Yo hablar con Jesús? ¡Estás loca! Jesús no me ha habla. do. Ten cuidado, hermana. Si piensas que Él conversa contigo... eso es peligroso: podría tratarse de tu carne o de Satanás. Así puedes extraviar a la gente. Únicamente deberíamos leer la Biblia y seguir sus enseñanzas. No es extraño que no podamos convencer a los inconversos de que Jesús es el camino, la verdad y la vida.

Una vez, estuve en la catedral de Lincoln, Inglaterra. Se trata de un tremendo edificio de aproximadamente doscientos metros de largo, con un órgano en el centro. Además, los ingleses saben cómo hacer liturgia. Tanto el coro como los ministros estaban todos engalanados con largas togas. Yo tenía que elevar una oración durante el culto, así que pensé para mí: "Con esta catedral y toda esta ceremonia, voy a hacer una hermosa oración". Más tarde me puse de pie y manifesté:

—Oh, Padre Altísimo y Santo, yendo a tu presencia esta mañana...

Entonces Él me dice:

—Juan, ¡cállate! Hemos estado hablando durante todo el día, y ahora me vienes con esas palabras: "Padre Altísimo y Santo",

—Escucha, Señor —le respondí—. Déjame terminar con esta oración oficial y luego seguiremos con nuestra conversación, pero no puedo parar en medio de esta, ahora que he comenzado.

—Está bien, sigue —dijo, comprendiendo que me encontraba en apuros.

Jesús está cansado del protocolo. Todos los "Padres celestiales" y "Oh, altísimo" salen del Antiguo Pacto. Pero nosotros somos la esposa de Cristo. Yo jamás diré a mi mujer: "Oh, celestial Marta, vengo a tu presencia ...". Dios tiene hambre de amistad. Desea sentarnos sobre sus rodillas y que lo llamemos "Papá" (ese es el significado de Abba: "amistad con Jesús, comunión divina").

Con esto quiero demostrar que Dios te habla a ti. Toma una hoja de papel y dibuja dos líneas, para poder dividirla en tres columnas; luego, traza otra línea horizontal en la parte superior y escribe tres títulos, uno sobre cada columna. Sobre la primera escribe: "Dios dijo... "; en la segunda, "Yo hice"; y, en la tercera, "Resultado". Haz esto cada mañana. Cuando te duches y mojes el suelo del baño, si Dios dice: "Toma la esponja", ponlo en la primera columna. Luego, en la segunda escribe: "Lo hice". En la tercera: "Gozo y paz". Si, mientras te estás vistiendo, Dios te manda: "Cuelga esa ropa en el perchero", anótalo. En la segunda columna, si no lo hiciste, escribe: "No lo hice". En Resultado, escribe: "Ninguna consecuencia".

Dios dijo: "No le digas eso a tu hermano". Yo lo dije. Resultado: "Desasosiego". No pretendas que no sabes de lo que estoy hablando. Tú eres perfectamente consciente de que Dios se comunica contigo de esta manera. El problema es que, en nuestro sistema religioso, se nos enseñó que la única forma en que Él lo hace es a través de la Biblia. Pero la Biblia nos dice lo que yo te estoy diciendo a ti. En esta encontramos todo tipo de historias acerca de que Dios habla con la gente. También afirma que hablará, igualmente, con nosotros. Sin embargo, cuando el Espíritu te dice: "¡Limpia el cuarto de baño" tú respondes: "¿Dónde dice en la Biblia que yo tenga que limpiar el cuarto de baño?". O, si te ordena: "Da cien dólares a ese hombre" tú contestas: "La Biblia dice que no es por obra, sino por fe". Si te encuentras solo, no tienes ningún teléfono cerca y tienes que tomar una decisión, haz lo que dice tu voz interior. Pero déjame darte un consejo: tú no eres independiente, perteneces a una familia de creyentes. Si crees que el Señor te está diciendo que vendas tu casa y des el dinero a un ministerio, pídele una confirmación a Dios. Cristo te lo revelará a ti y a tus hermanos. El compartir con otros con quienes se tiene la misma comunión y que viven bajo la misma dirección interna del Espíritu es, sencillamente, una seguridad. No te estoy dando ninguna filosofía, sino algo que es vida para mí y que da buenos resultados. No cantes: "Él vive, Él vive, hoy vive, hoy vive el Salvador. .. ", solo porque está en el himnario. Cántalo porque sabes que Él vive en tu corazón.

Tú podrás encontrar todo tipo de faltas en lo que estoy diciendo. Somos humanos, y ninguno de nosotros anda en el Espíritu perfectamente, pero recibe la esencia de mi mensaje y comienza a escuchar al Espíritu Santo.

CAPÍTULO 8

Guiar es vivir, y no solo profesar

Hay muchísima gente que nunca va a la congregación. Pero me he dado cuenta de que muchas de esas personas irían a Jesús. No están en contra de Cristo; lo que no quieren es entrar en nuestro sistema eclesiástico. Nosotros hemos complicado algo que debía ser sencillo. Naturalmente, los que estamos en este confuso sistema religioso nos acostumbramos; pero eso no significa que sea bueno. Los de adentro representamos una minoría, y todas nuestras reglas hacen muy difícil el comprender para los que están afuera. Sin embargo, ellos son la mayoría. Creo que las cosas de Dios son mucho más fáciles y sencillas de lo que hemos hecho. La vida en el Espíritu tiene que ser fácil, para que las personas más corrientes puedan vivirla. Tiene que ser algo natural; no se debe necesitar leer un montón de libros para comprenderla. Tampoco debe tratarse de algo que nos aterre con la advertencia: "Cuidado, esto puede llevarte al misticismo; es peligroso"

Al entrar en la forma de vida de Dios, no lo estamos haciendo en algo nuevo y extraño que sea ajeno a nuestra naturaleza humana. Se trata de la manera normal de vivir para el hombre. La vida del Espíritu es la manera en que Dios quiso que viviera cada uno de los seres humanos desde el principio: en armonía con todas las leyes naturales del universo. Se trata de algo normal. A Abraham se lo llama El padre de los creyentes. Es el modelo de todos aquellos que nos encontramos en el camino cristiano. ¿Y qué clase de relación tenía él con Dios? Era una relación normal; no era una religión; se trataba de algo natural y muy simple. Cuando Abraham tenía comunión con Dios, decía cosas como "Mira, Dios, Tú no me has dado hijos, y mi heredero va a ser un esclavo nacido en mi casa. Vamos, Señor, haz algo al respecto". Para él resultaba natural hablar con Dios de esta manera, porque la relación de ellos era la de dos amigos. Las escrituras llaman a Abraham El amigo de Dios. La tarea más complicada que hizo Abraham fue construir un altar sobre el cual pudiera ofrecer sacrificios; sin embargo, para él aquello era algo espontáneo y natural. ¿Y dónde lo construyó? Estaba acostumbrado a hablar con Dios en cualquier sitio y, cuando le quiso dar gracias de un modo especial, lo hizo en su jardín. En nuestra situación, aun la necesidad de un altar ha desaparecido, ya que Jesús ofreció un solo sacrificio para siempre. La parte complicada de la comunión de Abraham con Dios acabó en la cruz. No hay

complicaciones, en absoluto, para aquellos que viven hoy en el Espíritu; nosotros tenemos la vida más natural y sencilla posible.

Algunos siglos después de Abraham, vino la Ley, que supuso la fundación de la religión judía. A nosotros, la Ley nos parece muy complicada, y nos preguntamos cómo un Dios de simplicidad pudo ser el origen de ese sistema tan complejo. Pero, debajo de aquellas complicaciones de la Ley, se escondía una forma de vida sencilla. De hecho, las únicas complicaciones reales eran los sacrificios y el sistema del templo; nosotros podemos omitir todo eso, porque Jesús fue el Cordero de Dios en persona: el sacrificio perfecto. Consideremos, entonces, la enseñanza de la Ley. Lo simple es que dicha enseñanza en esencia; se desprende de donde Dios dice:

Grábate en el corazón estas palabras que hoy te mando. Incúlcaselas continuamente a tus hijos. Háblales de ellas cuando estés en tu casa y cuando vayas por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes. Átalas a tus manos como un signo; llévalas en tu frente como una marca; escríbelas en los postes de tu casa y en los portones de tus ciudades.

—DEUTERONOMIO 6:6-9

Se trataba de algo para la vida entera, para el vivir diario. Afectaba a sus hogares, trabajos, paseos e incluso en sus alcobas. "Enseñarás mis caminos", dijo Dios. ¿Ydónde había que enseñarlos? ¿En la escuela dominical? No. ¿Los domingos a las diez de la mañana? No.

Escuché: "Estando en tu casa y andando por el camino, al acostarte y cuando te levantes por la mañana". ¿Qué significa esto? Aun bajo la Ley, Dios tenía en mente una forma de vida, y no una religión. Él quería que tu camino fuera igual que el de ellos. Debían enseñarles aquellas cosas a sus hijos. ¿Y quién tenía que hacerlo? El padre y la madre, y no el maestro de la escuela dominical. No debía tratarse de un asunto complicado con clases, libros y maestros, sino de una parte de la vida normal transmitida por los progenitores.

¿Y cuándo tenían que enseñar? Continuamente. No solo los domingos por la mañana, sino en todo momento. Puede ser que, hoy, la educación que se brinda en la Escuela dominical sea muy necesaria, ya que, en sus hogares, los niños no reciben lo que deberían aprender. Y, puesto que los pequeños se encuentran desnutridos, necesitamos un hospital los domingos para proporcionarles una cámara de oxígeno y un médico especialista, para que les administre inyecciones de vitaminas bíblicas, porque en sus hogares no se nutren.

Enviamos a algunas personas a los seminarios, que también son como hospitales, para darles una educación cristiana. Si la gente estuviera completamente sana y nunca se enfermase, no necesitaríamos hospitales, doctores o universidades, para estudiar la cura de las enfermedades. Todos nuestros sistemas están dirigidos a cómo curar tal o cual dolencia espiritual, porque los hogares no educan como deben. Enseñamos a nuestros hijos cómo utilizar el cuchillo y el tenedor, pero no los instruimos en la vida cristiana. Y no estoy diciendo instruirlos en un sistema religioso, sino que vean la manera en que se vive una vida cristiana, observándonos a nosotros. Esto supone un problema, ya que en muchos hogares los padres no guían: solo profesan. Guiar es vivir, y no únicamente profesar. Enseñar no es dar lecciones, sino vivir la vida.

Los niños deben ir a la escuela dominical para aprender que no deberían pelearse. ¿Por qué? Porque mamá y papá se pelean en casa. Papá hurta lápices de la oficina y los lleva al hogar para escribir con estos, de manera que los hijos deben ir a la escuela dominical para aprender que no se debe robar. Mamá y papá se ponen irritables y de mal humor. ¿Dónde aprenderán los niños a no ser así?, ¡en la escuela dominical! Y esto trae otro problema: porque también puede ser que el profesor tenga un mal carácter, durante la semana, ¡aunque no los domingos! Muchos de nosotros estamos envueltos en un sistema religioso que no es real, sino solo un juego. Las reuniones de la iglesia no constituyen la parte más importante de nuestras vidas espirituales. Lo más sustancial son los días intermedios en la oficina y en el hogar, no las dos horas por semana que estamos en el edificio de la iglesia.

Aún en el tiempo de la Ley, antes de la revelación de Jesucristo, Él dijo a los israelitas que tenían que enseñar sus caminos a sus hijos continuamente. Aquella debía ser una forma de vida, desde el momento en que se levantaban hasta que se iban a la cama, un proceso ininterrumpido de enseñanza por medio del ejemplo. El centro de la vida cristiana estaba destinado a ser el hogar, no nuestras organizaciones religiosas y sistemas eclesiásticos. Necesitamos preparar a la iglesia para que vuelva a poner las cosas en su debida perspectiva.

Sí, lo único complicado bajo la Ley eran el sistema del templo y los sacrificios. Ahora, no necesitamos hacer esas cosas. Jesús ofreció su sacrificio suficiente y eterno, aboliendo todos esos rituales. Lo que Dios tenía en mente desde el principio era una forma de vida, y no una religión.

Vayamos ahora al Nuevo Testamento: ¿cómo enseñaba Jesús? ¿Lo ves tú diciéndole a la gente: "Vengan a oírme los domingos a la mañana?". ¿Puedes imaginarlo anunciando: "Vamos a comprar un terreno al parque central de Jerusalén para que nuestras oficinas estén mejor situadas y construiremos el edificio de la iglesia al lado de

nuestra sede"? No leemos que hiciera planes para tener una iglesia de 60.000 miembros, mayor que la judía. Nunca dijo: "Vamos a celebrar la reunión de oración para ver si podemos encontrar un terreno sobre el cual edificar nuestra iglesia". El método de enseñanza de Jesús fue revolucionario desde sus comienzos. Cuando alguien le preguntaba: "Maestro, ¿dónde vives?", Él no respondía: "Toma un folleto; en la parte de atrás verás que puedes escucharme cada domingo por la mañana en la iglesia". No. Él decía únicamente: "Ven, y ve". Y, puesto que no tenía un hogar permanente, la gente tuvo que seguirlo durante tres años, hasta que murió. Aquellos que esperaban que estableciera unas oficinas centrales todavía están esperando, porque jamás tuvo dirección fija. Tampoco tenía horarios de reuniones, estudios bíblicos, reunionesde oración, cultos dominicales matutinos en los que hicieran sonar las campanas y se pusiera a la puerta diciendo: "Buenos días. Bienvenido. ¿Cómo estás tú? Te deseo que disfrutes de la reunión". Jesús era una persona muy sencilla y natural que vino a habitar entre los hombres para enseñarles cómo debían vivir.

¿Y de qué manera enseñaba? Lo hacía cuando se levantaba, mientras iba por los caminos de Palestina... Cuando la gente se sen. taba y se reunía alrededor de Él, los instruía. Se trataba de una forma de vida que duraba las veinticuatro horas del día. Lo único que hacía era vivir de una manera espontánea. Si encontraba a una persona, compartía la vida con ella; cuando se topaba con mil, vivía con mil. "Seguidme, aprended de mí. Yo soy", les decía.

Nosotros expresamos:

"No me mires a mí; mira la Biblia, sigue sus instrucciones". Lo que queremos dar a entender es esto: "Yo he tratado, pero no he podido hacerlo; tal vez tú si puedas". Pablo enseñaba de la misma forma que Jesús: "Imítenme a mí, como yo imito a Cristo" (1 Corintios 11:1).

La mayor parte de nuestra enseñanza hoy es para que la gente conozca las cosas que nosotros conocemos, y no para llegar a ser lo que nosotros somos.

Pero el enseñar como Jesús y Pablo enseñaban es compartir la vida, no solo conceptos. Ellos comunicaban esa vida, a fin de que otros llegasen a ser como ellos eran. Pablo les dijo a los corintios: "Ustedes mismos son nuestra carta, escrita en nuestro corazón, conocida y leída por todos" (2 Corintios 3:2).

¡Somos las cartas de Dios! Entonces, ¿cómo hemos de enseñar? Nuestro amor, nuestro gozo y nuestra paz deberían ser leídos por todo el mundo, para que la gente pueda decir: "¿Qué tienen ustedes que no tenemos nosotros?". ¡Tenemos a Jesús! Él es el camino, la verdad y la vida.

Y, cuando vean a Cristo, también lo querrán a Él.

En cierta ocasión, un grupo de personas me preguntó: "¿Cree usted en la revelación extrabíblica?". Les dije que todos creíamos porque, si no, ¿de qué otro sitio podría haber venido nuestro sistema eclesiástico? No se encuentra en la Biblia; no lo hallarás tú en esta. Si procedes realmente de Dios, debe tratarse de una revelación extrabíblica. Ni Pedro, ni Pablo, ni Santiago tuvieron jamás el tipo de sistema que tenemos hoy. Ellos enseñaban donde se encontraban. Instruían a la gente por el camino, en cualquier lugar y en todas partes: en playas, prisiones... en cada oportunidad que se les presentaba. Bautizaban a las cuatro de la madrugada o a cualquier otra hora; jamás esperaban al día siguiente de culto. Como el caso del carcelero de Filipos, en el desierto, al igual que con el eunuco etíope. Se trataba de una vida, no de un sistema religioso. Ahora bien, no estoy tratando de decir que debamos intentar llevar nuestra religión al resto de la semana. ¡No, no, no! Es mucho más radical que eso: ¡creo que tenemos que abolir nuestra religión!

Vivir en el Espíritu es ser guiados, no por un sistema religioso, sino por la presencia interna de Dios. Se trata de un sistema incorporado de dirección continua para todos los aspectos de nuestra vida. Y, cuando vivimos esa vida, nos convertimos en personas normales. Permíteme ilustrarte lo que quiero decir: en el principio, cuando Dios creó a Adán y Eva, la relación que estos tenían con Él era muy sencilla. Me imagino a Dios visitándolos en el huerto y diciendo:

*Adán! ¡Eva! ¿Cómo están?

—Oh, buenos días. Estamos bien. ¿Y tú? —Muy bien. ¿Qué estás haciendo, Adán?

—Pues regando los árboles frutales. —¿Crecen bien?

—Muy bien, Padre. ¿Sabes?, recogimos una cesta de frutas hoy.

Así era su comunión con Dios: tenía que ver con la vida corriente de la vida. Él estaba interesado en todo lo que hacían. Luego Dios seguía preguntándoles acerca del bienestar de ellos.

—Eva, ¿cómo va todo?

—Muy bien, Padre. ¡Este huerto es tan hermoso...! ¡Y la temperatura es perfecta! Todo resulta precioso. Vivir aquí es realmente agradable,

Muchos de nosotros no nos damos cuenta de que esto era así; asociamos a Dios únicamente a un sistema religioso, y no a la vida normal. Pensamos que, cuando oían a

Dios llamarlos, Adán y Eva comenzaban a hacer algo diferente de lo que normalmente hacían. Sin embargo, no es así. Se trataba de algo sencillo, más natural. Jesús trajo a la Tierra el Reino de Dios para que este pudiera extenderse por todo el mundo, transformando la totalidad de la vida. Él quería que la gente naciera en el Reino, para que pudiese vivir las veinticuatro horas del día disfrutando del tipo de relación ininterrumpida que Dios se proponía desde el principio. Por fin la humanidad iba a entrar en comunión con Él en cada uno de los aspectos de la vida, como lo planeó cuando creó a la raza humana.

CAPÍTULO 9

¿Una iglesia sin edificios?

Qué lugar ocupan los edificios en nuestro sistema eclesiástico? Confesamos, de labios para afuera, que la Iglesia es el pueblo de Dios; pero, en realidad, la mayor parte del tiempo hablamos de ella refiriéndonos a nuestro edificio: "Voy a la iglesia" decimos. Sin embargo, esto es un error; esta frase pertenece al Antiguo Pacto. Pareciera ser que, con nuestros dichos y con nuestras estructuras, estamos siempre tratando de empujar a la gente al Antiguo Pacto, porque nosotros mismos somos una mezcla de ambos. Pasamos un rato con la Ley y otro con Jesús. Ya hemos visto que todo lo que se habló antes del Pentecostés se refería principalmente a un Dios que estaba fuera de la gente. Él daba una Ley, y el pueblo tenía que estudiarla y tratar de obedecerla. Sin embargo, del Pentecostés en adelante, Dios se encuentra dentro de las personas. Nos guía desde nuestro interior. Eso significa "andar en el Espíritu", algo muy distinto al Antiguo Pacto.

En el Antiguo Pacto, se concurría a la iglesia, pero, en el Nuevo, ¡nosotros somos la Iglesia! No se trata, meramente, de un concepto, sino de una realidad y, si no lo entendemos, viviremos confundidos, y nos veremos sumergidos en un adulterio espiritual, tratando de vivir al mismo tiempo con Jesús y con la Ley.

El Antiguo Pacto establecía el lugar de reunión en el centro; nosotros hemos copiado esa misma representación. Pero, al hacerlo, cometemos un grave error, ya que volvemos a una antigua situación: a vivir dentro de un sistema religioso. En realidad, muchas veces lo preferimos porque, así, podemos asistir a la iglesia el domingo, y luego tener para nosotros el resto de la semana. Entonces, hacemos lo que queremos.

El mandamiento dado a los apóstoles fue "Id por todo el mundo". Pero ¿qué decimos nosotros?, "que los pecadores vengan al edificio de la iglesia". Jesús nunca cantó: "Vuelve al hogar, tú que estás cansado, vuelve al hogar", sino "Ve, ve, tú, perezoso, ve, ve". Tampoco dijo: "Cuán hermosas son las lenguas de los que predican el Evangelio". Él habló de los pies: "Cuán hermosos son los pies de los que llevan las buenas nuevas de cada nación". Se trata de un asunto de ir, de una movilización continua.

Nuestra actitud es la de buscar una religión agradable, donde nos sintamos cómodos. "Veamos qué aspecto tiene ese pastor —nos decimos a nosotros mismos—. Ah, pero no me gusta, es demasiado bajo y sus mensajes son excesivamente largos. Tampoco el órgano me parece bien". Tal vez esta sea una actitud corriente de los cristianos, pero nada tiene que ver con el Reino de Dios. Jesús no vino para inaugurar un club agradable en el que todos pudiéramos sentirnos cómodos.

El Señor nunca dijo: "Vayan por todo el mundo, edifiquen templos y creen estructuras eclesiásticas", sino "Destruyan este templo, y Io levantaré de nuevo en tres días" (Juan 2:19). Se refería a sustituir el edificio físico por su propio cuerpo. Establecería un templo vivo en lugar de aquel de piedra. Y, al hacerlo, Jesús se refería a ti y a mí, que somos su cuerpo, su templo. Nosotros hemos reemplazado aquella construcción física.

Los mejores años de la Iglesia (cuando los creyentes crecían más de prisa espiritualmente, tenían más poder, más dones, más revelación y una expansión numérica mayor) fueron durante los tiempos en que no se contaba con edificios.

En estos tiempos, tenemos tantas otras fuentes de información, materiales de la escuela dominical que nos edifican, comentarios bíblicos, instrumentos musicales, hermosos edificios, elementos de los que buscamos nutrirnos, olvidándonos de que, en la vida del Espíritu, está todo lo que necesitamos. El Espíritu Santo podría retirarse de muchas de nuestras iglesias, y no lo notaríamos. ¡De hecho, un buen número de estas no saben siquiera si tienen o no al Espíritu! Y el efecto que esto produce es una división de nuestras vidas en dos partes: la espiritual y la secular. Cuando se trata de nuestro hogar, nuestro trabajo, nuestro tiempo libre, decimos: "¡Ay, no, pastor! Esa es mi vida personal, no entrometa sus manos en ella. ¿Acaso no vengo a las reuniones? ¿No pago los diezmos? ¿Qué más quiere de mí? Soy un miembro fiel de su iglesia". Pensamos que el eje de nuestra vida espiritual pasa por las reuniones a las que asistimos. Todo lo que hacemos dentro del edificio de la iglesia es la vida cristiana. Una vez terminados los "Aleluya", decimos: "Hola, ¿has visto hasta dónde ha llegado la tabla de inflación? ¿Quién crees que va a ganar las elecciones?". Esa es nuestra otra vida, la vida personal y secular que viviremos hasta que llegue la siguiente reunión.

"¡Ah, es un buen cristiano! —dice el pastor—, Concurre cada domingo y también asiste a todas las reuniones durante la semana. No fuma, ni bebe. ¿Qué más puedo pedir?".

No estoy en contra de las reuniones, ni de los edificios: lo que digo es que Cristo es el centro. El ir a las reuniones, en sí, no representa nada a los ojos de Dios. Es únicamente religión. Jesús vino para traernos vida las veinticuatro horas del día y una nueva alternativa de sociedad: el Reino de Dios.

En la iglesia primitiva, vivían una sola vida; nosotros tenemos una vida con su punto focal en el edificio de la iglesia —la espiritual—, y otra, que es nuestra vida secular y familiar. Algunas personas quedaron confundidas por tratar de mantener dos centros en sus vidas.

T an pronto como nos mudamos a nuestra nueva casa, comenzamos a testificar a la vecina.

—Sí, soy cristiana —expresó.

—¡Qué bien! —contestó mi esposa—. ¿Y a qué iglesia va?

—No asisto a ninguna iglesia. Es una historia larga, pero te la contaré en pocas palabras. En cierta ocasión, fui a una iglesia que me gustó; el pastor predicó muy bien, así que pasé al frente para que anotaran mi nombre. Desde ese entonces, comencé a asistir todos los domingos por la mañana. Pero luego, el pastor me dijo que, si verdaderamente quería gozar del favor de Dios, debía ir al culto de la tarde. De este modo, comencé a ir los domingos por la tarde. Luego, me expresó que necesitaba asistir al estudio bíblico, y más tarde me dijeron: "¿Por qué no vienes también a la escuela dominical?". Y así lo hice. Me quedaba después del culto para asistir a la escuela dominical. Otro día, afirmaron: "Deberías venir a la reunión de oración". Y concurrí, pero también llegó el consejo: "Debes formar parte del grupo de mujeres"; entonces, los miércoles, también, debía asistir. Alguien reparó que poseía buena voz, así que me explicaron: "Debes unirte al coro, ya que tu voz es hermosa; debes usar plenamente tus talentos para Jesús". Esto significaba concurrir a los ensayos de coro los martes. Casi todos los días estaba en la iglesia, descuidando mi familia y mi casa. Hasta que un día dije: "Voy a ir solo los domingos". El pastor comenzó entonces a hacer todo tipo de comentarios indirectos, como: "¡Ay, estos domingueros!". A mí me parecía que eran para mí, porque yo ya no asistía a todas las reuniones. Después de varios domingos, dejé de ir completamente,

A algunas personas les agrada asistir a cuanta reunión pueden. Casi siempre la razón es que están emocionalmente necesitadas y creen que recibirán sanidad a través de un buen sermón o de una hermosa canción. Si tú necesitas experimentar una liberación emotiva, puedes ver alguna película que te haga llorar; pero el Señor nos puso en este mundo para salvarlo, para extender su Reino aquí, no para que nuestras emociones sean conmovidas en las reuniones de la iglesia.

Nosotros somos la luz del mundo, y esa luz debe ser esparcida a fin de que alumbremos. Dios nos puso en un barrio específico, donde debemos ser luz. El propósito es brillar en la oscuridad de ese lugar. ¿Y qué significa ser luz? Ser luz significa ejercer plenamente el sacerdocio de Cristo, ministrando y bendiciendo con quienes interactuamos a diario. El primer requisito que debemos cumplir los que hemos de

guiar a otros es tener nuestra propia casa en orden, y que nuestros hijos sean obedientes en el hogar.

Cuando uno lee la primera carta de Pablo a Timoteo, se observa que lo que se le requería a un ministro no era creer en el milenio o saber acerca de la Gran Tribulación, sino que los ministros deben ser esposos de una sola mujer, personas respetables, que tengan su casa en orden, que sean hospitalarios, afables, y cuya vida familiar pueda estar abierta a que todos la vean.

Debido a mi situación, viajo mucho, a veces más del cincuenta por ciento del tiempo. La Biblia dice que esposo y esposa pueden separarse por un período determinado si ambos están de acuerdo. Por eso, cuando me voy de viaje, lo hago con la plena conformidad de mi esposa. Si ella no estuviese de acuerdo, yo tendría dificultades.

Mi vida está consagrada a Marta y a mis hijos, de manera que ellos ocupan el primer lugar.

Cuando era pastor y al mismo tiempo viajaba, me daba cuenta de que esas tareas consumían demasiado tiempo de mis días. Entonces, consideramos con mi esposa que tenía que abandonar el pastorado, o resolver el tema de los viajes, ya que la familia tenía dificultades debido a esto. Y así fue cómo decidí dejar lo primero. En aquel tiempo vivía en Buenos Aires y viajaba por todo el mundo, de un lugar a otro, y acumulaba muchas horas de viaje. Como los pasajes eran muy costosos, procuraba tener estadías de un mes o dos, pero esto, en algún sentido, no era bueno. Por eso, con mi esposa estudiamos cómo mejorar esta situación, y nos mudamos a un lugar más céntrico y cerca de un aeropuerto, en Estados Unidos. Pero todavía buscábamos aprovechar mejor nuestro tiempo y los demás recursos.

Un día, mi esposa me dijo: "Cuando vuelvas de tu viaje, tienes que ir a tu despacho para contestar todos los correos y planear tu próxima agenda. Te propongo ayudarte para que, a tu regreso a casa, puedas disfrutar más de tu familia. Yo contestaré tus cartas". Ahora, cada noche llamo a Marta, me encuentre donde me encuentre. Hablamos acerca de todo lo que está pensando, comentamos el correo y decidimos cómo contestarlo. Aun las cartas que llegan cuando estoy en casa las dejo, y ella las contesta cuando vuelvo a viajar. Todos mis estudios y lecturas los realizo en los aviones y en los hoteles. También escribo en ese tiempo cada una de mis postales y de mis cartas. Nada de esto lo hago en casa, para poder disfrutar así de la familia.

Cuando estoy en el hogar, nos levantamos juntos, hacemos la cama juntos, vamos juntos a comprar... Yo preparo la comida para que mi esposa descanse un poco de la cocina. Nos ocupamos del jardín, pintamos... todo lo hacemos en familia,

incluyendo a los niños cuando están en casa. Asistimos a los partidos de fútbol, a conciertos... Adondequiera que vayan los míos, yo los acompaño.

Nos hemos adaptado a mis viajes. Es Cristo en nosotros quien nos muestra cómo ser creativos en nuestra situación. También hemos aprendido a vivir con gozo en esa circunstancia y no solo tolerarla, sufrirla o meramente aceptarla. Marta se queda en casa con gozo; yo viajo con gozo, y somos felices.

En cierta ocasión, tuve la idea de celebrar reuniones de negocios familiares. Las realizamos cada varios meses. Empezamos con una cena especial, donde cada uno se pone la mejor ropa. Después que cenamos, llevamos nuestros cafés al salón y tenemos un encuentro en el que todos pueden decir lo que piensa. Nuestros hijos nos explican lo que creen que estamos haciendo mal, y muchas veces han tenido razón. Antes, en vez de escucharlos, lo que hacíamos era reprenderlos o castigarlos, pero ahora les prestamos atención mientras exponen sus puntos de vista. Incluso cuando están equivocados, a menudo vemos que la motivación que tienen es la correcta. En muchas ocasiones, uno debería juzgar los motivos, y no solo las acciones. De esta manera, los escuchamos, y ellos nos escuchan a nosotros. Luego, una vez que hemos tratado los asuntos a fondo, tomamos las decisiones.

En nuestro hogar, hemos realizado cambios para que yo pueda seguir con mi ministerio de enseñanza. De hecho, la causa por la que yo tenga que viajar es debido al sistema eclesiástico; no necesitaría hacerlo si la iglesia estuviese estructurada de un modo diferente. Así que hemos introducido cambios en nuestra vida para que sea posible continuar con mis viajes, ya que, si no puedo dirigir a mi familia como es debido, no puedo ir a predicar a otros.

Para ser una luz, el primer lugar donde debo brillar es mi hogar. Esta es mi primera responsabilidad.

CAPÍTULO 1 0

Digámoselo a Dios para que se alegre

Si nuestras familias fueran todo lo amorosas y armoniosas que Dios quiere que sean, seríamos un potente testimonio para la comunidad en que vivimos. Cuando no ejercemos el sacerdocio eficazmente en el hogar, no podemos ejercerlo en ningún otro sitio. Quiero compartir contigo algo de lo que he aprendido en mi propia familia. No se trata meramente de conceptos, sino de vida. Yo experimento aquello de lo cual estoy hablando.

Como pastor, daba buena instrucción acerca de la familia, pero existe una gran diferencia entre enseñar conceptos e impartir vida. Se puede celebrar un altar familiar para que los nuestros comiencen el día con una enseñanza perfecta. El padre les dice a los demás que hagan lo que él enseña, pero, cuando lo intentan, se preguntan si él mismo pone en práctica sus lecciones,

Tener una enseñanza intachable, pero no llevarla a la práctica, es legalismo: un concepto que condena a la gente. Aun sin vivirlo, tú puedes buscar en la Biblia y extraer algunos versículos para presentar un cuadro maravilloso del matrimonio. Pero, si no experimentas lo que enseñas, aquellos que te escuchen verán que no pueden ponerlo en práctica, y se sentirán culpables. Una de las mayores bendiciones para los líderes de mi iglesia, cuando yo era pastor, era ir a pasar un tiempo en nuestro hogar. Yo los invitaba a estar con nosotros dos o tres días para que vieran cómo vivíamos. Al irse, ellos decían: "¿Sabe, hermano Ortiz? Lo que más nos ayuda es ver que ustedes son personas normales. Nosotros pensábamos que usted y su esposa hablaban con versículos de la Biblia y que se levantaban cantando himnos".

Tengamos en cuenta que el fariseo parecía un santo, pero era un bendito hipócrita, mientras que el publicano era un sincero pecador. Yo prefiero a un sincero pecador que a un santo hipócrita. Por eso, comencemos siendo muy sinceros, quitándonos la careta y permitiendo que la gente nos vea como en realidad somos. No podemos comportarnos de una manera en los momentos de fraternidad en nuestra iglesia y de otra en casa. Debiéramos ser los mismos en todo tiempo. Aun peor es tener

una vida distinta los domingos a la que tienes en el transcurso de la semana. Muchos llevan también una doble vida dentro de sus propios hogares. Tenemos devocionales familiares, donde nos conducimos como santos y de forma diferente el resto del día. Si dijera que nosotros no tenemos devocionales familiares, mentiría. Pero, si digo que los tenemos, tú pensarás que lo hacemos a la manera tradicional: un altar familiar, lo que no es del todo exacto. Creo que una de las mejores herencias que podemos dejarles a nuestros hijos es la de no ser cristianos de orientación activista; con esto quiero decir que no consideremos a Cristo como algo para los martes y jueves a las 7:30 p. m., los domingos a las 10 a. m., o todos los días a las 6 a. m. No, Cristo es para las veinticuatro horas del día. Estamos en un diálogo constante con ese Jesús interior. Se trata de una comunión continua, porque hemos llegado a ser uno con Él. De esta manera, cuando mis hijos y yo estamos jugando al fútbol o haciendo cualquier otra actividad juntos, paramos en el descanso y decimos: "que día tan estupendo! ¿Verdad que la estamos pasando bien? Vamos a decírselo a Dios para que se alegre". Entonces, exclamo: "¡Gracias, Señor, porque nos estamos divirtiendo!". No cerramos los ojos, ni hacemos de ello un acto religioso. De hecho, no hay un solo ejemplo de alguien que haya cerrado los ojos para orar en ningún lugar de la Biblia (aunque, desde luego está bien hacerlo si uno quiere). Sencillamente, hablamos con Dios de una manera natural y lo reconocemos en todo. Mis hijos han aprendido a tener una relación, y no una religión.

Cuando nos levantamos por la mañana, decimos: "¡Buenos días! ¡Despierta! Mira qué día tan hermoso. ¿Verdad que Dios es bueno?" Luego, al sentarnos para desayunar, a veces oramos antes de empezar a comer, y otras veces no. En ocasiones solo digo dos palabras, sin hacer de esta una oración. Algo como: "Gracias, Señor". Otras veces les señalo a mis hijos cuán bueno es Dios al darnos tanta comida. No se trata —y sí se trata— de una oración. Intento no hacer de ellos personas religiosas, sino enseñarles a vivir esta vida en Cristo de manera completamente natural. Procuramos tratar a nuestros hijos de la manera en que Dios nos trata a nosotros, lo que significa que lo hacemos mediante una relación, en vez de por ley. Creo que allí está la clave: relación y amistad, no la perfección, sino el diálogo.

Cuando llego a casa después de un viaje, todos nuestros hijos vienen a nuestra habitación por la noche. Somos seis: mi esposa, ellos cuatro y yo. Nos tumbamos juntos en la cama y hablamos, a veces durante tres o cuatro horas, Eso sucede cada noche mientras estoy en casa. Cuando ellos tienen que ir al colegio, tenemos que echarlos, pero, si no hay clases, le digo a mi esposa: "Deja que se queden. Aunque nos durmamos, permíteles que hablen entre ellos y con nosotros de lo que quieran".

Marta me cuenta que, aun cuando yo no estoy en casa, van a nuestra habitación. Los mayores trabajan en un restaurante; a veces tienen que cerrarlo a las doce o a la una de la madrugada. Sin embargo, incluso cuando vuelven a la una, pasan por nuestro dormitorio, nos despiertan y hablamos con ellos. Cuando ya nuestros hijos son

adolescentes, debemos entender qué significa ser "un adolescente". Cuando crezcan, serán adultos; pero, en la actualidad, nos enfrentamos a muchas de las situaciones que atraviesan otros padres.

Lo primero que acordamos con mi esposa es que no tenemos que preocuparnos. La adolescencia es una etapa normal del crecimiento; además, todos hemos sido adolescentes. Creemos que nuestro ejemplo es suficiente para ayudarlos durante esos años, de modo que no intentamos acelerar el proceso ni nos preocupamos por esto. No nos ofendemos ni nos escandalizamos cuando hacen algo que está "mal", según nuestras reglas evangélicas. Hemos creado una atmósfera tal en nuestro hogar que, cuando hacen las cosas que nosotros como padres tal vez no aprobemos, nos lo dicen. Somos muy, muy buenos amigos; sabemos lo que hacen y adónde van. ¡Nos cuentan cosas que yo jamás habría contado a mis padres cuando tenía su edad!

Creo que lo más importante es no exigirles la perfección, sino aceptarlos como adolescentes y requerir de ellos sinceridad. La clave es la sinceridad. Hablamos con ellos de tal manera que no se sientan condenados. No les decimos: "¡Dios te castigará!" o "i Vas a perder tu alma!". A medida que crezcan, irán aprendiendo lo que les es provechoso y lo que no lo es. Si tus hijos pueden decirte todo lo que hacen, no te preocupes cuando algunas veces pudieran contarte algo que pudiera ser malo, porque lo harían de todas formas, sin decírtelo. Es mejor que tú lo sepas para tener la oportunidad de enseñarles en forma gradual. De otra manera, los perderás.

Descubrí que así es cómo actúa Dios con nosotros. Él quiere que confiemos en Él y lo amemos, de modo que, aunque hagamos algo mal, lo hacemos en su presencia, porque Él vive en nosotros. Somos amigos, y los amigos comprenden: cuando nos explicamos, Él nos escucha y perdona, y así se mantiene nuestra amistad.

La mayoría de los cristianos están relacionados con una serie de reglas más que con las personas. Un conjunto de reglas no tiene emociones, ni sentimientos; no existe diálogo. Lo único que sabe decir es "No hagas esto... no hagas aquello". Pero nuestra relación es con un Dios personal que tiene sentimientos y emociones, que escucha, comprende y dialoga con nosotros, a quien podemos decirle, como Pedro decía: "Señor, me preguntaste si te amaba, y te he dicho que sí. Pero vuelves a preguntarme una y otra vez lo mismo. Escucha: sé que me viste negarte. Te negué tres veces, pero, a pesar de ello, te amo. Tal vez pienses cómo es que me amas si me has negado. Sea como sea, Señor, no lo entiendo, pero sé que te amo. Si conoces todas las cosas, sabes que es verdad, a pesar de todo lo que hice". Mis hijos, aunque son como los demás, tienen una relación con Jesús. Él los ama, y ellos lo aman a Él. No son unos santos, pero, aunque todas las apariencias exteriores indiquen sus imperfecciones, tienen una relación con Jesús. El poder del pecado es la Ley; por ende, los hijos se verán más tentados a hacer cosas que les están prohibidas que otras que no los son. Esto significa que son libres

para decidir no hacer algunas de esas cosas porque saben que no les convienen. Como dice Pablo, "Todo me está permitido, pero no todo es para mi bien. Todo me está permitido, pero no dejaré que nada me domine" (I Corintios 6:12).

Ellos tienen la libertad para hablarnos de cualquier cosa que hacen. Si hacen algo que está mal, saben que reaccionaremos aceptándolos plenamente; nunca los rechazaremos. Asimismo, siempre estaremos dispuestos a ayudarlos a salir de cualquier situación —en lugar de reprobarlos, amenazarlos o condenarlos—. Tienen que ver en nosotros el amor de Padre. Algunas cuestiones no son fáciles; pero pienso que la mejor manera es tratarlas abiertamente, y no evitarlas.

Por momentos nos preocupaba que nuestros hijos fueran a casarse demasiado pronto, pero David dijo: "No, no, papá, yo me casaré cuando tenga veintiséis años, como tú". Creo que ellos tienen un concepto muy alto del matrimonio y del hogar porque, desde que eran casi bebés, nos han visto vivir la vida de Cristo con ellos abiertamente. Y, como estamos en Cristo, no tenemos problemas, solo situaciones nuevas. Por eso, nunca me siento ansioso por nada. Descanso. Enfrento cada situación en su momento y sigo la guía interior del Espíritu. No existen fórmulas, sino solo la dirección diaria del Cristo interno. La aceptación de cada realidad que enfrentamos es la base de todo lo que interactuamos en la relación con nuestros hijos, y esa aceptación proviene de la sangre de Jesús, y no de nuestra forma de actuar en el momento de ponerles algún límite. Hasta ahora, lo que nuestros hijos han visto en nosotros es lo que creen que será bueno para ellos también.

Desde luego, no resulta sencillo cuando los padres conocen de Jesús y sus hijos tienen quince o dieciséis años y están en la etapa de rebeldía. En esta situación les diría a mis hijos: "Quiero que sepan que los amo, hagan lo que hagan; pero quiero darles mi opinión sobre este tema. No están actuando correctamente. Me obedezcan o no, eso no cambiará que los amo y, porque los amo, les debo decir cuando actúan mal. Yo les diría todo lo que necesitan oír, porque amar no significa quedarse callado; sin embargo, recalcaría que, hiciesen lo que hiciesen, los seguiré amando y siendo su amigo.

Creo que tendría más éxito de esta manera que si ponemos su obediencia como condición para nuestra amistad. Si continuamos siendo amigos, tendrán que enfrentarse a nosotros todos los días, y quizás haya alguna oportunidad de ayudarlos. Pero, si expresamos: "Si no haces lo que te digo, adiós", entonces, los dejamos solos, y ya no podemos influir en ellos. Mientras permanezcan en casa, somos un factor de convicción en sus vidas; y, como los seguimos amando, algún día nos escucharán.

En primer lugar, nuestros hijos necesitan saber que los aceptamos por completo, exactamente como son, que no tienen necesidad de hacer nada excelente para ganar nuestro amor y aceptación. Esto es muy importante, porque ellos aprenden acerca de Dios a través de nosotros. La imagen que tengan de nosotros, sus padres, es la que probablemente tendrán de Dios. Por eso, seamos cuidadosos en cómo los

tratamos y hagámoslo como Él nos trata a nosotros. Dios nos acepta y mora en nosotros tal como somos.

Una vez, uno de nuestros hijos hizo algo bastante malo; como tenía seis o siete años, lo mandamos a la cama. Más tarde, cuando pasé por delante de su habitación, me llamó y me dijo: "Estoy tranquilo". Le pregunté cuál era la razón de que así fuera, y me respondió: "Porque sé que, aunque me has reprendido, me quieres". Aun en su mente de niño, ese era el concepto que tenía de Dios. Mis hijos nunca han pensado que serían rechazados por Dios, ya que siempre les enseñaba que Él siempre los acepta.

En segundo lugar, también creo que es necesaria la disciplina. No obstante, no hay que confundir disciplina con legalismo. Legalismo quiere decir que ellos deberán hacer algo para ser aceptados; la disciplina se suministra con aceptación. Los hijos saben que se los acepta, hagan lo que hagan, pero necesitan aprender lo que les conviene. La disciplina es solo parte de la infraestructura del hogar: "Lávate los dientes", "Pídelo por favor", "Siéntate como es debido" Estas frases forman parte del funcionamiento de la casa.

En tercer lugar, también he aprendido a reprender físicamente y gritar a mis hijos, y esto no ayuda mucho a la meta que como padre persigo. Tal vez alguna reprimenda física puede ser buena cuando los niños no la comprenden principalmente por ser pequeños, pero ellos deben entender siempre muy bien por qué se los castiga y que, a pesar de ese límite que se les impone, sus padres los aman.

Lo que me preocupa es que, cuando muchos padres regañan a sus hijos, no lo hacen por una razón de desobediencia del niño, sino como resultado de su propia impaciencia. Por otra parte, si nos encontramos de buen humor, a menudo somos demasiado indulgentes, y esto crea confusión en el pequeño.

En cuarto lugar, busca siempre la dirección del Señor. Yo no tengo un concepto rígido de cómo se debe disciplinar; creo, por el contrario, que el Señor me guía espontáneamente. Cada niño es diferente. Antes se creía que el pequeño comprendería mejor si recibía un golpecito en lugar de palabras; hoy sabemos (o vemos) que esto resulta negativo. Quienes vivimos en el Espíritu aprendemos a ser guiados por el Señor en cómo tratar a nuestros hijos cuando hacen algo que está mal.

¿Comprendes lo que quiero decir cuando afirmo que la vida del Espíritu no es para los cultos del domingo, sino para toda la existencia? ¡Yo necesito más de la dirección del Espíritu con los hijos en el hogar que las reuniones! Algunas veces se piensa que el Espíritu Santo es solo para los momentos devocionales y se tratan los asuntos familiares mediante libros de reglas. En cambio, debemos seguir la dirección interna de Jesús en todas las cosas. Si le hiciéramos caso al Espíritu, nuestros hogares serían testimonio para la comunidad. Pero, a veces, con demasiada frecuencia,

nuestras casas están hechas un desorden. La familia debe estar antes que ningún otro ministerio en el que estemos involucrados.

En una ocasión, nos enfrentábamos a una situación difícil en nuestro hogar, y yo estaba a punto de dejar el ministerio. Convoqué a una reunión familiar, y les dije a mis hijos: "Quizá yo sea el culpable por viajar tanto y por no poder estar aquí en casa. Mamá es una mujer, y ustedes se aprovechan de ella, así que tendré que dejar de viajar, Conseguiré un trabajo, y haré discípulos alrededor de donde vivimos. Porque ustedes son más importantes que mi ministerio". Entonces, mis dos hijos contestaron: "Escucha, papá. Estamos seguros de que tu ministerio viene de Dios. Hemos visto las bendiciones que has traído a muchas personas alrededor del mundo. La gente nos dice cuánto los ayudaste. Nosotros haremos la parte que nos corresponde para que puedas seguir. Nos portaremos mejor. Obedeceremos a mamá, y no nos aprovecharemos de ella". Así, tomamos la decisión unánime de que yo seguiría viajando.

En muchos casos, ¿qué saben tus vecinos de los cristianos? Solo que en esa casa vive uno y que es una persona muy rara, que se va por la mañana temprano y que vuelve tarde por la noche. Eso es todo lo que saben. No tienen ningún compañerismo, ningún contacto con esa gente misteriosa. Pero esto no debería ser así, de manera que lo primero que tenemos que hacer es convertirnos en una familia que brille en la comunidad, que esparza amor a todos los que viven a su alrededor. Y esto comienza cuando nuestro hogar está sometido a Cristo, el Jefe de la casa.

CAPÍTULO 1 1

¿Y qué me dices de sus parientes?

Cuando mis padres se convirtieron, comenzamos a tener comunión con la gente de la iglesia donde asistíamos, y estar con ellos llegó a convertirse en nuestro único interés. ¿Sabes lo que dijeron nuestros familiares? "Desde que se hicieron de esa religión, los perdimos". Y era verdad. Estábamos tan ocupados con la iglesia que perdimos todo contacto con nuestros amigos, parientes y antiguos conocidos. Y precisamente aquellas personas de las cuales se espera que las trajésemos al Señor, de repente ya no formaban parte de nuestras vidas. Solo veíamos a nuestros familiares en los entierros.

Ahora bien, ¿te has preguntado quiénes son los que llevan nueva gente al Señor? Y la respuesta es la siguiente: los que acaban de convertirse, porque todavía tienen amigos en el mundo. Pero, después de unos pocos meses, ya no guiarán a nadie más, quemarán los puentes que los unen a la sociedad secular. Porque estarán ocupados en ir a reuniones, estudios bíblicos, reuniones de oración, y terminarán siendo absorbidos por el sistema eclesiástico.

Todavía recuerdo los tiempos en que nuestra familia pertenecía a una iglesia italiana. Teníamos reuniones todas las noches, menos los viernes. ¡Seis noches, cada semana estábamos fuera de casa! Cada tarde, salíamos de nuestro hogar con la Biblia bajo el brazo. En aquel entonces, no teníamos automóvil y caminábamos siete cuadras para llegar a la estación de tren. Nos volvíamos aproximadamente a las 10:30 p. m. ¡imagínate lo que pensaban nuestros vecinos! Todos los días nos veían partir 6:30 p. m. Seguramente, les dábamos pena. "Pobre gente —pensarían— vaya religión que tienen". Naturalmente, no disponíamos de tiempo para hacer amistad con ellos, porque estábamos muy ocupados con la iglesia. Incluso, cuando había un feriado, la iglesia celebraba una reunión especial. Siempre estábamos en el templo; por ende, en nuestras vidas no había lugar para parientes o para vecinos. Pensábamos que la espiritualidad consistía en estar continuamente en la iglesia.

Pero Dios nos ha salvado a cada uno de nosotros para que extendamos su Reino en el lugar donde nos ha llevado, en la estructura de vida en que nos encontremos. Somos responsables de la gente que tenemos alrededor de nosotros. Dios quiere que los alcancemos y les prediquemos de su amor. Él desea amarlos a través de nosotros. Así es cómo crece el Reino de Dios. Pero, con demasiada frecuencia, la iglesia nos ha sacado de los ambientes normales del mundo. Hemos cortado toda conexión con la gente a las que (según se esperaba) les esparciríamos luz. El resultado de esto es que somos inútiles para el evangelismo. Necesitamos considerar nuevamente el propósito de la iglesia. Esta nunca se pensó como una institución que esté separada de la vida; por el contrario, hacerse cristiano debía ser la manera normal de vivir.

¿Conoces lo que Dios tenía en mente cuando llamó a Abraham? "Serán benditas en ti todas las familias de la Tierra", le dijo. ¿Pero qué hicieron los judíos? Pensaron que la bendición de Dios era solo para ellos; querían el privilegio, pero no la responsabilidad. Dios no nos ha establecido en su Iglesia para que seamos perezosos: Él espera mucho de nosotros. Por medio de Cristo, somos la verdadera simiente de Abraham, y Dios quiere que, a través de nosotros, todas las naciones entren en la bendición del patriarca. Tenemos que extender el Reino de Dios a todo el mundo. Dios nos esparce por todos lados para que podamos salar la tierra e iluminar al mundo. Se espera que cada uno brille en el lugar donde Él nos ha llevado. Así es cómo el Reino de Dios invade las estructuras de la sociedad, de igual manera que la levadura se expande por toda la masa de pan. Jesús dijo: "Busquen primeramente el Reino de Dios"; esto es lo primero en nuestras vidas. Cada uno de nosotros nos encontramos en el sitio donde Dios quería que estuviésemos para la extensión de su Reino. Esto significa que, cuando planeamos mudarnos de lugar de residencia, es muy importante preguntar a Dios dónde quiere que vayamos. No deberíamos mudarnos solo por nuestro propio gusto, porque Él nos quiere como representantes suyos en un sitio nuevo.

Solemos decir: "He cambiado de trabajo porque me...", y esto no está bien. Debemos cambiar de empleo si Dios nos está llevando a otro, porque necesita un misionero en nuestra nueva situación laboral. Si estás estudiando en la universidad, necesitas saber que no te encuentras allí solamente para conseguir un título, sino que el primer propósito es el Reino. El obtener un título forma parte de tu trabajo en el Reino de Dios. No, simplemente, para que puedas engordar tu intelecto.

En una ocasión, un joven de Perú llegó a estudiar en una universidad de nuestro país y, algún tiempo, después conoció a Cristo. Asistió a nuestra Iglesia de las Asambleas y, semanas más tarde, le dijo al pastor:

—No quiero estudiar más. —¿Por qué? —le preguntó.

—Porque ahora soy salvo —respondió él.

—¿Qué quieres decir? ¡No puedes dejar tus estudios porque eres salvo!

Es que lo que realmente hacía en la universidad no era estudiar.

—Pero nosotros te vimos hacerlo —le retrucó el ministro.

—Sí, tenía que estudiar, pero no estaba allí con ese propósito. El partido comunista de Perú me envió a la Argentina a fin de extender su doctrina en la universidad y, para hacerlo, tenía que convertirme en un estudiante normal. Mis estudios eran una máscara. Una vez recibido, estudiaría otro título y luego otro... para quedarme allí el mayor tiempo posible con el objetivo de propagar el comunismo.

Si te encuentras en una universidad, en primer lugar, estás allí para extender el Reino de Dios. Aunque no seas capaz de predicar a otros jóvenes, puedes brillar como una luz, amar a la gente para que vean a través de tu vida que Cristo está vivo.

Imagina que trabajas en la Compañía Automotriz de Ford. Quizá me digas: "Estoy allí porque pagan mejor y porque hay muchos beneficios para los empleados". Pero no es así. Tú estás en ese lugar porque Dios necesita un misionero allí. Él, simplemente, utiliza dicha empresa para mantenerte en el campo de misión.

Si tú tienes dos vidas (una privada y una religiosa), puedes trabajar en un lugar por muchas razones personales; pero, si solamente vives una, Dios está en todo lo que tú haces. Y, donde quieras que te encuentres, eres responsable de aquellos que forman parte de la estructura de su vida.

En primer lugar, tenemos responsabilidad por nuestra familia. El pastor no es el responsable, sino solo un ayudante, un consejero. La responsabilidad recae sobre nosotros. Los esposos son responsables de sus esposas y de sus hijos. Tal vez una mujer pueda decir: "Pero soy viuda...". Entonces, tú eres responsable, si no tienes esposo, tú ejerces el sacerdocio. Otra persona dirá: "Nosotros somos huérfanos y yo, el único salvo...". Entonces, eres responsable de tus hermanos y hermanas. Sea cual fuere el grupo familiar en el que vives, eres el responsable; Dios te ha asignado para que seas cabeza.

Al emplear el término cabeza, no quiere decir que eres tú quien da las órdenes, sino la luz espiritual de la casa, el que ejerce el sacerdocio. Si vives en una residencia estudiantil y eres la única persona salva, tienes la responsabilidad por esos estudiantes que están contigo, aunque esto tal vez no te guste. En cualquier grupo en el que haya alguien que conoce al Señor, esa persona es la responsable, la luz de esa casa, el que ejerce el sacerdocio. Dios, a cada uno de nosotros, nos preguntará: "¿Qué hiciste donde te puse?".

En segundo lugar, después de nuestra familia inmediata, somos responsables de nuestros parientes: tíos, primos. Tal vez estés pensando: "¡Pero si hace veinte años que los vi por última vez!" Eso está muy mal, porque tienes la responsabilidad por ellos.

En tercer lugar, eres responsable de sus amigos, y no solo de los más íntimos, sino también de tu dentista, médico, abogado. Si Dios te ha salvado, es porque desea alcanzar, a través de ti, a toda esa gente que forma parte de tu vida. Si no lo hace a través de ti, entonces, ¿por medio de quién lo hará?

En cuarto lugar, eres responsable de tus vecinos, porque eres quien ejerce el sacerdocio en el barrio. Tú eres el pastor de ese lugar. La iglesia divide al mundo en regiones (las regiones son distritos); los distritos, en iglesias de barrio; y las iglesias de barrio, en hogares. Todo cristiano tiene una iglesia. Tu iglesia es el vecindario de casas donde vives. Eres el responsable de ese grupo de viviendas. ¿Te imaginas que Dios envíe a un ángel desde el cielo para que evangelices su vecindario para que tú puedas ir a las reuniones? Tú eres el pastor de su pequeña iglesia; el ministro de la iglesia es tu consejero. Él está para darte confianza y ayudarte a cumplir con tu responsabilidad por medio de la dirección espiritual. Pero el responsable eres tú.

También tienes el compromiso con tus compañeros de trabajo; eres un pastor para los que trabajan contigo diariamente. Forman parte del ámbito que Dios quiere penetrar con su luz a través de ti. Todo esto significa que tienes algo que hacer. Tal vez deberías comenzar a confeccionar una lista de toda la gente por la que eres responsable. Pero, antes de que empieces, quiero hacer una distinción muy clara entre tener el concepto y ser vida. Si solo tienes el concepto de que eres responsable como pastor en tu vecindario, esto se convertirá en una carga tremenda, o bien saldrás a la calle apresuradamente para tratar de convertir a todo el mundo predicándole, olvidando que la letra mata. Si tu responsabilidad es para ti solo un concepto, esto te desbordará y quizás también acabe con aquellos a quienes testifiques, haciéndoles finalmente sentir rechazo hacia las cosas de Dios. No estoy hablando acerca de intentar realizar una gran obra para Jesús, sino de una vida que manifiesta de tal manera el amor que atrae a la gente a la luz. En otras palabras: vivir en Él las veinticuatro horas del día es, en sí, hacer la obra del Reino de Dios.

Cuando se me invita hablar en iglesias, tengo miedo de que lo hagan para que trate del discipulado, que es un tema acerca del cual me gusta hablar, pero existe el peligro de tomar más apego al método que al Jesucristo vivo. A las personas les resulta

muy tentadora la parte mecánica del discipulado. Se trata de algo atractivo para nosotros y nos apropiamos del concepto, pero no de la vida. Así es cómo este termina convirtiéndose en otro sistema, en otra forma de esclavitud.

La forma en que surgió el discipulado dentro de la comunión de la iglesia que yo pastoreaba en Argentina no fue algo mecánico, sino que brotó de la vida. No sabíamos nada sobre este tema, sino que, simplemente, estábamos viviendo como comunidad y descubriendo cosas, sin tener conciencia realmente de lo que ello suponía. Solo después de venir a los Estados Unidos y de comenzar a enseñar, se le puso el nombre de discipulado.

La gente me decía: "Usted predica la doctrina de la sumisión" ¡Así fue cómo por primera vez supimos que estábamos practicando el discipulado! Hasta aquel momento no había sido más que un fluir de la vida, y no de una doctrina. Al descubrir la doctrina de la sumisión, estropeamos aquella vida, de manera que tengo miedo a la designación.

En la actualidad, cuando me invitan para hablar del discipulado, prefiero no hacerlo en la primera visita, sino utilizarla para que las personas se preparen para lo que viene y que sepan que no soy legalista en absoluto. Solo cuando han entendido bien esto, comienzo a tratar el discipulado. Cuando Pablo visitó Atenas, descubrió que a los atenienses les gustaba pasar tiempo escuchando nuevas doctrinas. A veces pienso que en nuestras iglesias somos así también. A todos nos agrada escuchar lo que el hermano Cho hizo en Corea o lo que Dios hizo en nuestra iglesia en Argentina; estas cosas pueden ser interesantes y útiles. Sin embargo, no necesitamos copiarlas porque todos contamos con el mismo Espíritu que vive dentro de nosotros para guiarnos en las situaciones particulares de nuestras congregaciones.

En este libro, no estoy intentando ofrecerte un nuevo sistema, sino, simplemente, presentarte al Cristo vivo, que es quien puede decirte lo que debes hacer en cada situación. No se trata de una receta de cómo tendría que ser la Iglesia. Su propósito es mostrarte al Espíritu Santo, quien es capaz de guiarte las veinticuatro horas del día. Mi intención al hablarte de la forma en que hacíamos discípulos y cómo crecía el Reino de Dios en nuestra situación es motivarte a pensar. Quiero animarte a que consideres nuevamente los conceptos preconcebidos que tienes en cuanto a cómo debería ser la iglesia y la manera de ganar discípulos. Tú necesitas estar libre para escuchar lo que el Espíritu Santo dice.

Me gustaría ser un elemento agitador antes de que podamos estar abiertos para oír lo que el Espíritu dice a las iglesias. Precisamente, un lavado de cerebro en lo referente a nuestras formas muertas. Debemos abandonar los conceptos fijos que tenemos de la Iglesia para poder experimentar, de modo continuo, la vida siempre nueva de Jesús.

Cuando hablo de ser una luz en nuestras comunidades (al igual que del hecho de ejercer el sacerdocio con aquellos que forman parte de nuestra vida), tú te formas una imagen de lo que digo. Pero yo no quiero decir lo que tú te imaginas: esos conceptos no pertenecen a la vida de Cristo, sino a nuestro sistema eclesiástico. No estoy hablando de que trates de llevar a la Iglesia a tus parientes, amigos y vecinos, ni tampoco que les repartas folletos con versículos bíblicos para convencerlos de que necesitan a Cristo. Todo eso forma parte de nuestro sistema. La mayoría de ellos no están interesados en esas cosas, porque estas pertenecen a la religión, y no a la vida.

No sé cómo decirte esto... No creo que haya una manera fácil de hacerlo. Pienso, sencillamente, que debe expresarlo, aunque parezca difícil. Creo que está llegando la hora de una gran sacudida para todos nuestros sistemas, y solo aquello que es inconmovible por tratarse de la vida de Cristo quedará en pie. Se acercan tiempos en los cuales no tendremos órganos, ni quizás himnarios o materiales de escuela dominical. ¡Puede ser que hasta nos falten las Biblias! La iglesia primitiva no disfrutaba de ninguna de estos materiales. El Nuevo Testamento no se había escrito todavía; la mayoría de los creyentes tampoco tenían acceso al Antiguo. Contaban únicamente con el Espíritu Santo, que estaba en ellos durante las veinticuatro horas del día; entonces, los cristianos se hallaban en posesión de la clase de fe que no puede ser conmovida. ¡Como consecuencia de esto, volvieron al mundo patas para arriba!

Un sistema eclesiástico puede convertirse en algo que estorba. Debería ser una ayuda para traer a las personas a Cristo; sin embargo, termina siendo un problema. Hemos añadido tantas otras cosas que nos parecen esenciales que nos vemos atrapados y no sabemos cómo liberarnos de estas.

Permíteme ilustrar lo que entiendo por estorbo. Nuestra Iglesia en Argentina es carismática, y levantamos las manos cuando cantamos (a veces lo hacemos y otras no). Eso no le gusta a todo el mundo; por lo tanto, el sistema se ha convertido en un obstáculo para muchas personas. En una ocasión, invitamos a cierta familia a asistir a nuestros cultos, pero la respuesta que nos dieron fue "No piense que no queremos ir; no encajamos en su ambiente". Algunas personas se encuentran más a gusto en un ambiente bautista o católico o episcopal... No es que justifique tal actitud, pero me pregunto si a veces las cosas que hacemos en nuestras iglesias no serán la razón principal de que la gente no quiera ir. La mayoría, sencillamente, no son normales: son religiosas.

¿Sabes? En general, las personas de las que tú eres responsable no asistirían a la iglesia si las invitas. Pero ¿has pensado alguna vez invitarlas a tu casa? Allí sí irían. Si llevas a una determinada persona a una iglesia pentecostal, bautista, episcopal, tendrá que superar muchas cosas para llegar a Cristo. Tal vez se trate de alguien anticarismático, anticatólico o contrario a la liturgia, ¡pero no será contrario a los helados! De manera que puedes llevarlos a tu casa, y no al edificio de la iglesia, y ese hogar se convertirá en el centro de las actividades cristianas. Cuando la Iglesia está centrada en un hogar, es más probable que lo esté también en la gente, y no en el edificio. La clave se encuentra en que cada hogar empiece a funcionar plenamente como un centro; cada hogar, cada individuo. No estoy diciendo que saques el automóvil de tu garaje y vayas a la casa de otra persona para tener una reunión de iglesia. No, eso es lo mismo que ir al edificio de cultos. Me refiero a que lleves a tu hogar a todos los que forman parte de tu vida: tus parientes, vecinos, amigos, compañeros de trabajo.

Tampoco estoy hablando de celebrar reuniones en casa con canciones cristianas y estudios bíblicos. Algunas iglesias lo hacen: tienen cien miembros y los dividen en cuatro hogares; pero eso es solo otra iglesia de las que tenemos en los edificios. Me refiero a que te puedas quedar en tu casa para cumplir con tus deberes de sacerdocio de los creyentes. Comienza con tu esposa —yo era pastor de la primera Iglesia de las Asambleas de Dios, pero no me ocupaba de mi esposa—; empieza por evangelizarla a ella.

¿Qué quiero decir con evangelizar? Evangelizar significa tener un amor completo: compañerismo, comunión, plena comprensión del uno para el otro. Evangeliza a tu esposa, ámala, suple sus necesidades como el Espíritu Santo te guíe para hacerlo. Luego, comprueba cómo está tu relación con tus hijos.

¿Te llevas bien con ellos?

¿Y qué me dices de tus parientes?

¿Qué tal estás con tus primos y con tus tías? ¿Cuánto hace que no los ves?

Comienza a reconstruir esos puentes quemados. Yo lo hice, y fue asombrosa la cantidad de familiares que ganamos para el Señor sin hablar ni una palabra. Les escribí, restauré la amistad con ellos. No les prediqué, sino que compartí amor con ellos. Me arrepentí de haberlos descuidado, rechazado, al dejar que el sistema de la iglesia absorbiera todo mi tiempo. Los gané solo con amarlos.

¿Cuántas mujeres cuyos esposos no conocen al Señor van a todas las reuniones de la iglesia? ¿Es acaso extraño que sus cónyuges no vengan a Cristo? ¡La iglesia es su

rival! Esas mujeres necesitan evangelizar en casa, mostrar el amor de Jesús como el Espíritu que las guía. Si tú lo escuchas y sigues su voz, Él te dirá cómo amar.

En nuestra iglesia en Argentina, hubo un incidente que me sensibilizó en lo más profundo. Llevamos al Señor a una preciosa familia. Se trataba de gente muy rica. Él había sido ateo pero, a causa de la sanidad de su hija, toda la familia se salvó, comprometiéndose totalmente con el Señor. Aquel hombre comenzó a llevar gente a su casa, y con el tiempo llegaron a reunirse treinta de sus parientes y amigos. Fue necesario un año y medio para formar ese grupo pero, cuando se alcanzó esa cantidad, cesó la multiplicación. Una vez que terminaron de testificarles a todos sus amigos, no lograron ganar a nadie más para el Señor. Es como cuando uno empieza a vender enciclopedias en su tiempo libre: después de vendérselas a sus amigos y conocidos, no consigue ninguna venta más.

Lo mismo sucedía con muchas otras familias. Mi esposa me decía: "Juan Carlos, aquellos que han de venir al Señor ya lo hicieron, y los que no lo han hecho no vendrán". Parecía haber un límite para el crecimiento que no podíamos traspasar Entonces, decidimos escudriñar del Señor cómo sería posible que siguiésemos multiplicándonos. Le preguntamos al antiguo ateo y a su familia: "¿No vendrían al Señor muchos más de sus amigos y parientes si ello no implicara vincularse con el sistema eclesiástico?" El hombre pensó acerca de esa pregunta, y a la mañana siguiente me dijo: "Pastor, estoy seguro de que muchos más vendrían, pero el problema reside en nuestro sistema eclesiástico, que es un obstáculo" Esto hizo que nos pusiéramos a estudiar el asunto. Si el sistema de la Iglesia es esencial para la salvación, empujemos a la gente adentro, pero, si el órgano, los himnos, el coro, el calendario eclesiástico, la junta, los diáconos y los materiales de la escuela dominical no son indispensables, entonces, tal vez, deberíamos preguntarle al Señor si hay alguna otra forma.

Comenzamos a orar y, a medida que el Señor nos guiaba, fuimos introduciendo cambios radicales. No estoy sugiriendo que todo el mundo deba hacer esto, pero en nuestro caso surgió de la vida. No se trataba de un concepto, ni de una doctrina; no estábamos intentando crear un nuevo tipo de sistema. Aquel hermano y su familia tenían un gran departamento y, en lugar de llevar gente a la iglesia, lo estimulamos a que hiciese sus propios discípulos en su casa. Él invitaba a la gente a su piso, y no a un culto en la capilla. Seis meses más tarde, lo visité. ¡Ahora tenía en su hogar una iglesia de más de doscientas personas! Alrededor de doscientos cincuenta de sus parientes habían sido salvos y estaban llenos del Espíritu Santo y plenamente comprometidos con el Señor, pero ninguno de ellos asistía a las reuniones de la iglesia.

Antes de poder ganar a otros para Cristo, necesitamos formar relaciones. A menudo estas han sido rotas; por eso es que necesitamos repararlas. Allí donde hay un cumpleaños, haz un pequeño regalo, o tal vez un obsequio como una planta a mi vecino

y, así, comienza a forjarse una amistad. Aprovecho cualquier oportunidad que se me presenta para hacerme amigo de la gente. Luego, el Evangelio se transmitirá de unos a otros con bastante espontaneidad a través de las relaciones.

A esta altura imaginarás que estoy en contra de los edificios de la iglesia y de todo lo que tiene que ver con ello; pero no, no me opongo. Creo que, si cambiáramos el centro de nuestras actividades de los edificios a las casas de la gente, encontraríamos un nuevo uso para las construcciones. De hecho, si yo pudiera, añadiría a los edificios de las iglesias una piscina, o tal vez un sauna, un frontón. Ano todo el mundo en la comunidad le es posible tener una piscina o un sauna en su casa. Las construcciones existentes podrían utilizarse para celebrar conferencias cuando fuera necesario, así como para ocasiones especiales de alabanza. Si lográsemos desprendernos de la esclavitud del edificio, comenzaríamos a crecer numéricamente. Alo mejor, por amor a la gente, necesitemos cerrar esos edificios algunos domingos. No precisamos escuchar un nuevo mensaje cada semana. Una vez al mes, es bastante apropiado; luego tenemos cuatro semanas para llevarlo a la práctica. Los domingos restantes, podemos hacer la obra del Señor. En lugar de celebrar un culto el domingo siguiente, cada no invitaría a su casa a un amigo o pariente, no para una reunión religiosa, sino a fin de crear una relación.

Tomemos, por ejemplo, el caso de una congregación de ochocientos miembros, los cuales representan doscientos o trescientos hogares. Esto significaría que todas estas familias se encontrarían evangelizando. Cuando utilizamos el edificio de la iglesia, en muchos casos, solo asiste la esposa; pero, si usamos el hogar, esposo, esposa, hijos pueden estar juntos, de manera que cada domingo se evangelizaría a doscientas o trescientas personas. No cerraríamos el edificio de la iglesia tres de las cuatro semanas a fin de que la gente pudiera quedarse en casa para ver la televisión, sino con el objeto de que tuviesen la oportunidad de comprometerse con la extensión del Reino de Dios. Abrirían sus hogares, no para tener reuniones previamente anunciadas, sino con el propósito de amar a sus primos, tías, vecinos, amigos y compañeros de trabajo.

Un mes más tarde, cuando volviéramos al edificio, este no sería lo suficientemente grande para albergar a toda la gente adicional que habría sido ganada para Cristo durante aquellas semanas de evangelismo. Indudablemente, el pastor tendría que decir: "Los de zona norte, vengan por la mañana; los de zona sur, por la tarde". Las tres semanas siguientes, se dedicarían a la misma clase de actividad; por 10 tanto, después del segundo mes, el pastor se vería obligado a decir: "Los de zona norte, vengan por la mañana; los del sur, por la tarde; y los del suroeste, el sábado por la noche". Con el tiempo, el edificio estaría colmado cada día por diferentes personas procedentes de distintas áreas de la ciudad.

Así funcionaba la iglesia primitiva; puedes verlo en el Nuevo Testamento. Todos los días, tanto en los lugares públicos como en cada hogar, no dejaban de trabajar para

Cristo. Nosotros no hacemos otra cosa que hablar acerca de comenzar la obra del Señor; ellos, sin embargo, nunca cesaban de hacerlo.

Somos un real sacerdocio para manifestar el amor de Dios al mundo; embajadores de Cristo enviados a llevar las buenas noticias a las naciones. Es hora de que nuestros edificios de culto nos sirvan a nosotros en vez de servirlos nosotros a ellos. Cuando la iglesia esté centrada en la persona de Jesucristo en lugar de un sistema religioso, el Reino de Dios se extenderá por toda la Tierra, como ordenó Jesús.

CAPÍTULO 1 2

¿Tiene Dios alguna necesidad?

Mucha gente abriga la ligera sospecha de que Dios está enfadado con ellos. Algunos creyentes sienten, en lo más profundo de su ser, que el Señor está esperando que cometan un mínimo error para castigarlos; otros, por el contrario, piensan que Él está solo a favor de los cristianos. Pero Dios está de parte de todo el mundo. Él es el Dios de todas las naciones, y su favor es para todos. Dios no es el Dios de los judíos solamente, ni tampoco de los cristianos. Él ama a los árabes tanto como a los judíos, o a los norteamericanos, a los africanos, etc. Él los ama, y está de parte de todos.

¿Cómo podemos saber que Dios nos ama y está a favor nuestro? Naturalmente, lo demostró de manera suprema en su Hijo Jesús, que es el amor de Dios en forma de ser humano. Sin embargo, Jesús mis mo no está ya en la Tierra como hombre, de manera que ha escogido a los que creen en Él para que manifiesten su amor al mundo. Los creyentes son hoy sus representantes. Nosotros somos Cristo para el mundo. Si la gente no ve en nosotros el amor de Dios, no lo verá a Él en absoluto. Somos los únicos instrumentos de Jesús para expresarlo en nuestro ámbito de tres dimensiones. O contemplan el amor de Dios en Cristo, que mora en nosotros, o no lo verán de ninguna manera.

Siglos antes de que Jesús viniera a la Tierra, Dios escogió a una nación en particular para manifestar su amor al mundo. Esta nación era Israel. Él hizo un pacto, un convenio con ellos:

Si ahora ustedes me son del todo obedientes, y cumplen mi pacto, serán mi propiedad exclusiva entre todas las naciones. Aunque toda la tierra me pertenece, ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación santa.

—ÉXODO 19:5-6

Cuando Dios llamó a Israel, lo hizo pensando en el mundo. Él es el Dios de todas las naciones; Él designó a los israelitas para que fuesen un reino de sacerdotes para dichas naciones. Su propósito era utilizarlos para mostrar su amor a toda la humanidad. Él tenía en mente a toda la creación, a causa de la promesa que le había hecho a Adán y a Eva, concerniente a la serpiente y al Redentor que llegaría a liberar al hombre. Ese Redentor no iba a serlo solo del pueblo judío, sino de todas las naciones: blanco, negro, aceitunado, amarillo... ¿Por qué escogió Dios a Israel? Lo hizo porque eran descendientes de Abraham, y Él había prometido que, a través de Abraham, bendeciría "a todas las familias de la tierra". Los israelitas serían los sacerdotes de Dios para manifestar su amor a todo el mundo. Pero Israel se llenó de vanidad. "Nosotros somos el pueblo de Dios —decían— los elegidos. Esas otras naciones son los paganos. Nosotros somos los privilegiados, la nación santa".

Se olvidaron del resto del mundo, y no solo no se convirtieron en sacerdotes para otros pueblos, sino que llegaron a necesitar sacerdotes ellos mismos. Habían sido elegidos para ejercer el sacerdocio entre Dios y el resto de los pueblos; pero olvidaron su papel hasta el extremo de que el Señor tuvo que darles sus propios sacerdotes. De esta manera, los levitas fueron apartados para confesar los pecados de Israel y para ofrecer sacrificio por su gente. ¿Y qué pasaba con el resto del mundo? La actitud de los judíos era "¡Que se mueran!". para ellos, las otras naciones representaban la basura, de modo que el trabajo nunca se realizó: no manifestaron el amor de Dios al mundo entero.

En estos tiempos, las mismas palabras que fueron dirigidas al pueblo de Israel en el monte Sinaí se nos han dicho a los que creemos en Jesús:

También ustedes son como piedras vivas, con las cuales se está edificando una casa espiritual. De este modo llegan a ser un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por medio de Jesucristo... Pero ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable.

—1 PEDRO

En el Libro de Hechos, CAPÍTULO 13, vemos a quienes ejercían el sacerdocio en acción. En la iglesia de Antioquía, había profetas y maestros, entre los que se encontraban Pablo y Bernabé. Estaba "ministrando al Señor", actuando en el sacerdocio. ¿Y qué decían? La Biblia nos lo cuenta, pero ministrar es satisfacer las necesidades de una persona; ellos estaban supliendo las que tenía el Señor.

¿Y cómo ministraban? Durante muchos años, no lo supe, porque en el seminario nos enseñaban a satisfacer las necesidades de las personas, pero nunca ministrarlo a Él. Sin embargo, por el contexto, podemos saber lo que estaban haciendo, El Espíritu dijo: Apártenme ahora a Bernabé y a Saulo para el trabajo a que los he llamado" (Hechos 13:2). Y la Iglesia los despidió. En otras palabras, le habían estado preguntando al Señor: "¿Y qué del resto del mundo, Señor?", Admiro el espíritu que tenía el pueblo de Dios en Antioquía. Nunca se quejaron de que el Señor tomara a sus pastores y los enviase a otras naciones, ni dijeron: "No, queremos que ese pastor se quede aquí, vamos a votar para conservarlo". Mientras ministraban, le preguntaban: "Vamos, Señor, ¿qué del resto del mundo?"

La respuesta de Dios fue que separaran a sus mejores pastores y los enviaran a otros lugares. Dos de ellos, mandados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia y, de allí, a Chipre. Ese fue su primer viaje misionero. Ellos estaban ejerciendo el sacerdocio, nación santa, linaje escogido.

¿Qué significa la palabra sacerdote?

Este término trae a nuestras mentes hombres con largas vestiduras negras, pero no se refiere a eso. Un sacerdote es el que media entre el hombre y Dios. Otra palabra para designarlo es intercesor, que significa "situado en dos partes". El sacerdote quiere adelantar el Reino de Dios: promover los negocios del Señor, sus caminos, sus deseos entre los hombres, y también se preocupa por los asuntos del hombre en la presencia de Dios. Es un árbitro entre dos partes, lo que no siempre es un trabajo fácil. De esta manera, en realidad, un sacerdote es un amigo. Un amigo de Dios que goza de influencia con Él, y también del hombre. Ministra al hombre a favor de Dios y a Dios a favor del hombre. Algunas veces no resulta fácil ser amigo de Dios y del hombre al mismo tiempo; es algo así como cuando uno se encuentra en una ruta de dos direcciones: uno puede golpearse por ambos lados. Esa es la misma esencia del sacerdocio: tener amistad con ambas partes. Si tú no tienes acceso a, aceptación de y amistad con una de ellas, no puedes ejercer el sacerdocio.

¿Qué significa ejercer como sacerdote, ministro, intercesor? Un ministro es alguien que satisface las necesidades de los hombres. Cuando una persona necesita esperanza, sanidad, perdón o consejo, el Señor utiliza a distintos sacerdotes suyos para suplir esas carencias. Por ejemplo, si me dan mil dólares para repartirlos entre diez personas menesterosas, mi responsabilidad es administrarlos para ellas, y debo pensar en la mejor manera de satisfacer sus necesidades. Sin embargo, también hemos de administrar a Dios. "¿Pero tiene Dios alguna necesidad?", te preguntarás. Lo creas o no, Dios tiene tremendas necesidades y precisa en gran manera nuestros servicios; por eso

nombra sacerdotes o intercesores. Déjame citarte un ejemplo de las Escrituras. Lo encontrarás en Ezequiel 22. Todo ese CAPÍTULO describe la horrible condición social, política y espiritual en la que se encontraba el pueblo de Israel. El versículo 29 lo resume así: "Los terratenientes roban y extorsionan a la gente, explotan al indigente y al pobre, y maltratan injustamente al extranjero" (Ezequiel 22: 29).

¿Cuál era la actitud de Dios hacia ese trágico estado de cosas? "Yo he buscado entre ellos a alguien que se interponga entre mi pueblo y yo, y saque la cara por él para que yo no lo destruya. ¡Y no lo he hallado!" (Ezequiel 22:30). Al no encontrar a ningún hombre que hiciera tal cosa, tuvo que castigarlos como nación y entregar a un enemigo, con objeto de detener todo ese sufrimiento que estaban trayendo sobre sí mismos. Dios se encontraba enojado por la forma en que afligían al pobre, al anciano y al indefenso; pero no quería destruirlos a causa de su pecado. Buscaba tan solo una persona que se pusiese en la brecha delante de Él a favor de la nación de Israel, pero no pudo encontrar a ninguna. De haber hallado Dios a alguien con el corazón así, no los habría castigado. Sin embargo, no había siquiera un sacerdote, un intercesor en todo el pueblo.

Uno de los grandes problemas de la Iglesia de este tiempo es que no creemos en un Dios personal, vivo, un Dios existencialista. En vez de ello, nuestro Dios es un conjunto de reglas y doctrinas.

Si hacemos lo que dicen dichas reglas y estamos de acuerdo con las doctrinas, entonces, podemos sentirnos seguros. En caso contrario, tenemos temor. ¡Nuestro Dios es personal! Está lleno de sentimientos y emociones. Se trata de una persona que se siente feliz y también se enfada, se ríe y llora. Es alguien con quien podemos hablar, a quien se le pueden explicar las cosas, con el cual nos es posible razonar y, además, nos comprende; una persona sensata, lógica. Puedes venir delante de su presencia y decirle: "Señor, ¿qué hay de esta situación?", y Él escucha. Dios no es un libro lleno de reglas, sino una persona. Él necesita amigos, y los está buscando. Cierto obispo de la India expresaba que había sido un hombre muy religioso antes de convertirse al cristianismo. Había adorado en todo templo imaginable, pero una palabra lo hizo cristiano: "acceso". Nunca encontró acceso de sus dioses en todos aquellos templos, aunque había cantidad de estos; pero sí lo obtuvo a través de Jesucristo. La idea clave del Nuevo Testamento es que tenemos acceso a Dios. Pero somos demasiados conscientes del concepto "antiguo testamentario" de Dios y decimos: "Venimos a tu presencia…". ¡Dios está cansado de todo esto! Quiere amigos que lo llamen Abba ("papá").

En una ocasión, el Príncipe de Gales llegó de visita a la Argentina. Cuando arribó, tuvimos todo tipo de ceremonias. Apenas descendió del avión, se dispararon varios cañonazos; luego, empezó la música seguida de los saludos formales de los funcionarios del Gobierno. Imagino que, al quedarse solo en el hotel, habrá exclamado: "Uffff'. ¿Habrá dicho eso el Príncipe de Gales?, claro que sí. ¿Piensas que vive dentro de

un esmoquin? No. También se pone pijama. Se cansa del protocolo. Creo que Dios quiere tener comunión con nosotros cuando nos encontramos fatigados y nos sentamos sin zapatos o mientras nos relajamos en la bañera. Pero somos demasiado sofisticados y hacemos uso de todo el protocolo que lo aburre. Dios es una persona que brinda amistad. Él quiere sentarse a tu lado Y decirte: "Hijo, te amo". Ydesea que tú también le digas que lo amas. por esta razón envió a Jesús al mundo, para abrirnos acceso de tal manera que pudiéramos ser sus amigos. En realidad, algunos de los amigos de Dios no fueron tan santos que digamos.

David era un hombre según el corazón de Dios, pero miren las cosas que hizo. También Abraham, el amigo del Señor, actuó mal muchas veces. iDe hecho fue uno de los peores! Su padre era un fabricante de ídolos, así que él creció adorándolos. Antes de que Dios Io llamara, no se portaba demasiado bien. Pero Él lo hizo amigo suyo por gracia, proponiéndose bendecir al resto de la humanidad a través de él. La razón no era que Abraham fuese alguien especial, sino que Dios lo necesitaba como amigo. "Serás mi preciado amigo —le prometió el Señor— y de ti también nacerá toda una nación que será amiga mía. Aunque soy el Dios de todos los pueblos, te escojo para que estés cerca de mí, para bendecir al resto de la humanidad". Este es el verdadero propósito de nuestra amistad con Dios: no se trata de satisfacer nuestro ego y de que podamos decir: "Soy amigo de Dios".

En una ocasión, Dios fue a la tienda de Abraham por la mañana ypasó todo el día con él (Génesis 18). ¡En realidad, el Señor durmió en la tienda del patriarca! Qué hermoso es tener a Dios durmiendo en nuestra tienda... Y, mientras Sara preparaba pan, yogurt y otros platos, Abraham conversaba con Dios. A Él le encanta la amistad. Luego, antes de partir, le dio a su amigo la tremenda noticia del nacimiento de Isaac.

¿Imaginas a Dios viniendo a pasar todo el día contigo? Los predicadores dedicamos cinco minutos a eso, y cinco a lo otro. Pero Dios pasó todo el día en casa de su amigo solo para darle las buenas noticias acerca de Isaac. Vemos estos gestos de la amistad de Dios a través de todas las Escrituras: Él toma verdadero interés en sus amigos.

"Bueno —dijo Dios—, tengo que irme". Luego, pensó para sí:

"Voy a destruir las naciones vecinas de Sodoma y Gomorra porque sus pecados están subiendo hasta el cielo. Esta gente se encuentra cerca de Abraham, y no le he dicho lo que determiné. Debería decírselo. ¿Qué clase de amigo es el que no le cuenta al otro sus secretos? Creo que debería ponerlo al tanto". Entonces, dijo:

—Abraham, ven.

—Sí, Señor —contestó—. Aquí estoy.

—Eres mi amigo y tengo algo para compartir contigo. Voy a destruir a Sodoma y a Gomorra.

—Pero ¿por qué? —preguntó Abraham.

—Porque su maldad ha llegado hasta el cielo, y estamos cansados de esta. Están trayendo para sí mismos tal desgracia que no nos queda otra opción.

—Espera un momento —intervino el patriarca—. Hasta ahora no había conocido esa faceta tuya. ¿Verdaderamente vas a destruir esas ciudades?

—Sí, a causa de su maldad —le contestó Dios.

—¿No hay ningún justo que viva allí? ¿Todos se han apartado del buen camino? ¿Destruirás al justo con el injusto? ¡Me cuesta trabajo creerlo de un amigo mío!

—Bueno, no. No quiero exterminar a los justos. Si hay cincuenta personas rectas en la ciudad, no la destruiré.

—Eso está bien. Pero ¿qué pasará si hay solo cuarenta y cinco?, ¿la destruirás igual?

—Claro que no —aseguró Dios.

—Y supón que no fuesen cuarenta y cinco —insistió Abraham—. ¿Qué me dices si únicamente hay cuarenta, treinta o veinte? ¿Y si se encontraran solo diez?

—No, no destruiré la ciudad con que haya diez.

—Ah, eso está mejor. Ya sabía que eras realmente así. ¡Eres estupendo! pero no había diez. El único justo era Lot. Cuando Dios llegó a la ciudad, recordó la preocupación de Abraham, y sacó a Lot y su familia de allí antes de destruirla. Lo hizo a causa de Abraham. ¡Qué poderosa amistad!

Hay muchos ejemplos de estos en la Biblia. A Dios le gusta tener amigos que conozcan su naturaleza y se pongan en la brecha entre Él y el hombre. Eso significa ejercer el sacerdocio del creyente, y comprenderlo en los tiempos que vivimos es sumamente importante.

CAPÍTULO 1 3

Guarda tu protocolo para el presidente

La situación en los tiempos del Diluvio era tan terrible que Dios no podía soportarlo más. La Tierra entera estaba corrompida y había en esta una violencia desenfrenada. Todo pensamiento que los hombres tenían se refería a cómo hacerse más daño unos a otros. Por lo tanto, decidió terminar con todo aquello. Noé era su amigo y, cuando el Señor determinó destruir toda la Tierra, fue él quien estuvo entre Dios y el hombre ejerciendo el sacerdocio. Un buen sacerdote no emplea su influencia para salvarse a sí mismo, sino que tiene en mente al resto del mundo; esta es la razón por la que se lo eligió para esta misión.

Después del Diluvio, una vez que Dios manifestó toda su ira, meditó en lo que había sucedido en la Tierra. Toda la creación había pecado contra el Señor sin arrepentirse y, como resultado, fue necesario destruirla. Cuando el agua se retiró, Noé salió del arca y edificó un altar. Luego tomó un animal de cada especie que Dios había declarado aceptable para el sacrificio, y lo ofreció sobre el altar. Dios percibió el grato olor de la ofrenda de Noé.

—¿Qué es esta agradable fragancia? —Y se acordó Dios de Noé y de su familia y de su fidelidad.

—Nunca más destruiré la Tierra de esa manera. No volveré a maldecirla, ni dejaré que llueva tanto otra vez. Pondré un arco en el cielo para recordarles a ellos de mi pacto.

El ministerio del sacerdocio consiste en cambiar actitudes: la del hombre hacia Dios y la de Dios hacia el hombre. Este es el poder del sacerdocio.

El recibir un llamamiento al sacerdocio supone una tremenda responsabilidad; muchas vidas dependen de cómo actuamos en esta tarea. Si olvidamos lo que es ser pecadores y empezamos a juzgar y a condenar a la gente en lugar de amarla, nos pareceremos a Jonás, quien fue llamado al sacerdocio, pero no hizo muy buen trabajo. Nínive era una ciudad pecaminosa, y Dios le dijo al profeta Jonás: "Ve, y di a los ninivitas que voy a destruirlos, que ya estoy harto de su maldad".

Jonás no quería ir porque no le importaba toda aquella gente:

"¡Que los destruya!", decía para sí mismo. Entonces, Dios tuvo que persuadirlo de que fuera por medio de un pez.

Jonás tendría que haber hecho lo que hizo Abraham, pero no lo hizo. Él se alegraba de que los ninivitas fueran destruidos. Nosotros necesitamos sacerdotes que, cuando saben que una calamidad se cierne en una ciudad o en país, se presenten delante de Dios y digan: "No, por favor, no los destruyas". Pero la actitud de Jonás era como la de algunos de nosotros hoy: "¿Así que vas a destruirlos? Bueno, se lo merecen". Cuando Dios no destruyó Nínive, Jonás se enfadó. "Por esa razón yo no quería ir allá —dijo—. Sabía que los perdonarías si se arrepentían"

En lugar de Jonás, fue el pagano rey de Nínive quien se convirtió en el intercesor por la ciudad. Permaneció en la presencia de Dios a favor del pueblo, y ayunó. "¡¿Qué es eso?! —exclamó Dios—. ¡Mira lo que está haciendo! ¿Cómo puedo destruirlos?". Así, Nínive fue perdonada.

Uno de los más grandes intercesores fue Moisés. Él sí sabía lo que significaba ser sacerdote. ¿Recuerdas aquella ocasión cuando Dios se enojó con el pueblo en el desierto? "No puedo soportarlo más —dijo a Moisés—, voy a destruirlos, y de ti haré una gran nación en su lugar".

Moisés no estaba interesado en sí mismo, porque tenía el amor de Dios. Toda su preocupación era por el pueblo; estaba dispuesto a arriesgar su propia vida identificándose con ellos. Comprendía el principio que había detrás de las palabras de Jesús cuando dijo: "Si realmente queremos seguirlo y ser sacerdotes como Él (es nuestro Sumo Sacerdote), estaremos dispuestos a tomar una cruz igual que Él y a sacrificar nuestras vidas por las de otros, a fin de mostrar el amor que Dios les tiene".

Moisés le contestó a Dios:

—No me quitaré de en medio. Si los destruyes a ellos, tendrás que destruirme a mí también.

—¿De qué estás hablando, Moisés? —preguntó Dios.

—Quiero decir exactamente lo que has oído. Quítame de tu libro. Todos dirán: "Mira, su Dios los sacó de Egipto para quebrantarlos en el desierto. ¡Fíjate! No me conformaré con lo que hagas".

—Pero, Moisés, a ti no te pasará nada. Simplemente, deja que destruya a toda esa gente perversa y comenzaré de nuevo haciendo de ti una nación.

—¡Espera un momento! ¿Es necesario matarlos a todos?

Moisés tocó el corazón de Dios. Porque Él no es un conjunto de reglas, ni una lista de "Haz esto" y "No hagas aquello". No es alguien que condena y con quien no se puede razonar. Se trata de una persona; tú puedes hablarle.

Jesús vino en un cuerpo humano, como el nuestro, para ser el sacerdote más grande que el mundo haya tenido. Él vivió en esta Tierra; conoce perfectamente la condición del hombre. No tenemos un Sumo Sacerdote que sea incapaz de sentir compasión, porque Él pasó por todas nuestras experiencias humanas. También conoció el poder de la tentación. Podemos hablar con Él y cambiar la actitud de Dios respecto de una situación determinada. El problema por el que no somos buenos en el sacerdocio hoy es que no sabemos demasiado acerca de la amistad. En lugar de una relación, tenemos una religión. Si, en lugar de todo nuestro protocolo, tuviésemos una relación, entenderíamos el corazón de Dios y sabríamos cómo tocarlo y cambiar su actitud hacia la gente de quienes se nos ha nombrado para el sacerdocio.

¿Qué pasaría si yo le dijese a mi esposa: "Señora Ortiz, vengo a su presencia en este día"? ¡Si Io hiciera, nuestro matrimonio no duraría mucho! De igual manera, Dios quiere disfrutar de la amistad que existe en una familia. Él es nuestro Padre, no un conjunto de reglas: es una "persona". Esto no es solo un concepto: se trata de una realidad. Yo he experimentado esta maravillosa comunión con Dios personalmente. A Él le gusta ese tipo de amistad y la está buscando contigo. Las personas suelen decirme: "Pero a mí me agrada el protocolo, la formalidad, cuando me dirijo a Dios". Y yo les respondo: "Sí, pero ¿qué me dices de lo que le agrada a Dios? Si a ti te gusta un modo protocolar, guárdalo para el presidente o para la reina; pero no se lo ofrezcas a Dios. Estamos aquí para ministrarlo, y no para sentirnos bien siendo tan religiosos".

Nuestro primer hijo, David, dormía todo el día y lloraba toda la noche. Después de algunos meses así, nos sentimos deprimidos e irritados porque no podíamos descansar; entonces le dije a Marta:

"Le voy a dar unas palmadas. Tiene que aprender que la noche es para dormir". Encendí la luz, y fui a su cama; allí estaba David sonriente y diciendo: "Gu, gu.„". "Mira al pequeño —le dije a mi esposa—, ¿cómo puedo darle unas palmadas a un niño que sonríe?".

Dios es una persona con sentimientos. Noé, Abraham, Moisés y muchos otros cambiaron su actitud del mismo modo que yo lo hago con la de mis hijos y con la de mi esposa, y ellos saben cómo cambiar la mía cuando estoy enfadado. Un sacerdote es alguien que reconcilia a dos partes en conflicto. Ha recibido el ministerio de la reconciliación, y su gozo consiste en ver que ambos se arreglen. No hay nada más importante para Él que esto. Igual que Moisés (que estaba dispuesto a poner su vida para que sea posible), un pastor de Nueva York, David Wilkerson, se enfrentó a la policía en defensa de algunos drogadictos. Todas las personas los acusaban, pero Wilkerson estuvo dispuesto a luchar por ellos y, como consecuencia, ganó el amor de aquellos

adictos. Un sacerdote debe ser amigo de ambas partes, y no alguien parcial. De esta manera, cuando queremos producir la conciliación entre el hombre y Dios, primero le hablamos a una de las partes.

"Señor —decimos—, yo lo entiendo: soy exactamente como él. Pero, como Tú nos has creado, tienes derecho a hacer lo que desees". Luego continuamos: "Sabes que hemos sido malos desde nuestra juventud, sin embargo, Tú derramaste la sangre de Cristo por toda la Tierra...". "Vamos —le decimos al hombre—, Dios te recibirá". Y a Dios le decimos: "Señor, ¿no querrías dejarlo entrar?".

Estamos en la brecha, tratando de conseguir la paz, de manera que tenemos que hablar bien de los hombres de Dios y bien de Dios a los hombres. Muchas veces, nos conducimos como chismosos, diciendo: "¡Mira lo que hacen! ¡Eso es terrible!", y de esa manera es tamos queriendo que Dios condene a la gente. Entonces, no somos mejores que Jonás, ni idóneos para el sacerdocio.

Algunos profetas suelen pronosticar que California se hundirá en el mar; quieren que esto suceda para corroborar que su profecía es cierta. No necesitamos ese tipo de sacerdocio, sino aquellos que digan: "¡No, Señor! ¿Vas a hundir ese hermoso estado en su totalidad?". ¿Piensas que le agradarás a Dios diciendo: "Sí, Señor, ¿destrúyelos a todos?" No, porque Él te preguntará a ti: "¿Y tú qué hiciste con ellos? Yo busqué a un hombre que pusiese delante de mí a favor de la Tierra para que no la destruyeses. ¿Dónde estabas tú?"

Dios ama al mundo, y creo que todos sus movimientos fueron siempre motivados por amor. Él llamó a Abraham, Moisés y a un sinfín más para que estuvieran en la brecha entre Él y la gente del mundo. Los llamó porque amaba este mundo. Luego mandó a su propio Hijo para que fuese el gran Sumo Sacerdote, para que se levantara como amigo de ambas partes. Y Él te ha colocado a ti donde estás para que des a conocer el amor de Dios a los que lo rodean.

El sacerdocio universal de los creyentes es una de las grandes doctrinas del Nuevo Pacto. Todo creyente es sacerdote. Dios dijo: "Falló en el caso de Israel, pero con la Iglesia no fallará. Haré de ella un reino de sacerdotes". Nosotros estamos en la Tierra para mediar entre el mundo y Dios; sin embargo, les decimos a nuestros ministros: "Por favor, ore por mí", y eso los coloca a ellos entre Dios y nosotros. ¿Y qué pasa con las personas que no pertenecen a la Iglesia? No tenemos tiempo para ellas; estamos centrados en nosotros mismos en lugar de actuar como sacerdotes. Estoy en el púlpito desde que tengo catorce años. Crecí pasando todo mi tiempo con la Nación Santa. Era un buen feligrés y siempre tuve comunión con los profesores del seminario o con los pastores.

Un día, descubrí que no sabía qué hacer con los problemas a los cuales se enfrentaba la gente en sus fábricas y oficinas, así que decidí conseguir un trabajo para

aprender a ministrarlos, Quería tener contacto con sus necesidades. Seguí en el pastorado, pero tomando aquel empleo como parte de mi labor ministerial. Necesitaba saber cómo vivía la gente. En mi primer día de trabajo, mis compañeros empezaron a contarme todos los chistes verdes y picantes que conocían. ¡Nunca en mi vida había oído semejantes cosas! No podía creerlo. El lunes por la mañana, todos llegaban al trabajo y contaban cada una de las acciones pecaminosas que habían cometido el sábado y el domingo: las mujeres con quienes se habían acostado, cómo se habían emborrachado... En fin, un cúmulo de hechos muy poco edificantes. Traían fotos a la fábrica, y yo me decía: "¡Madre mía! ¿Es ahí donde viven los miembros de mi Iglesia? Entonces, no estoy ministrándolos en absoluto. Les cuento historias bíblicas acerca del milenio y las siete trompetas; pero no es eso lo que necesitan. Ellos necesitan saber cómo hacerles frente a las situaciones en las que transcurren sus vidas".

Muchos cristianos dicen horrorizados: "¡Mira lo que hace ese individuo! ¡Fíjate en qué ciudad tan perversa! Señor, ¿cómo puedes perdonarlos?" Dios no necesita a esas personas que juzgan, ni nosotros tampoco. Tenemos tanto miedo de contaminarnos del mundo que olvidamos que el que está en nosotros es mayor que el que está en el mundo. Tenemos que amar a las personas y mezclarnos con ellas, como hizo Jesús. Él se convirtió en nuestro pariente cercano. Se encarnó y habitó en nosotros. Él no se separó del mundo, ni puso un cartel sobre su puerta que proclamara: "Iglesia de Jesús". Tampoco esperaba que la gente fuese a El, sino que Él iba a la gente.

Cuando Jesús fue a casa de Mateo y la encontró llena de publicanos y pecadores, la gente religiosa dijo: "Mira eso, no puede ser un profeta; está en casa de Mateo, y el sitio se encuentra atestado de pecadores. Allí hay drogas, cartas, prostitutas... ¿Acaso no sabe la clase de gente que es esa? Si fuese profeta, los conocería y los evitaría", Pero Jesús iba de todas maneras y les contaba historias acerca del Reino de Dios, porque no había ido para condenar, sino para salvar. Nosotros somos demasiado santos y olvidamos fácilmente lo que se supone ser pecador. Nos juntamos en los sectores reservados para los no fumadores, y dejamos morir a los fumadores. Para ejercer el sacerdocio, debemos ser amigos de ambas partes, con el objeto de reconciliarlas. Debemos involucrarnos en las vidas de las personas para llevarlas a Cristo. Esto es lo que significa ser un intercesor: uno que media entre dos partes.

Pablo le escribió a Timoteo:

Así que, recomiendo, ante todo, que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos, especialmente por los gobernantes y por todas las autoridades, para que tengamos paz y tranquilidad, y llevemos una vida piadosa y digna. Esto es bueno y agradable a Dios nuestro Salvador, pues Él quiere que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad.

—1 TIMOTEO 2:1-4

Esto es lo que agrada a Dios, un amor por todos los hombres, y no que digamos: "Dios juzga a esos terribles pecadores". A Dios no le gusta ese tipo de oración. Él quiere que todos los hombres sean salvos, y debe entristecerse cuando nos ve tan egocéntricos y únicamente preocupados por nosotros mismos. ¡Aleluya, vamos al Cielo! Sí, pero ¿qué pasa con las demás personas? El tener esa actitud desagrada a nuestro Salvador, porque Él desea que todo el mundo vaya al Cielo. La Biblia dice: "Porque de tal manera amó Dios al mundo". Cambiémoslo por "Porque de tal manera amamos nosotros al mundo que haremos cuanto podamos para que sea salvo". Esto es lo que significa ejercer el sacerdocio del creyente.

CAPÍTULO 14

No podemos escoger a nuestros hermanos

En cierta ocasión, estuve en un culto donde el pastor predicó en contra del fumar y pidió que todos aquellos que quisieran abandonar el tabaco llevaran sus cigarrillos al frente. Fue muy conmovedor ver a la gente llevar sus cigarros, cajas de fósforos y encendedores, tirarlos en el suelo para que todo el mundo pudiese pisotearlos y andar sobre estos. Me alegró de una manera especial ver allí gente joven. ¡Qué testimonio! Pero, algunas veces, me parece que colamos el mosquito y nos tragamos el camello. En la Biblia hay amonestaciones mucho más claras que el "No fumarás". Miremos, por ejemplo, la oración de Jesús a su Padre:

NO ruego solo por estos. Ruego también por los que han de creer en mí por el mensaje de ellos, para que todos sean uno. Padre, así como tú estás en mí y yo en ti, permite que ellos también estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, así como nosotros somos Uno: yo en ellos y tú en mí. Permite que alcancen la perfección en la unidad, y así el mundo reconozca que tú me enviaste y que los has amado a ellos tal como me has amado a mí.

—JUAN 17:20-23

¿Tienes alguna duda respecto de que la Biblia afirme claramente que la Iglesia debe ser una? Las Escrituras son absolutamente explícitas en su revelación de la unidad y universalidad de la Iglesia de Jesucristo. Pero no somos uno. Sal a dar un corto paseo en automóvil y verás cuántos diferentes edificios de culto cristianos hay en tu comunidad; tal vez tres o cuatro. Estos distintos edificios proclaman: "Estamos divididos". No estaría mal que todas las iglesias de un mismo vecindario utilizasen el mismo edificio en diferentes ocasiones, poniendo su propio cartel en la puerta solo cuando estuvieran usando el inmueble. Pero eso no nos gustaría. El problema es que

pensamos en el pecado solo en términos de asesinato, robo, adulterio o mentira. Nos sentimos horrorizados cuando alguien le es infiel a su cónyuge, incluso ¡nos espanta que fumen cigarrillos! Condenamos los pecados de la carne mientras pasamos por alto los del espíritu. Ya es hora de que tomemos conciencia de que nuestra división es muy pecaminosa desde el punto de vista de Dios.

La oración de Jesús se registró con la intención de que nosotros escucháramos. De hecho, si no es contestada, se nos pedirá cuenta por ello. Es como si Jesús orase en voz alta en medio de nosotros. Él quería que su oración se tomara con responsabilidad.

Cuando mis hijos quieren algo de mí, oran en voz alta: "Señor, toca el corazón de papá para que nos lleve a Disney". Ellos quieren que yo escuche su petición porque tienen el deseo de que sea contestada. Jesús rogó en voz alta para que su oración quedase registrada en nuestras Biblias, en cada uno de los diferentes idiomas. Está en todas las Biblias. Se dijo en voz alta para que todo el mundo pudiera comprender cuál era el mayor y más profundo deseo del corazón de Jesús. En eso tenía puesta la mente mientras se preparaba para ir a la cruz; de esta manera, es muy importante que también nosotros pongamos en ello nuestro pensamiento. No nos llamamos cristianos porque Cristo es el centro de nuestro mensaje, de nuestra vida y de nuestro sistema eclesiástico. Él es el centro de todos; por eso tenemos cruces en el exterior de nuestros edificios, dentro de estos, y muchas veces sobre nuestra persona. Predicamos a Cristo, oramos a Cristo, alabamos a Cristo, hablamos de Cristo…

En nuestro Instituto Bíblico, teníamos una tremenda expositora de los evangelios, que nos enseñaba no solo la letra, sino la vida de estos. Recuerdo que había llegado al CAPÍTULO 17 de Juan y dijo: "Esta es la oración de Jesús, así que vamos a leer el CAPÍTULO de rodillas" Y así lo hicimos. ¿Cuál es la razón de que nos esforcemos tan poco por cumplir este deseo de Jesús, si lo amamos tan profundamente y predicamos tanto de Él? ¿Por qué no actuamos según su Palabra para que su gozo sea cumplido?

En realidad, nosotros, los pastores, somos los responsables porque representamos el liderazgo de la comunidad cristiana. Somos nosotros, de modo especial, quienes necesitamos prestar atención a la oración de Jesús. Podemos ser buenos ministros de nuestras denominaciones pero, cuando me ordenaron, aunque lo hicieron en una iglesia denominacional, me dijeron que estaba siendo consagrado como ministro del Señor Jesucristo. ¿Qué significa esto? Mi fidelidad, mi lealtad, mi compromiso, en primer lugar, es con Él, y luego con la denominación. Ahora bien, la Iglesia es una y universal. Solo hay una Iglesia en todo el mundo; pero esta tiene sus expresiones en cada localidad. La Iglesia en Niágara Falls es el grupo de miembros que forman parte de esa iglesia universal y que, al mismo tiempo, viven en Niágara Falls. La

Iglesia en Buffalo está compuesta por aquellos miembros de la única iglesia, que residen en dicha localidad. Esta es la razón por la que la Biblia habla de la Iglesia en Corintos, la Iglesia en Antioquía, la Iglesia en Tesalonicense, etc. La Biblia es contundente en la revelación de estas dos dimensiones de la Iglesia: la universal y la local. El problema de hoy es que tenemos una tercera clase de Iglesia que no es ni universal, ni local: es denominacional. Esto nos crea una dificultad importante, ya que no hay revelación en las Escrituras referente a la formación de una denominación. Podemos leer el Nuevo Testamento de tapa a tapa, y no lo encontraremos.

¿Qué hacemos entonces con nuestras denominaciones? No nos es posible destruirlas porque han llegado a ser una forma de vida para nosotros. También aquellos que vemos la visión de la Iglesia como Jesús la proponía que fuera, por lo general, no estamos en una posición de poder cambiar el sistema. Así, lo mejor que podemos hacer es, sencillamente, vivir como una sola Iglesia, como si no existieran nuestras denominaciones. El problema, realmente, no es la denominación en sí —si creemos eso, nos estamos engañando— el inconveniente somos nosotros. La denominación supone solo otra excusa para que nuestra carne se enrede en la división, hecho que le agrada. Es un pretexto para el orgullo, los celos y la envidia.

"Ellos tienen órgano —dice la iglesia número dos de la ciudad— ; deberíamos comprar uno nosotros también, pero más grande".

"Ellos cuentan con más asistencia —expresa la iglesia más pequeña—, pero no son santos. Nosotros somos menos, pero tenemos santidad".

Aun en la misma congregación contamos con divisiones. Hay, por ejemplo, rivalidad entre los diáconos y los ancianos. El problema es la carne, y no el sistema. Este representa únicamente una de las muchas formas que encuentra la naturaleza carnal para expresar su carácter de división. Martín Lutero dijo que el Papa era el anticristo, y la Iglesia católica, la gran ramera del libro del Apocalipsis. ¡No resulta extraño que lo hayan excomulgado! Por mucho menos nos harían lo mismo a nosotros hoy en nuestras denominaciones. Así los podemos protestantes se dividieron de los católicos, y se fragmentaron luego muchas veces más. De esto resultaron cientos de denominaciones.

Yo amo a Martín Lutero, y creo que jugó un papel muy importante en la historia de la Iglesia. Esto, sin embargo, no significa que todo lo que hizo estuvo bien. Allí hubo una mezcla de carne y del Espíritu, tal como sucede con nosotros. Esto es lo que produce el problema que tenemos; las divisiones son una obra de la carne. La naturaleza de la Iglesia es ser una. No es posible que sea de otra manera, porque la Iglesia es de Dios, que es Uno. Aunque Dios sea Padre, Hijo y Espíritu Santo, es uno; su naturaleza es una.

¿Recuerdas cuando Moisés recibió el llamamiento para liberar de Egipto a los hijos de Israel? Dios le habló en el monte, desde una zarza que ardía, llamándolo:

—¡Moisés!

—¿Quién eres? —preguntó—. Dime tu nombre.

—¿Mi nombre? —contestó Dios. En ese momento, Dios pensó: "Pobre Moisés, está tan acostumbrado a tantos dioses diferentes que piensa que soy uno de ellos, así que quiere que le dé mi nombre y que me identifique"—. Moisés, yo no tengo nombre.

—¿Cómo es eso? —preguntó.

—Porque, aparte de mí, no hay ningún Dios.

¿Comprendes? Necesitamos nombres para identificar a una persona de otra porque somos muchos. A Eva había que ponerle su propio nombre porque ya había un Adán; si él se hubiera quedado solo, únicamente habría sido él mismo, sin nombre.

—Vamos, Señor —pidió nuevamente Moisés—. Dime cómo te llamas. ¡Necesito un nombre!

—Bueno, diles que "Yo Soy" el que te ha enviado. —¿Yo soy qué?

—No, no. "Yo Soy". Nada más. No hay otro.

—Pero no puedes...

—Moisés, Yo Soy el que Soy. Ve y diles: "Yo Soy el que me ha enviado a vosotros".

—¡Qué nombre tan raro!

Lo primero que las personas me preguntan es lo siguiente:

—Hermano Ortiz, ¿de qué iglesia es usted? —De la Iglesia— les respondo.

—¿De la iglesia qué?

—De la Iglesia, de la Iglesia y punto. —¿La iglesia "Y Punto"?

—No, no... Y punto no es el nombre de la iglesia; quiero decir "la Iglesia". Mira las Escrituras y dime si encuentras un nombre para la Iglesia. Es, sencillamente, la Iglesia de Dios. La iglesia es la Iglesia. Significa "los llamados afuera" por el Señor; está formada por aquellos a los que Dios ha llamado a salir del reino de las tinieblas y entrar en el suyo.

¿Fuiste llamado afuera? Entonces, perteneces a la misma Iglesia que yo. Por naturaleza, la Iglesia es una, porque a todos se nos ha llamado a salir de todo lo demás para entrar en el Reino de Dios. Realmente, no deberíamos hablar de que la iglesia está dividida. Tú puedes dividir el número diez en diez, uno, cinco, dos y también un grupo de cinco lo puedes dividir. Pero loque no puedes hacer es dividir el uno. La Iglesia es una y no es posible dividirla; una unidad solo puede romperse. Cuando a una persona le amputan una pierna, esta no dice: "Han dividido mi cuerpo", sino: "Me han cortado una de mis piernas". Así también la Iglesia no se divide, no se rompe a pedazos, y el trabajo del ministerio consiste en unir esos trozos e intentar sanarla para que actúe como una sola.

En los días del rey Salomón, hubo dos mujeres, cada una de las cuales dio a luz a un niño la misma noche. Ambas se encontraban durmiendo con sus bebés cuando una de ellas se dio vuelta y aplastó a su hijo. Como la otra mujer estaba durmiendo, le robó el suyo y puso al niño muerto en la cama de ella. A la mañana siguiente, la mujer descubrió al pequeño muerto, pero reconoció que, en realidad, no era el suyo, sino que su bebé era el vivo. Como nadie había presenciado el cambio, se entabló la disputa. Las dos pretendían que el niño vivo le pertenecía. Entonces, se lo llevaron a Salomón para que lo juzgara.

—Las dos mujeres afirman ser las madres del mismo bebé — dijeron al rey—, y no hay testigos, no sabemos qué hacer.

—Eso es ridículo —contestó Salomón—. Si ambas pretenden que la criatura es suya, divídanla. Tráiganme a la criatura y una espada. Lo dividiremos ahora mismo y le daremos la mitad a cada una.

—No. No lo dividan —exclamó la verdadera madre—: déselo a ella.

—Sí, divídanlo —expresó la otra mujer.

En la actualidad, tenemos el mismo problema con la gente. Algunos, cuando hay cuestiones sobre las cuales hay dos partes que están en desacuerdo, dicen: "Dividan". Otros dicen: "No", porque comprenden que un cuerpo no puede dividirse sin que muera. La dificultad con la Iglesia, hoy, es que hemos perdido de vista el hecho de que hay un mundo por conquistar. La Iglesia primitiva estaba solo empezando. Era pequeña, pero conquistaban. Adonde quiera que fueran por toda la Tierra, un deseo los consumía:

hacer que todo el mundo adorara a Jesucristo. Ellos predicaban a Jesús, y no a la teología sistemática.

El objetivo de la primera Iglesia no era tener una congregación mayor para poder decir: "La nuestra es más grande que aquella".

Tampoco consistía en formar denominaciones separadas sobre la base de ciertas doctrinas y llamarse metodistas, presbiterianos. Su único propósito era extender el Reino bajo Jesucristo. Tenían unidad porque estaban centrados en Jesús. Hoy no estamos bajo Cristo, sino bajo nuestras banderas; la Iglesia se encuentra fragmentada en cientos de denominaciones. Pero Jesús no tiene muchas iglesias. La Iglesia es la novia de Cristo.

No me preguntes a qué iglesia pertenezco, porque solo existe la Iglesia. Todos los hijos de Dios, en la misma área, pertenecen a una sola Iglesia, les guste o no les guste. No podemos decir: "Tú eres mi hermano, pero aquel no". ¿En qué familia pueden elegir a sus hermanos? En la mía somos cinco, y yo el último; cuando vine al mundo, los otros cuatro ya estaban aquí. Yo no los escogí, ni ellos me eligieron a mí. Al nacer, se trataba de un hecho que éramos hermanos. ¿Teníamos alguna responsabilidad por ello? Nosotros no hicimos nada para ser hermanos: los culpables fueron mamá y papá. El que mi hermano fuera mi hermano no era algo que yo hubiera decidido por mí mismo; se trataba de algo que debía aceptar. Lo mismo sucede con la familia espiritual de Dios. Uno no puede seleccionar a sus hermanos y a sus hermanas. Tal vez pueda elegir a sus amigos, pero no a sus hermanos.

La Iglesia está formada por todos aquellos que tienen al Hijo en su interior. (Ya sean anglicanos, adventistas del séptimo día o católicos romanos). Si el Hijo de Dios se encuentra dentro de ellos, están en el Reino; pertenecen a la familia del Señor. Esto no depende de su enfoque filosófico, sino de la vida que poseen. Jesús afirmó: "Yo soy el camino y la verdad y la vida". Nuestro sistema religioso nos dice que, si creemos que Jesús es el camino, es suficiente para ser salvos. Pero no es así. Jesús no es el camino simplemente para que podamos creer que lo es, sino para que nos sea posible caminar con Él. Es la verdad, no solo para que yo pueda estar convencido, sino para que tenga la posibilidad de confiar en Él. Y es la vida, no únicamente para que pueda creerlo, sino para que sea posible vivir esa vida en Él. No nos basta, simplemente, estar en posesión de una doctrina o de un concepto: debemos tener la realidad.

A los cristianos primitivos los llamaban los del camino. ¿Es la iglesia anglicana el camino? ¿Lo son tal vez los metodistas o los bautistas? No, el camino es Jesús. No importa que tú seas miembro de una denominación o de una congregación independiente. Estar en "el camino" es tener a Aquel que es "el camino". Si estás en Jesús, te encuentras en el mismo camino que yo. Si tienes al Hijo en tu interior, tienes la

vida de Dios. El que creas en el milenio, en la venida de Cristo antes o después de la Tribulación, no es importante. Esas cosas dividen al pueblo de Dios y no son de valor para la vida diaria; representan únicamente un enfoque intelectual de la filosofía de la Biblia. Puede ser que posean cierto interés, pero no tienen nada que ver con el hecho de ser, o no, hermanos. La iglesia tiene tendencia a ser un club cristiano. Los clubes son instituciones en las que todos los miembros acuerdan seguir ciertos principios. Si empezamos un nuevo club (digamos, de no fumadores o de no bebedores), es porque todos estamos de acuerdo en no consumir tabaco o alcohol, de manera que lo que nos une es la abstinencia a esos hábitos. En el caso de que comencemos uno de hombres solteros, será que todos lo somos y, si uno se casa, está fuera del club.

Cuando nos reunimos en torno a principios o doctrinas, formamos clubes; cualquier cosa que esté centrada en una serie de reglas o conceptos lo es. Pero, si nos congregamos alrededor de una persona viva cuyo nombre es Jesús, entonces, somos una Iglesia. En Argentina, tenemos dos grandes clubes rivales de fútbol, que están realmente enfrentados el uno al otro. La gente viene de todas partes del país para presenciar sus principales partidos. Yo asistí cierta vez, pero no pienso volver porque casi me matan. Cuando nos convertimos, llegamos a ser bautistas o episcopales: clubes rivales. En el pasado nos peleábamos por la política o por nuestro equipo de fútbol; ahora lo hacemos por nuestras doctrinas. Pero se trata de la misma carne que encuentra nuevos canales para manifestarse.

Antes pertenecía a una iglesia que oraba de rodillas, nunca de pie o sentada. Una vez, visitamos una congregación donde la gente se levantaba para dirigirse a Dios y nos escandalizamos: "Pero iqué es esto! —pensamos— ¡No puede tratarse de cristianos porque oran de pie!" En determinado tiempo, la cuestión fue si en el bautismo a un hermano se lo sumerge, se lo rocía o si habla o no habla en lenguas. Pero todas esas divisiones existen porque estamos más centrados en las doctrinas que en la vida. Una persona llega a ser tu hermana cuando es engendrada por el Padre. Yo soy tu hermano, aunque no te gusten algunas cosas que estoy diciendo. Lo siento; no puedo evitarlo: soy tu familiar, aceptes o no este hecho. En realidad, lo mejor es que puedas reconocerlo ya que, es posible que mañana, allá arriba, el Señor coloque mi casa al lado de la tuya.

¿Quién sabe a qué persona pondrá Dios en la misma habitación de nosotros en nuestro celestial Hotel Palacio? ¡Los pentecostales y los presbiterianos juntos por la eternidad! Mejor sería que nos familiaricemos ahora unos con otros y nos aceptemos a pesar de nuestras filosofías.

Cuando Jesús viene a la Iglesia, no encuentra gozo en nuestras divisiones doctrinales. Él nos manda a que nos arrepintamos de las enemistades que hay entre nosotros. Si Cristo vive en nuestro interior y somos guiados por su Espíritu, nos aceptamos mutuamente como miembros de un cuerpo, no a causa de nuestras

doctrinas, sino solo porque Él nos ha aceptado. Entonces, seremos una Iglesia, ya que todos compartiremos una vida común: la vida de Jesús en nosotros.

CAPÍTULO 15

Dos clases de sabiduría

¿Crees que las divisiones son contrarias a la voluntad de Dios? Claro que sí. La Biblia es muy clara al respecto. Y, si van en contra de la voluntad del Señor, las divisiones son pecado. ¿Por qué no tratamos el pecado de la desunión como los demás? En muchas de nuestras iglesias, se puede oír a algunas personas decir: "Ese hermano es un hereje; si no se va, tendremos que echarlo". Insisten en que todo el mundo debería creer como ellos. Sin embargo, aquellos a los que se debería expulsar son aquellos que viven en desunión, que no hacen nada para poner fin a esto.

Pablo y los otros escritores del Nuevo Testamento son más firmes en su denuncia contra las personas que causan división que contra cualquier otra forma de pecado, Somos más estrictos acerca del pecado de la carne pero, cuando se trata de divisiones en la iglesia, la gente expresa: "Hermano Ortiz, en esto usted está fuera de órbita. Es demasiado idealista. Deje de soñar, y vuelva a la realidad. Hemos estado divididos durante toda la vida, ¿y nos pide que cambiemos ahora? Nos hemos acostumbrado tanto a las divisiones que no lo consideramos un problema serio.En los libros del Cielo, no se escribe el nombre de la denominación de cada uno: solo el tuyo propio. No hay un libro separado para los bautistas, otro para los metodistas. Lamento decirte que allá arriba nos mezclamos todos. ¡Tal vez te alarmarías si supieses qué nombre aparece después del tuyo! ¡Dios podría poner a católicos, a pentecostales unos al lado de otros y, a continuación, a bautistas y a metodistas! Me gustaría contemplar ese libro para ver detrás de qué nombre viene el tuyo. Allí los nombres están escritos, simplemente, el orden en que se entra en la Iglesia, no por denominación. ¿Acaso tú sabes al lado de qué persona aparece tu nombre?

La dificultad sigue estando en que estamos tan centrados en las doctrinas que no vemos más allá. Si Jesús se encontrase en el centro de nuestras iglesias, nuestro centro de atención sería la vida. Pero, en vez de la vida, priorizamos los conceptos. Y

disculpamos nuestras divisiones diciendo: "Es que debe haber un límite en algún sitio" En el amor no hay temor. Cuando amamos, no necesitamos temer a las diferencias doctrinales, porque nuestro énfasis no está puesto en la doctrina. "De tal manera amó Dios al mundo...". No amó a las doctrinas bautistas, pentecostales, presbiterianas, sino al mundo, con todos sus conceptos erróneos y terribles pecados, y no cuando este era justo, sino cuando se encontraba en una condición perdida. Él vino a un mundo dividido, confuso, pecaminoso, y lo amó.

Muchos están convencidos de que tienen la doctrina correcta, pero una de dos: o son ingenuos o son faltos de honradez. ¿Cómo es posible que estés tan seguro de que tus doctrinas son verdaderas si no has estado en la escuela teológica de las otras denominaciones? Supongamos que eres presbiteriano. ¿Sobre qué base tienes la certeza de encontrarte en posesión de la doctrina correcta si no has asistido a los cientos de otros seminarios eclesiásticos? Para afirmar tal cosa, deberías concurrir y examinar cuidadosamente lo que enseñan. No basta con escuchar la instrucción que se da de segunda mano. Tienes que asistir a sus escuelas teológicas y estudiar meticulosamente las doctrinas que enseñan antes de poder estar tan seguro. Cuando digo "a todas", son todas: la católica, la luterana, la Asamblea de Dios, los adventistas del séptimo día, las bautistas, las metodistas, las nazarenas... Y, cuando hayas terminado de estudiarlas, si no te has vuelto loco, podrás decidir cuál tiene razón o comenzar una nueva doctrina. Sin hacer esto, es el colmo de la arrogancia creer que tienes todas las doctrinas correctas. Y la arrogancia conduce a las divisiones.

En realidad, nuestros seminarios no enseñan la Biblia como pretendemos. Yo era profesor de nuestra escuela bíblica y he tenido que admitir que impartíamos la doctrina de nuestra denominación y usábamos las Escrituras para "probarla". Si asistes a una escuela bíblica pentecostal, te sucederá lo mismo y, cuando vayas a una adventista del séptimo día, ¿qué crees que te enseñarán?, ¡la doctrina adventista! ¿Y qué utilizarán para "probarla"? La Biblia, claro. En caso de que el seminario sea presbiteriano, las cosas serán también de la misma manera.

Podemos aprender una lección tremenda de la Iglesia primitiva. En un momento determinado, había dos iglesias: la que giraba en torno a Antioquía y la que tenía como centro Jerusalén. Las doctrinas que enseñaban una y otra eran diferentes porque la de Jerusalén estaba compuesta por judíos y la de Antioquía, principalmente por gentiles. La iglesia de Jerusalén creía en la circuncisión, en guardar la ley de Moisés, en adorar en el templo, en observar todas las fiestas de Israel y vivir según las costumbres y tradiciones de la cultura israelita. Incluso ¡ofrecían sacrificios en el templo! Cuando Pablo visitó Jerusalén, se afeitó la cabeza y sacrificó como cualquier otro judío. La única diferencia que había entre los judíos de la Iglesia y los demás era que los apóstoles y sus discípulos creían en Jesucristo: esto los hacía salvos. Se trataba de judíos que, además de creer, tenían fe en Jesús. Además de su cambio de actitud respecto de su fe,

eran exactamente iguales con los otros. De Jesús decían: "Es más que un profeta: es el Hijo de Dios". Sin embargo, la Iglesia de Antioquía era muy diferente, ya que se trataba de gentiles que no tenían ni idea de quién era Moisés. Tampoco sabían nada de la Ley o de la circuncisión. Pablo les había dado a conocer a Cristo, y no la religión judía.

Luego de su conversión, Pablo se retiró al desierto. No comenzó a predicar el Evangelio a los gentiles el mismo día que conoció al Señor, sino que testificó por un poco tiempo a los judíos que Jesús era el Cristo, y luego se apartó a un lugar solitario. En su vida hubo muchos años de oscuridad, durante los cuales no sabemos qué le sucedió. Estuvo solo, tal vez, diez años y, en el transcurso de ese tiempo, Dios trabajaba su mente. Cuando reapareció, lo hizo con la comprensión de que los gentiles podían ser plenamente salvos sin aceptar el sistema judío. Fue con ellos y les predicó a Cristo crucificado. ¡En eso consistió todo! Eran gentiles, salvos por completo Simplemente porque creían en Cristo como su Salvador y en su vida. Jesús era la razón de su salvación, no Jesús y la circuncisión, o Jesús y cualquier otra ley; era solo Cristo.

Cuando algunos judíos fueron a visitar las iglesias gentiles, surgieron los problemas. Esos hermanos creían que, si los gentiles habían recibido realmente el Espíritu Santo, con toda certeza se circuncidarían y obedecerían la ley. Daban por sentado que Pablo les había enseñado todo lo concerniente a las costumbres de Moisés. Por un instante, piensa en las dificultades que habría habido de haber ido el apóstol al mundo gentil, obligándolos primero a hacerse judíos para luego poder recibir a Cristo. ¡Vaya trabajo! Ello habría significado descansar en días totalmente distintos, comer un tipo de comida diferente, es decir, vivir como judío.

Cuando un grupo de ellos llegó a Antioquía para visitar la iglesia de aquella ciudad, el Espíritu era el mismo; había el mismo amor, el mismo gozo, la misma paz, una vida idéntica. Los hermanos recibieron a los visitantes de Jerusalén y celebraron un magnífico culto de alabanza. Alabaron al Señor, cantaron en el Espíritu, profetizaron y hablaron en lenguas. ¡Era maravilloso para los judíos y gentiles adorar a Dios juntos! Después del culto, el pastor les dijo: "No podemos dejar que estos hermanos de Jerusalén se vayan al hotel cuando nosotros tenemos unos hogares estupendos donde podrían quedarse. Los judíos creyentes fueron conducidos a las casas de los creyentes gentiles". Ala mañana siguiente, los gentiles les preguntaron a sus invitados:

—Hermanos, ¿qué les gustaría desayunar? ¿Está bien unos huevos con jamón?

—¿Qué?

—¿Tal vez prefieran tocino?

—He dicho huevos con jamón o huevos con tocino… —¡Pero esas cosas son inmundas!

—No, nosotros somos gente limpia. Vengan a la cocina, y vean ustedes mismos.

—No, no… quiero decir que el jamón es algo que Moisés nos prohibió comer. Él dijo que no comiéramos carne de cerdo, jamón, tocino, porque son inmundos.

—¿Moisés? ¿Quién es? Nunca ha estado en nuestra iglesia; no conocemos a ese predicador.

—¡Pero qué ignorante! ¿No sabes quién es Moisés? Pero, bueno, sin duda, ustedes han sido circuncidados…

—¿Circuncidados? ¿Qué es eso?

—¿La circuncisión? ¿No saben lo que es la circuncisión?

—Nunca hemos escuchado hablar de eso, pero, si la quieren para desayunar, podemos ir al mercado a ver si la tienen.

—¡No, no! ¡La circuncisión no es ningún alimento de desayuno! Es loque nos enseñó Abraham que debíamos hacer. Él circuncidó a su hijo Isaac, y Moisés la puso como elemento central de la ley. —¿Abraham? ¡Qué suerte tienen en Jerusalén… allí tienen a todos los predicadores!

¡Vaya confusión! Fue tanta que tuvo que celebrarse un concilio general en Jerusalén para arreglar el asunto. Pablo y otros tuvieron que recorrer todo el camino de vuelta desde Asia para resolver esta cuestión. Hoy tenemos un problema similar. Algunas personas me dicen:

—¿Es cierto que los católicos han recibido el espíritu Santo? —Sí —les contesto—. Muchos de ellos se han abierto al espíritu.

—¡Qué bien! ¿Así que ya no creen en la Virgen María o en el Papa? —Muchos de ellos siguen creyendo en la Virgen María, y también en el Papa.

—¡Ah, entonces no recibieron el espíritu Santo! —Dios conoce sus corazones; tú y yo no.

Hay cosas que son esenciales, y otras que no lo son. Los cristianos de Jerusalén pensaban que, como los gentiles habían recibido al Espíritu Santo, entonces, eran judíos. Pero Pablo sabía lo que contaba y había enseñado acerca de Cristo a aquellos gentiles.

Si queremos ganar al mundo, necesitamos limpiar el mensaje de salvación, liberándolo de nuestros sesgos doctrinales. ¿Cómo podemos convencer a la gente cuando lo que predicamos varía de Iglesia en Iglesia? En una Iglesia tenemos que aceptar a Cristo, más el órgano, más los himnarios, la liturgia y el consejo de ancianos.

Si uno va a otra distinta, debe reconocer al obispo. Cuando se ha sido salvo en un grupo de discipulado, la persona debe comprometerse en el asunto de la sumisión y de la autoridad. Según la Iglesia, uno tiene que aceptar a Cristo más el sistema. Yo creo que lo esencial es Cristo en nosotros. Él es la persona más importante. Jesús en nosotros es nuestra única esperanza de gloria. A pesar de estas divisiones, tú y yo no podemos hacer que todas las Iglesias se unan. Pero sí producir un aumento de conciencia de la horrenda situación en la que nos encontramos.

Veamos dos posibles acciones que todos podemos hacer para contribuir a terminar con nuestras divisiones:

En primer lugar, leer lo que dice Santiago en el tercer CAPÍTULO de su carta:

Pero, si ustedes tienen envidias amargas y rivalidades en el corazón, dejen de presumir y de faltar a la verdad. Esa no es la sabiduría que desciende del cielo, sino que es terrenal, puramente humana y diabólica. Porque donde hay envidias y rivalidades, también hay confusión y toda clase de acciones malvadas. En cambio, la sabiduría que desciende del cielo es ante todo pura, y además pacífica, bondadosa, dócil, llena de compasión y de buenos frutos, imparcial y sincera. En fin, el fruto de la justicia se siembra en paz para los que hacen la paz.

—SANTIAGO 3:14-18

Hay dos clases de sabiduría: aquella que es terrenal, falta de espiritualidad, diabólica — la sabiduría que parece tan "correcta", pero que causa rivalidad y división— y la que viene del Cielo: pura, amante, pacificadora, considerada, dócil, llena de misericordia, imparcial, sincera.

¿Cuál de estas está en ti?, ¿la que causa divisiones o la que produce paz?

Mi primera sugerencia es que nunca volvamos hablar contra ningún grupo. ¡Jamás! Declara: "Señor, no abriré esta boca mía para criticar a ninguna otra iglesia", Tal vez no podamos jugar un papel activo para producir la unidad, pero sí es posible desempeñar un papel pasivo cerrando nuestra boca. Esto fomentará la paz.

En segundo lugar, amemos a aquellos que no piensan como nosotros. Sabemos que aman a Cristo; no es un tema nuestro si nos quieren a nosotros o no. Yo no viajo alrededor de mundo tratando de que la gente me ame, sino que amen al Señor. Si tú lo amas a Él, eres mi hermano: somos uno en Cristo. Pensemos en nuestras diferentes denominaciones religiosas como si no existieran. Si tienes la oportunidad, puedes ir a la Convención Bautista o a la de la Asamblea de Dios, como si no hubiese ninguna diferencia. Asiste a su propio grupo o iglesia y sé fiel; ignora los elementos divisorios.

Para ti y para mí, no están ahí: solo son para aquellos que practican la falsa sabiduría, así que hagamos caso omiso.

Una vez me llevaron a una hermosa iglesia bautista. Allí decían: "Gloria a Dios"; pude disfrutar de su maravilloso edificio. Cuando oigo que los católicos están construyendo una nueva iglesia, digo: "¡Fantástico, Gloria al Señor! Tenemos un nuevo edificio".

Pablo expresó que el mundo entero es nuestro; ya sea Pablo, Pedro o Apolo, todos son nuestros. Si tú eliges a Pablo, lo tienes a él; pero, si no eliges a ninguno, los tienes a todos. ¿Comprendes? Si escoges, únicamente tendrás a los presbiterianos, a los bautistas, etc. Pero, si no lo haces, todos son tuyos, y podrás aprender del rico patrimonio de cada uno de ellos, pasando por alto las divisiones.

Seguramente te preguntes: "¿Cómo puedo aceptar a alguien cuando creo que sus doctrinas son totalmente erróneas?". Nuestro problema es que tenemos ciertas bases de aceptación equivocadas. Se trata de las mismas que emplea el mundo, mientras que deberían ser aquellas sobre las cuales Dios nos acepta a nosotros. ¿Acaso Dios nos acepta porque somos amables, tenemos un buen carácter o somos extrovertidos? ¿O lo hace debido a que estamos en posesión de lo que creemos que son las doctrinas correctas? ¿O tal vez porque somos todo tipo de buenas obras? ¡No! Nos acepta gracias a la sangre de Cristo.

Cuando lleguemos al Cielo, la canción no dirá: "Estamos aquí arriba porque creemos en el milenio y tenemos la teología correcta sobre la Trinidad", sino "Estamos aquí por la sangre del Cordero". Él será Aquel en quien nos gloriemos, y no en la teología que definió la doctrina. Nuestra eternidad con Dios será gracias a la sangre de Jesús; no por la teología de Lutero, Calvino o Wesley; ni tampoco por lo que se enseñaba en Princeton, Dallas o Pasadena. Si Dios me acepta debido a la sangre de Jesús, ¿quiénes somos para mirarnos sobre otra base, de la manera en que lo hace el mundo? Si amas a los que te aman y con quienes estás de acuerdo, ¿eres diferente en algo del mundo?

Dios me ama porque mis pecados, equivocaciones, errores y fracasos han sido perdonados mediante la sangre de Jesús, y yo te amo a ti porque tus pecados, equivocaciones y faltas han sido también perdonados.

Hace un tiempo oí un sermón tremendo acerca de cómo la justicia de Dios nos cubre como un abrigo nuevo, pero me pregunto por qué Él puede vernos en ese abrigo y nosotros no somos capaces de reconocernos unos a otros vestidos así. Si ese abrigo es suficiente para Dios, ¿cómo es que no lo es para nosotros? Yo te veo vestido con la justicia de Dios. Ahora, ponte ese abrigo sobre el atuendo de tu denominación. Vístete con el uniforme del Señor porque, en la cena del Cordero, Él proporciona los vestidos a los invitados, no traemos los nuestros. Dios no va a preguntarnos: "¿Cuántos de ustedes

son de tal denominación y cuántos de tal otra?". A Él no le interesa nuestra vestimenta denominacional, sino solo la ropa que Él nos da.

En la parábola que contó Jesús acerca de un rey que dio un gran banquete por la boda de su hijo, aquellos que fueron invitados no quisieron asistir, por lo tanto, el rey se enfureció y ordenó:

—¡Que los maten a todos! —Luego, expresó—: El banquete está dispuesto; la carne, suculentamente asada; las bebidas, frías. Vayan, inviten a todo el mundo: enfermos, cojos, mendigos y todos los que quieran venir. Los siervos salieron, y se encontraron con los pordioseros.

—Oye tú —le dijeron—. El rey te ha invitado a la boda de su hijo. —¿El rey? ¡A mí? Están locos.

—Sí, a ti; has sido invitado.

Habían convidado a todo el mundo. No podían creerlo, pero, de todas maneras, decidieron ir. Sin embargo, un joven actuó diferente.

—Oigan —dijo—. ¿Me ha invitado a mí el rey? —Sí, a ti también.

"Ah, siempre creí que era alguien importante", pensó. Y se fue a su casa; buscó el mejor traje que tenía, lo planchó, se peinó, se perfumó mucho y, cuando llegó a la boda y estaba a punto de entrar, le dijeron:

—Espera un momento. ¿Adónde vas?

—A la boda.

—Primero tienes que pasar por esa habitación de allá, para que te den la ropa que te proporciona el rey para la fiesta.

—Yo no necesito ninguna ropa: he traído mi propio traje.

—Lo siento, pero en este tipo de bodas debes llevar la ropa preparada por el rey.

—Estas son mis mejores prendas, superiores a las de cualquier otra persona. Llevaré lo que tengo puesto.

Entró y, cuando lo hizo, se dio cuenta de que todos estaban vestidos de lino fino y hermoso brocado. En comparación con aquellas vestiduras, las suyas parecían trapos; entonces se sintió un andrajoso. "¡Esto es terrible! ¿Qué puedo hacer?", se dijo. Trató de esconderse, pero era imposible: sobresalía de todos. Y lo echaron.

¿Qué ropas llevas puestas?

Cuidado... mejor será que tomes las vestiduras que te proporciona el rey. Lo que cuenta es la justicia de Jesucristo, no tus propias doctrinas o el nombre de la denominación. Somos justos, no gracias a nosotros mismos, ni por pertenecer a una confesión religiosa particular, sino solamente debido a la sangre de Jesús.

Nosotros oramos: "Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores". Se nos perdona sobre la misma base sobre la que lo hacemos nosotros. ¿Y cuál es esa base? La sangre del Cordero. Somos perdonados en virtud de la sangre derramada de Jesús y perdonamos a otros porque también están bajo esa sangre. El Padre me acepta a mí por la sangre de Jesucristo a través de la Gracia. Ello no tiene nada que ver con lo que hago o con lo que pienso. Y tú necesitas aceptarme por la misma razón. Eso significa que me perdonas todas mis doctrinas equivocadas, y yo a ti. Te perdono si eres episcopal, bautista, luterano. ¡Tú estás perdonado, igual que yo!

Cuando Jesús viene a la Iglesia, Él es nuestro centro de atención; no podemos hacer otra cosa más que amarnos y aceptarnos unos a otros. La división y la falta de unidad son el resultado de añadir algo a la simple fe en Jesús; pero, si Él es el centro de nuestras vidas, nos convertiremos en una Iglesia como Él pretendía que fuera. Y, por nuestro amor de unos para otros, el mundo verá que Jesús está verdaderamente vivo hoy.

CAPITULO 16

¿Por qué nos quiere Dios?

Para muchos de nosotros nos es difícil amar a otras personas. Sin embargo, el amor es un mandamiento para el cristiano. No se trata de una opción, sino de una orden. Jesús dijo: "Este mandamiento nuevo les doy: que se amen los unos a los otros. Así como yo los he amado, también ustedes deben amarse los unos a los otros" (Juan 13:34).

Una de las razones por las cuales tenemos esa dificultad para amar a otros es porque no conocemos en profundidad el amor de Dios por nosotros. De esta manera, necesitamos mirar un poco cómo Dios nos ama. Cuando lo descubramos, aprenderemos a querernos unos a otros. Y, para ello, utilizaré unos versículos que fueron muy significativos en mi vida.

Antes de recibir esa circuncisión, ustedes estaban muertos en sus pecados. Sin embargo, Dios nos dio vida en unión con Cristo, al perdonarnos todos los pecados y anular la deuda que teníamos pendiente por los requisitos de la ley. Él anuló esa deuda que nos era adversa, clavándola en la cruz.

—COLOSENSES 2:13-14

¿Sabes desde cuándo Dios empezó a amarte?

Estando muerto... ¡qué momento para comenzar!

La fase más importante y falta de atractivo de la vida de un ser humano es cuando exhala ese terrible hedor. Además, no solo estábamos muertos, sino muertos en nuestros pecados. No se trata del cuadro de una persona acostada en un bonito ataúd, envuelta en seda, sino de un cadáver en el fango, tendido en toda la inmundicia.

Aun así, cuando éramos tan poco atractivos, Dios nos amó. No amó a personas de aspecto agradable a la vista que llevaban la Biblia debajo del brazo y un buen celular para filmar o grabar el sermón, sino a cuerpos muertos en toda la inmundicia.

Una vez me pregunté: "¿Por qué nos quiere Dios?". Muchas personas se han quedado perplejas ante esta pregunta. Ahora creo entender la razón: es porque Él nos hizo y somos sus hijos. Si tú tienes niños, podrás decirme: "¿Son perfectos? ¿No te desobedecieron alguna vez? ¿Están siempre limpios y aseados?". Claro que no.

Entonces, ¿por qué los quieres? Porque son tus hijos. Seguramente, en algunas ocasiones, habrán hecho alguna travesura; a pesar de ello, tú los amas. Aunque tiren la leche en la alfombra, escriban las paredes, lloren de noche, se porten mal cuando hay visitas... Con todas estas dificultades, los sigues amando porque son tus hijos. No hay ningún misterio en lo concerniente a tu amor por ellos; los amas porque no puedes hacer otra cosa que amarlos. Entonces, no es sorprendente que Dios te ame a ti, porque tú le perteneces, a pesar de todo. Cuando entendamos que Dios nos ama exactamente como somos, comenzamos a relajarnos. Saber que nos acepta y nos ama tal cual somos hace que desaparezcan las tensiones de nuestra relación con Él.

De la misma manera debemos amarnos unos a otros: simplemente como somos. No deberíamos amar a alguien porque es bueno, correcto o simpático, sino sencillamente porque somos hermanos.

Dios nos ama porque Él nos hizo y le pertenecemos. Nosotros deberíamos querernos unos a otros simplemente porque somos personas, no debido a unas determinadas cualidades deseables. Si Dios tuviera en cuenta nuestro comportamiento, nuestras obras, nuestras doctrinas... ¡nos odiaría! Pero Él nos ama porque somos criaturas, y todos somos hermanos y hermanas en la misma familia creada. También nos quiere porque Él nos dio vida.

Si tuvieses un hijo o una hija y muriera, si pudieras, ¿lo resucitarías? Claro que sí. Entonces no te maravilles de que Dios lo haya hecho porque Él tenía el poder para hacerlo; cuando estábamos muertos, nos dio vida porque somos sus hijos.

Alguna vez, ¿te enfadaste con tus niños? La mayoría de nosotros lo hacemos.

También Dios se enoja con nosotros. En cierta ocasión, su enfado llegó al extremo de que envió un diluvio para que se llevara a la mayoría de sus hijos, arrepintiéndose de haberlos creado. He visto que sucedió lo mismo con algunos padres después de que sus retoños fueron apresados por la policía porque estaban consumiendo drogas y robando para poder pagarse el vicio. He oído decirles: "¡Ojalá que nunca te hubiese tenido!". Pero, más tarde, los ven bajo otra luz, y ya no se arrepienten de haberlos traído al mundo. Lo mismo pasa con Dios.

Otro día, Dios mandó un segundo diluvio; allí resolvió el problema que tenía con sus hijos de una vez por todas. Ese segundo diluvio fue la sangre que brotó de Jesús en la Cruz. El plan de Dios fue poner a todo el mundo sobre esa Cruz, en Cristo. Tanto es así que Pablo lo expresa: "He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en el cuerpo lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí" (Gálatas 2:20). Y otra vez: "El amor de Cristo nos obliga, porque estamos convencidos de que uno murió por todos, y por consiguiente todos murieron" (2 Corintios 5:14).

Jesús no murió por sí mismo; Él no necesitaba morir y nacer de nuevo. No precisaba ser salvado. Cristo no tenía pecados que pagar, porque nació y vivió sin pecado. Vino al mundo por medio de una Virgen para que el pecado de Adán no lo afectara; así podía ser el Cordero de Dios sin manchas. Si Él hubiese sido pecador, no habría podido pagar por nuestros pecados; su muerte fue por nosotros, no por su propia persona. La cruz era una forma de ejecución corriente en ese tiempo; los romanos mataban en cruces a decenas de millares de individuos. Muchos de ellos morían inocentemente, como mártires. La diferencia que hubo con Jesús fue que, desde el punto de vista del Padre, no era realmente su Hijo quien estaba muriendo allí, sino tú y yo. Por esa razón Dios volvió la espalda a su propio Hijo: porque se había identificado con la totalidad de la raza humana, y se había convertido en el pecado personificado. El que no tenía pecado fue hecho pecado por nosotros. Jesús tomó voluntariamente nuestro lugar, llevando sobre sí la condición humana pecaminosa. Alos ojos de Dios, era culpable, aunque en su persona fuera inocente.

Es muy importante que comprendamos esto, ya que, si miras la cruz y ves allí a Jesús colgado, con el cuero cabelludo atravesado por espinas y derramando sangre y dices: "¡Pobre Jesús!", estarás contemplando solo al mártir. Pero, si fijas tu vista en la cruz y ves pendiendo de ella lo que Dios puso allí, te descubrirá a ti mismo. Cuando esto suceda, Jesús llegará a ser tu Salvador.

¡Nosotros éramos el problema con el que Dios quería terminar! Y esta vez nadie se quedó fuera, ni siquiera Noé. Desde el primer ser humano del huerto del Edén hasta la última persona qué todavía no ha nacido... todos fuimos a esa cruz. Tú y yo todavía no habíamos venido al mundo, pero nos encontrábamos en la misma condición: aquella cruz abarca a toda la raza humana caída. Este es el segundo diluvio en el que Dios acabó con la gente.

Cuando Jesús dijo: "Consumado es", quería dar a entender que Juan Carlos Ortiz había terminado. Ese era mi problema, Juan Carlos Ortiz, pero Dios acabó con aquel matándome en aquella cruz. ¡Y también puso fin a tu mayor problema! No solo estábamos en Cristo cuando murió, sino igualmente cuando resucitó. Eso es lo que representa nuestro bautismo. La dificultad reside en que muchos de nosotros no

entendemos el significado del bautismo y, algunas veces, intentamos producir una experiencia emocional, porque pensamos que debemos sentir algo cuando nacemos de nuevo.

Existen ciertos predicadores que tratan de crear una atmósfera que estimule nuestras emociones hasta el punto de hacernos llorar, creyendo que eso supone una evidencia de nuestro nuevo nacimiento. Hay cosas totalmente erróneas como esa. Yo prefiero que una persona nacida de nuevo con los ojos secos a otra que los tiene húmedos, porque aquella que no se emociona mucho tal vez comprenda mejor lo que le ha sucedido. Nuestro bautismo declara que creemos que, cuando Jesús murió, nosotros también fuimos crucificados y sepultados con El. Cristo experimentó, asimismo, la resurrección. En nuestro caso, no necesitamos pasar por la crucifixión, el entierro y la resurrección, sino tan solo creer lo que ya ha sucedido en Él. Si Dios lo dice, yo lo creo; no necesitamos buscar sentimientos. Cuando aquellos que basan su fe en las emociones no las tienen, quizá tampoco tengan fe pero, si su creencia está basada en los hechos, estos nunca cambian.

Tú no dices: "Hoy siento que Washington fue el primer presidente de Estados Unidos". El hecho de la presidencia no tiene nada que ver con sus sentimientos. Tampoco expresas: "Siento que hoy es martes". Lo sientas o no, es así. El basar nuestra fe en los sentimientos es construir sobre un cimiento de arena poco estable; sin embargo, fundarla en los hechos de lo que Dios dice que ha sucedido en Cristo supone edificar sobre una base sólida que jamás se moverá.

Desde el punto de vista de Dios, hemos sido puestos en la cruz: estamos en Cristo.

Pablo expresa esto de un modo muy sencillo cuando en Romanos 5 describe a los padres de dos razas distintas: Adán, cabeza de la especie humana física y Cristo, el segundo Adán, primer representante de una nueva raza. En Adán, eventualmente, venimos a ser pecadores; en Jesús todos somos constituidos justos. Toda la raza humana estaba incluida en Adán y, de igual manera, aquellos que creen en Cristo, en su totalidad, se encuentran comprendidos en Jesús.

Desde el mismísimo primer ser humano que anduvo sobre la Tierra hasta el último que vaya a vivir jamás, todos vendrían a ser pecadores a causa de Adán, y son, asimismo, constituidos justos gracias a Cristo. Las Escrituras dicen que, cuando Jesús murió, descendió a las profundidades de la Tierra y predicó a aquellos que vivieron antes de la cruz. Esto significa que la cruz fue válida para toda la raza humana. Debemos creer en la cruz y apropiarnos de su efectividad. Por el pecado de Adán vengo a ser pecador; pero, gracias a la justicia de Jesús, se me constituye justo mediante la fe. Cuando estábamos muertos, nos dio vida. Un hombre muerto no puede ayudarse a sí mismo.

Una de las primeras cosas que un niño aprende a decir es la siguiente: "¡Nol". Nacemos con la tendencia de pecar. Somos pecadores desde el día que endosamos el pecado de Adán pecando nosotros mismos. Dios es el único que sabe cuándo pasamos de la inocente infancia a una desobediencia consciente. La Biblia declara: "Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado; ha llegado ya lo nuevo!" (2 Corintios 5:17).

Cuando creemos en Cristo, llegamos a formar parte de una nueva humanidad: lo que Él llevó a cabo en su muerte y en su resurrección se convierte en realidad para nosotros simplemente con creer. En ese mismo instante, empezamos otra vez la vida: nuestra vieja persona ha muerto, y una nueva ha nacido.

Pero veamos lo que significa muerte... En el pasaje de Colosenses que estamos considerando, Pablo sigue diciendo: "Perdonados todos los pecados". ¿Cuántos pecados? ¡ Todos! ¿Sabes realmente lo que esto significa? El todos de Dios es diferente al tuyo y al mío. Si yo le digo a alguien: "Hermano, te perdono todo lo que hiciste en mi contra", aunque no lo exprese, se entiende que ese perdón abarca todo lo que yo sé. Si algún día descubro otra cosa terrible, vuelvo a desafiarlo: "¿Y qué me dices de esto también?".

Einstein expresó que, si pudiésemos viajar a la velocidad de la luz, nos sería imposible vivir en el presente continuamente. Pero Dios es el Padre de la luz, el Creador de esta, quien dijo: "Sea la luz". Dios vive en otra dimensión en la que el tiempo no cuenta.

Naturalmente, Dios es el único que vive en el presente: nosotros no conocemos ese presente. Solo tenemos pasado y futuro. El perfecto presente no existe para nosotros. Cuando yo expreso: "Estoy en el presente", al decir la palabra presente, esta ya es pasado. Mientras termino de pronunciar la palabra .ente", el "pre. " pertenece al pasado. Para gozar de un perfecto presente, deberíamos detener el tiempo; pero, en la dimensión en la cual vivimos, no podemos hacerlo. De esta manera, el presente es prerrogativa de Dios. Para Dios no hay futuro. Su nombre es "Yo Soy", lo cual habla por sí solo del eterno presente. También Jesús dijo: "Antes que Abraham fuese, Yo Soy". Ya que nosotros vivimos en la dimensión de tiempo, argumentaríamos: "Señor, no sabes gramática; deberías decir: 'Antes que Abraham fuese, yo era'".

—No caballero: Yo Soy.

—Pero, "antes que Abraham fuese", es pasado, así que lo correcto sería decir: "Yo era".

—¿Qué quieres decir con "pasado"?

¿Entiendes? Para Dios no existe el tiempo. Todo es perfecto presente. Por eso dijo Jesús: "Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". No expresó: "Yo estaré con vosotros", sino "Yo estoy"

La Biblia nos presenta sentados en los lugares celestiales.

—Señor, vaya equivocación —decimos—. Quiere decir que "estaremos sentados" en el futuro, porque todavía no lo estamos. — No, quiero decir que "están" sentados: presente.

También se habla de nosotros como predestinados, llamados y justificados, con lo cual nos es posible estar de acuerdo; pero luego añade: "glorificados".

—¿Glorificados? No, todavía no... —Sí, ahora; glorificados.

—¿Cómo puedes decir eso, Señor?

Dios vive en el Reino Eterno, del cual nosotros no somos conscientes en nuestro estado natural. Pero dicho Reino es más verídico que el mundo "real" que nos rodea. Cuando morimos, perdemos nuestra consciencia presente del tiempo y del espacio; entonces, entramos en la dimensión de Dios. En esa dimensión, Jesús es el Cordero de Dios ofrecido antes de la fundación del mundo, ya que, para Él, no hay otro tiempo, sino el perfecto presente.

¿Crees que es verdad que Jesús te quitó tus pecados al morir en la cruz? Naturalmente que sí. ¿Pero cómo pudo hacerlo si todavía ni tú ni yo habíamos nacido? ¿Cómo fue posible pagar pecados que ni siquiera había cometido? Puesto que Él vive en el presente, Dios conocía todos los pecados en los que nosotros caeríamos antes de que eso sucediera en la dimensión del tiempo y espacio. ¿Piensas que uno de estos días puedes cometer algún pecado que tome a Dios por sorpresa? ¿Puedes imaginarte a Dios diciendo: "¡Qué horror, olvidé poner este pecado en la cruz!"? No, eso no puede suceder: no es posible encontrar desprevenido al Eterno "Yo Soy". Si Dios te ha llamado, relájate. Él sabía a quién llamaba; conocía todo acerca de ti, desde el principio hasta el fin de tu vida. Él personó todas tus transgresiones. Un día recibí una revelación del significado de la palabra "todos" en mi propia vida.

Durante muchísimos años, había sufrido terribles jaquecas. ¿Sabes lo que es una jaqueca? Los que no las tienen lo desconocen; es algo así como cuando los solteros pretenden saber de qué manera criar a sus hijos. Aunque hayan aprendido

sobre esas cosas en la escuela, no saben lo que es. Una jaqueca es algo horroroso. Yo solía padecerla dos o tres veces por semana. Empezaban, aproximadamente, a las 5:30 a. m. como un pequeño dolor en mi frente; luego se extendía al área del ojo, acompañado de síntomas de náuseas, pulsaciones más rápidas y desmayos frecuentes. Había ocasiones en las cuales enloquecía y no podía permanecer encerrado en una habitación oscura; salía, y me desmayaba. Tres veces me desvanecí en el púlpito, y tuvieron que llevarme al hospital. No necesito decir que fui a los mejores médicos de Argentina, Norteamérica y Europa. Tenía amigos en la Iglesia que eran médicos y hacían cuanto podían por mí. Por último, me mandaron a un psiquiatra. Fui a consultar con este doctor y me recomendó una medicación, Valium, que tomé por algún tiempo, hasta que decidí no hacerlo más. Pero las jaquecas continuaron agravándose cada día. No mucho tiempo después de haber escrito el libro Discípulo, me encontraba en casa estudiando el pasaje de Colosenses 2 para mi beneficio personal, y dije:

—señor, ¿esto significa que me has perdonado aun por las cosas que todavía no he hecho? IEntonces, eso quiere decir que me aceptas como soy

Dios parecía contestarme:

—Tú eres predicador; deberías saber esto.

En efecto, lo había predicado. Yo era profesor de Romanos en nuestro seminario; pero, aunque sabía estas cosas en mi mente, todavía no me habían bajado al corazón. Comprendía que tenía paz con Dios no por mi actuación, sino a través de Jesús. Sin embargo, aún no había entendido que la única manera de conseguirla conmigo mismo era también por medio de Él, y no a través de mis actos.

Aquel día, el Espíritu Santo siguió hablándome:

—¿Sabes cuál es tu problema, Juan Carlos? Que no te has aceptado a ti mismo como eres.

—¡Espera un momento! —respondí—. ¿Cómo puedo aceptarme a mí mismo como soy, conociéndome como me conozco? No es posible hacerlo; en realidad, estoy bastante preocupado por mi situación. Mi carácter deja mucho que desear. ¡No, no puedo aceptarme a mí mismo!

El Señor pareció impacientarse conmigo.

—Si la sangre de Jesús, mi Hijo, es suficiente para mí —me desafió—, ¿quién eres tú para que no sea lo bastante buena para ti? ¿Eres mejor que yo? —Entonces, empecé a comprender que el ser aceptado no tenía nada que ver con la actuación; fuese lo malo que fuese, la sangre de Jesús bastaba. Además, si Dios me había personado y

aceptado como era, mejor sería aceptarme yo también— ¿Sabes, Juan Carlos? —siguió diciendo el Señor—, te conozco mejor que tú mismo; es más: eres peor de lo que crees. Pero te he aceptado, no por tu actuación, sino a causa de la sangre de Jesús. Aunque sé de todas tus injusticias, te las he perdonado, sin excepción, hasta el día de tu muerte. Debes perdonarte todos tus agravios y prometerte que siempre vas a seguir haciéndolo porque, de lo contrario, nunca encontrarás paz contigo mismo.

¿Conoces tú de dónde viene la paz interior?, de aceptarse a uno mismo. ¿Comprendes ahora por qué tenemos problemas con la gente que nos rodea? Estos problemas son un reflejo de las dificultades que experimentamos en nuestro interior que, a su vez, son causadas por la falta de certeza, de fe de que nuestro problema con Dios está resuelto completamente y para siempre.

Hay un himno que dice una gran verdad: "Mi fe está edificada sobre la sangre y justicia de Cristo; todo otro terreno es de arena movediza". Ya no me fijo más en mi actuación, sino en aquello que Dios mira: la sangre de Jesús.

Aquel día me dije: "Juan Carlos Ortiz, perdóname por lo rudo que he sido contigo. Te he golpeado y, a veces, hasta odiado. He sido semejante a un masoquista, tratando de condenarte siempre. No es extraño que experimentaras depresión e insomnio. Pero ahora te pido perdón. Juan Carlos, te perdono todo lo pasado, presente incluso el futuro. Estamos completamente perdonados". Así que le di un abrazo a Juan Carlos, nos fuimos a la cama y nos dormimos.

Tres semanas más tarde, me dije: "¿Dónde han ido a parar mis jaquecas?" ¡Han pasado varios años y no he vuelto a tener ninguna! Al hacer las paces conmigo mismo, se acabaron por completo.

A veces nos preguntamos por qué no recibimos sanidad, y es porque no tratamos la causa: la falta de paz. Yo había ido a médicos, pero también a muchos predicadores de sanidad por la fe. A cada uno de ellos con los que me relacionaba le pedía que orara por mí. Muchos de ellos eran grandes hombres de Dios, pero nada sucedía.

Imagina que tienes un clavo en el zapato, que te está dañando el pie y vas por ahí rengueando con mucho dolor y pidiendo a todo el mundo: "¡Por favor, hermano, ore por mi pie!". Y, aunque lo hacen, nada ocurre. ¿Cuál será la respuesta? Tienes que sacarte el clavo. ¡Es sencillo!

No en vano la Biblia cita: "El castigo de nuestra paz fue sobre Él y por su llaga fuimos nosotros curados". Nuestra salud se ve directamente afectada por la sensación interior de paz que tenemos. Jesús nos quita el clavo del zapato! Ni las muchas oraciones, ni las muchas visitas al médico podían curarme. Mi problema era una falta de aceptación de mí mismo. Pero, el mismo día que me acepté, este problema de mis jaquecas terminó. Me perdoné todas mis ofensas del mismo modo que Dios me había perdonado. Y, al hallar la paz, hallé, asimismo, la sanidad.

CAPÍTULO 17

Muy bien, pero lo amo

Cuando algunas personas oyen que se nos han perdonado todos nuestros pecados, preguntan: "Si el Señor ya me ha perdonado todo, incluso los pecados que todavía no cometí están solucionados, ¿por qué debería esforzarme tanto en no pecar?". En realidad, esta es una buena pregunta. Dios nunca tuvo la intención de que nos inquietásemos o nos preocupáramos sobre si volviésemos a pecar. Cuando Pablo trató este mismo asunto, dio a entender que habría que ser un necio para pensar que una persona que había muerto al pecado pudiera seguir viviendo en este. Él no dijo: "¡Cuidado¡ Es peligroso. Mejor será que te esfuerces para no caer en pecado". No, lo que expresó fue: "Es imposible, para uno que está muerto, continuar en el pecado"

La gracia de Dios tiene dos dimensiones. La primera es el perdón de todos nuestros pecados, y la segunda es darnos un nuevo corazón:

Les daré un nuevo corazón, y les infundiré un espíritu nuevo; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les pondré un corazón de carne. Infundiré mi Espíritu en ustedes, y haré que sigan mis preceptos y obedezcan mis leyes.

—EZEQUIEL 36:26-27

Recibimos el Espíritu Santo y "el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio. No hay ley que condene estas cosas" (Gálatas 5:22-23). Quien tiene el nuevo corazón no precisa ninguna ley, porque el Espíritu Santo la hace innecesaria. Esta es la razón de que Jesús haya dicho que toda la Ley y los profetas se resumen en una palabra: amor. Pablo explicaba:

Porque los mandamientos que dicen: 'No cometas adulterio', 'No mates', 'No robes', 'No codicies', y todos los demás mandamientos, se resumen en este precepto: 'Ama a tu prójimo como a ti mismo'. El amor no perjudica al prójimo Así que el amor es el cumplimiento dela ley.

—ROMANOS 13:9-10

El fruto del espíritu nos mueve a hacer aquello que la Ley pretendía que hiciésemos, y muchísimas cosas más, de manera que la Ley es innecesaria. Dios nos da un nuevo corazón para vivir en santidad, con el objeto de que produzcamos todo el fruto del Espíritu. También tenemos el perdón que proporciona la sangre de Jesús, para que guardemos la salvación que nos ha sido dada en Jesucristo.

¿Has ido alguna vez a un circo o viste alguno en televisión? Una de las cualidades más espectaculares es la del trapecio. Resulta imponente contemplar a los artistas ir y venir de una barra a otra a tal altura en el techo de la carpa. Se tiran de acá para allá y nosotros pensamos: "¿Qué pasará si se caen?". En una oportunidad, le pregunté a un trapecista:

—¿Cómo pueden actuar de ese modo tan perfecto sin caerse nunca?

—Sí que nos caemos —me contestó—. Casi en cada actuación. —Pero jamás lo he visto.

—Seguro que sí. Lo que ocurre es que no lo ha notado porque aprendemos a caer y a recuperarnos. Cuando esto sucede, volvemos a saltar enseguida, y la gente piensa que es parte del número.

Dios nos ha dado un nuevo corazón y al Espíritu Santo para que podamos vivir en el espíritu —como un trapecista en la barra— Deberíamos ser una exhibición para todo el mundo, especialmente para nuestros vecinos, para que puedan decir de nosotros: "Mira esa gente. Fíjate en cómo se aman los unos a los otros. Nunca critican a nadie. Aman a sus enemigos. Son buenos vecinos. Nadie tiene queja de ellos. Su trabajo en sus fábricas, negocios, oficinas son superiores al del resto. Son las secretarias más fieles y los mejores profesionales. Observa la obediencia de sus hijos y lo amorosas que son las mujeres". Naturalmente, todavía no somos perfectos, pero, cuando vivimos en el Espíritu, podemos recuperarnos rápidamente, porque lo que la gente ve en nosotros es la vida de Jesús, y no a nosotros.

Si resbalamos y caemos, tenemos una red abajo: la sangre de nuestro Señor Jesucristo ha provisto perdón para todas nuestras fallas. Aunque caigamos mil veces, Él nos empujará de nuevo hacia arriba, siempre que nuestro deseo sea sincero.

Pero, si tú caes y te duermes en la red, dudo de que vayas a durar mucho tiempo en el circo, porque serías un artista poco rentable. No Obstante, si deseas realmente vivir en santidad —vivir en el trapecio, aun cayéndote y recuperándote—, debes saber que debajo hay una red. Los trapecistas pueden estar relajados por esta porque, de no tenerla, se sentirían tensos y asustados, lo que provocaría probablemente más caídas. Los que tienen miedo de caerse descubren que caen continuamente, y aquellos que se esfuerzan más por vivir en santidad encuentran que resulta difícil hacerlo. ¡Pero los que no luchamos por vivir santamente estamos más relajados porque llevamos una vida santa! La santidad no es algo que viene de nuestros propios esfuerzos, sino un don de Dios: el Espíritu Santo que está en nosotros hace la obra de Jesús.

¡Gloria al Señor por su amor maravilloso! Él nos perdonó todas nuestras transgresiones; proveyó para nosotros una red para que pudiésemos relajarnos; además, dice que debemos amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado.

¿Estamos dispuestos a hacerlo o intentamos quitarle la red a nuestro hermano? Si cae, le decimos: "Adiós, hermano" ¡y lo rechazamos para siempre!

¿Por qué resulta imposible para uno que está verdaderamente en Cristo seguir llevando una vida de pecado? Sencillamente, porque Jesús trató con nuestro problema en su raíz, y esa raíz somos tú y yo. Cuando Jesús murió en la cruz, nosotros también morimos con Él. ¡No fueron únicamente nuestros pecados los que fueron clavados, sino nosotros!

Ahora bien, dado que Cristo había tratado con nuestro problema, pudo hacer algo más; el libro de Colosenses sigue diciendo que Él anuló "el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz". En el cielo hay un archivo por cada persona que ha vivido sobre la Tierra. No sabemos cómo lleva el Señor su contabilidad; pero, en los días en que se escribió la Biblia, se hablaba de que Dios guardaba los libros de cuentas.

En las primeras páginas de mi expediente, dice: "Juan Carlos Ortiz... 6276 cabellos en la cabeza, etc.". Están descritos todos los detalles para que no haya duda de quién se trata. En la segunda se encuentran todas las leyes de Dios, particularmente, los Diez Mandamientos. A continuación, se proveen otras páginas para inscribir en estas todas las veces que transgredí cada mandamiento. ¡Tengo una documentación bien abultada! Y, en la última página, está el certificado de deuda, que dice: "Puesto que Juan Carlos Ortiz ha violado el primer mandamiento 8322 veces; el segundo, 5456; el tercero...; el cuarto..., Juan Carlos Ortiz va directamente al infierno". pero, como yo morí con Jesús, Él sacó mi expediente, tomó un gran sello de goma, lo humedeció en su

sangre y estampó: "Cancelado", en cada una de las páginas. Luego, tiró el expediente porque no quería basura en el Cielo. Y, para que nadie más pudiera verlo, el lugar más seguro que encontró fue clavarlo en la cruz. ¡Si alguien quiere examinar el expediente de Juan Carlos Ortiz, tiene que pasar por encima de Jesús! Por lo tanto, ahora, Dios va a los archivos del Cielo y dice: "Déjame ver el expediente de Juan Carlos Ortiz. ¡Caramba, ni siquiera está aquí! No hay nada en absoluto contra él. ¡Qué buen siervo tengo!".

¡Gloria al Señor! Así es cómo nos ama a ti y a mí. Ahora tenemos perfecta paz con Dios; pero, aunque cantamos esas cosas que se encuentran en los himnarios y predicamos acerca de estas desde el púlpito, muchos de nosotros no las vivimos como si fueran realidad. Entonamos: ". . . mis culpas Él las perdonó". ¡Pero vivimos como si tuviésemos aún la deuda! No creemos que seamos aceptados completamente.

Hay gente que se acerca y me dice:

—Pastor Ortiz, ¿podría usted orar por mi esposo? —¿Por qué no oras tú? —le pregunto.

—Oh, no, el Señor lo escucha mejor a usted: lleva una vida tan piadosa...

¿Qué quiere dar a entender una persona cuando le dice a su pastor que el Señor lo oye mejor que a él o a ella?, que tal vez ella no es aceptada. La causa de esto es que ponemos nuestra confianza en la manera de comportarnos, en nuestra actuación. Satanás sabe que con mucha facilidad sentimos culpa; de este modo, está siempre listo para hacer que miremos nuestras obras. Pero, si el Señor nos hubiera juzgado por nuestra actuación, todos seríamos condenados. Él nos acepta gracias a la sangre de Jesús.

Satanás, para engañarnos, sacó fotocopias de nuestro expediente antes de que Jesús los desechara. Pero esas copias no tienen validez, y él las utiliza para confundirnos.

A mí ya no me engaña, aunque a mucha gente sí. El diablo toma mi expediente y te lo muestra a ti, y toma el tuyo y me lo muestra a mí, intentando que nos juzguemos el uno al otro.

Satanás es muy listo; trató de hacer que Jesús dudara: "Si eres Hijo de Dios...", le dijo una vez. Y en nosotros intenta sembrar, en lo más recóndito de nuestra mente, una pequeña duda de que tal vez Dios no nos acepta, como alguna vez hemos oído predicar.

Cuando me acepté a mí mismo, perdonándome todos mis pecados al igual que Dios lo había hecho, el Señor me mostró que también debía aceptar a mis hermanos y hermanas como son y perdonarles todos sus pecados. Estaba aprendiendo el

significado de las palabras de Jesús: "Perdonándonos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores".

Alguien le preguntó a Jesús: "Señor, ¿Cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí?". Su respuesta fue "Setenta veces siete", que son 490. En un día corriente, desde el amanecer hasta la puesta del sol, esto supone una vez cada minuto y medio, ¡un trabajo a pleno tiempo! Algunos estudiantes afirman que Jesús quería decir: "Siete elevado a la septuagésima potencia", ¡lo cual es dos números seguidos de cincuenta y cuatro ceros! Si tú perdonaras una vez cada segundo, necesitarías vivir millones de años para terminar. Ya ves lo grande que es el "todos" de Dios. Por ende, yo he de aceptar a mi hermana, no a causa de su comportamiento, ni de su doctrina, sino debido a que la sangre de Jesús ya la aceptó al perdonarle todos sus pecados

¿Entiendes cómo la unidad ha sido garantizada por la cruz?

En la cruz, Jesús canceló la deuda de cada uno; así que, cuando acusamos a nuestro hermano o hermana, estamos inculpando a alguien cuya deuda ha sido anulada. Perdemos el tiempo criticando a los demás. Los que somos creyentes de verdad vamos a estar todos juntos en el cielo gracias a Jesús; entonces, ¿Qué mejor sería que empezáramos a aceptarnos ahora unos a otros tal como somos?

La noche que me perdoné todos mis pecados a mí mismo y me acepté como era, dormí profundamente. Al despertarme por la mañana, el Señor me explicó que tenía que aceptar a los demás sobre la misma base en que Él me había aceptado y en que yo me había aceptado a mí mismo. Así fue cómo la primera persona a la que acepté tal cual es fue mi esposa. Cuando tú te enamoras, quieres casarte para estar con tu amada, que es la persona más maravillosa del mundo; contraen matrimonio y se van de luna de miel. Pero, una vez que han vuelto del viaje de bodas, piensas para ti: "Bueno, ella cambiará: recién acabamos de casarnos". Y, mientras dices eso, tu esposa piensa: "Espero que cambie".

Cuando pasas los cuarenta, ella exclama: "¡No cambiará!" Y, por otro lado, él se da cuenta de que, si ella no ha cambiado todavía, tampoco lo hará. Esa es la razón por la que deben aprender a aceptarse el uno al otro, tal cual son. No solo somos uno en el matrimonio: también como creyentes formamos una sola Iglesia. Y nuestra unidad se basa en el perdón garantizado de nuestros pecados. No es extraño que Pablo dijera: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? ¿Quién nos condenará? ¡Qué certeza tan tremenda!... ¡Grata certeza!"

Desde que comprendí esta realidad, empecé a cantar algunas de las letras de nuestros himnos de una manera distinta. Yo solía decir:

"¡Oh, gracia admirable, dulce es que, a mí, pecador, salvó...!". Pero ahora he aprendido a cantar: "¡Oh, gracia admirable, dulce es, que a él pecador salvó...! La gracia

lo libró de la perdición y lo llevará al hogar". También entonaba: "Tal como soy, sin una sola excusa

Me gustaría darte una tarea. Esto mismo podría hacerse con muchos pasajes, pero empecemos con Efesios, CAPÍTULO 1.

Siempre que leemos este pasaje, cada uno piensa que se aplica a él mismo, pero quisiera que hiciese como si fuera para otro. Creo que esto te introducirá en una nueva dimensión en tus relaciones con otros cristianos, del mismo modo que sucedió conmigo.

Comenzando con el versículo 3, lee el pasaje, pero colocando en este el nombre específico de otra persona, allí donde dice: "nosotros". Así quedaría si lo hiciese colocando el mío:

"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que bendijo a Juan Carlos Ortiz con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según lo escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuese santo y sin manchas delante de Él, en amor, habiéndolo predestinado para ser adoptado hijo suyo por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual hizo aceptar a Juan Carlos en el Amado, en quien tiene redención por su sangre, el perdón de sus pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar con él".

Si te está costando aceptar a alguien, lee el CAPÍTULO entero poniendo el nombre de la persona en cuestión. ¿Te habías dado cuenta de que eras un individuo tan importante? Al sustituir el "nosotros" por el nombre de otra persona, no nos cae demasiado bien; nos enamoramos de muchas personalidades tremendas. No estoy diciendo algo que creo estaría bien hacer, sino aquello que llegó a ser mi experiencia real de vida. Esto se ha hecho parte de mi persona. Yo lo hice; ahora me resulta fácil aceptar a la gente como es, aunque parezca imposible de apreciar.

En una ocasión me encontré con alguien, y le dije:

—Hermano, ¡cuánto me agrada verte! ¡Gloria al Señor! — Quítese del medio — me contestó—. Usted no me agrada.

—Muy bien, pero lo amo.

—Usted no puede amarme porque soy su enemigo.

—¡Aleluya, Señor! —exclamé—. Gracias porque tengo delante de mí a un enemigo a quien abrazar.

Nunca te equivocarás amando. Por eso dijo Jesús que debemos amar, incluso a nuestros enemigos. No debemos amar solo a alguien porque es agradable. Nuestro amor debe ser también para el antipático. Tenemos que amar como Dios nos amó. A aquellos que son retraídos, vergonzosos, acomplejados, a los que nos gustaría evitar... ¡Esa es la gente a la que Dios ama!

¿Por qué no lo queremos nosotros? Porque con demasiada frecuencia amamos con el mismo amor del mundo. Jesús dijo que, si amamos solo a aquellos que nos aman, no somos mejores que los incrédulos, porque esto hacen ellos. Nosotros tenemos que amar como Él nos amó, sencillamente porque Él es amor y mora dentro de nosotros para amar por medio de nuestra persona. Una vez que hayas comprendido la profundidad del amor de Dios por ti, podrás amarte y aceptarte a ti mismo. Cuando lo hagas, serás capaz de amar a otros. No tendrás que luchar por esto, sino que te saldrá fácilmente. Ya que Jesús (que es amor) vive en ti, no podrás refrenarte en amar.

No es extraño que Dios nos haya dado un mandamiento de amar como Él nos ha amado, puesto que Jesús vive en nosotros para ser ese amor a través de nosotros.

¡Gloria a Dios por su amor sin límites!

Esperamos que este libro haya sido de tu agrado. Para información o comentarios, comunícate con nosotros.

Muchas gracias.

PENIEL info@peniel.com

www.peniel.com